

El Mundo En Sus Comienzos

Henry M. Morris

- **Introducción**
- **Capítulo 1: Un comienzo creado**
- **Capítulo 2: Los seis días de la Creación**
- **Capítulo 3: Orígenes humanos**
- **Capítulo 4: Origen del hogar y la familia**
- **Capítulo 5: El problema del mal**
- **Capítulo 6: El Redentor prometido**
- **Capítulo 7: El mundo perdido**
- **Capítulo 8: Los días de Noé**
- **Capítulo 9: El diluvio y los fósiles**
- **Capítulo 10: El mundo nuevo**
- **Capítulo 11: Origen de las razas y las naciones**
- **Capítulo 12: La gran dispersión**
- **Capítulo 13: El mundo del futuro**

Introducción

El movimiento creacionista moderno no sólo ha alistado a millares de científicos en sus filas, sino que ha traído una ráfaga de aire fresco para los pastores que creen en toda la Biblia, y para los cristianos en general. Los debates sobre creación y evolución en docenas de universidades en los últimos años han mostrado a millares de estudiantes, de primera mano, que el sistema evolucionista entero es científicamente indefendible. « Esto ha sido obra de Jehová, y es algo maravilloso a nuestros ojos» (Salmo 118:23).

Las dos últimas décadas han presenciado un resurgir notable en la confianza en la integridad y exactitud científica de las Escrituras. Los movimientos neo-ortodoxo y neo-evangélica de la generación pasada, haciendo énfasis sobre la idea de que la Biblia es sólo un libro sobre «religión», más bien que de ciencia, han sido demostrados estériles e indefendibles. La mayoría de los jóvenes eran demasiado inteligentes para poder aceptar que un libro que se les decía estaba lleno de información científica equivocada pudiera ser de confianza para satisfacer sus anhelos espirituales. Si la cosmogonía bíblica no era aceptable para la mente moderna no había ninguna razón para pensar que los mandamientos bíblicos eran aplicables a la moralidad moderna o que

la escatología bíblica tuviera ningún significado en los planes a hacer para el futuro. Un énfasis introspectivo sobre la regeneración personal y un «vivir confiado y con esperanza» podía satisfacer a algunos por un tiempo, pero esta religión puramente emocional no podía resistir los embates de los intelectuales. Sin la base de un conocimiento sólido e inteligente de la integridad complete de la Palabra de Dios, todo caía en el ridículo.

No obstante, mientras muchos cristianos hacían componendas para salvar las Escrituras a fin de que fueran aceptables a la ciencia moderna, Dios estaba llamando a muchos científicos a defender la fe, y el resultado ha sido una extensa oleada de conciencia de que la Biblia tenía razón después de todo, incluso en doctrines tan ridiculizadas como la creación en seis días literales, una tierra reciente y un diluvio cataclísmico en los días de Noé.

Este emocionante desarrollo ha despertado nuevo interés en el estudio del libro del Génesis. De un modo especial los once primeros capítulos del Génesis, que durante tanto tiempo han sido explicados incluso por muchos evangélicos como alegóricos más que históricos, se están reconociendo como los mismos fundamentos de toda la historia. Estos maravillosos escritos, el relato de la creación, la caída, la maldición, el diluvio y la dispersión, son requisitos previos para toda comprensión de los propósitos de Dios para el mundo y para los individuos en las edades subsiguientes. Es por esto que Dios los ha colocado al principio de Su Palabra; son la base de todo lo que sigue.

En este libro se considerarán con cierta extensión tanto los aspectos científicos como históricos de estos capítulos, así como su testimonio evangelístico y sus aplicaciones prácticas espirituales. «El conjunto de la palabra es verdad, y eterno es todo juicio de lo justicia.» (Salmo 119:160.)

Capítulo 1

Un Comienzo Creado

(Génesis 1:1, 2)

El libro del Génesis (que significa «comienzo» o «principio») suele considerarse en estos tiempos cínicos como una colección de viejas leyendas de tiempos menos desarrollados. Algunos piensan que las historias del Génesis son alegorías, con ciertos valores morales y espirituales, aunque falsos en un sentido histórico.

Pero nadie que crea en la Biblia puede aceptar estas ideas. Para estas personas, el Génesis es el fundamento sobre el que se eleva todo el edificio de la Biblia. El Nuevo Testamento, por ejemplo, cita o elude directamente al libro del Génesis no menos de 200 veces, y la mitad de estas referencias son sobre los once primeros capítulos. Jesucristo mismo citó o se refirió a cede uno de los siete primeros capítulos del Génesis. Todas estas referencias son de tal forma que muestran que tanto Cristo como los apóstoles aceptaban el Génesis no sólo como un relato histórico, sino como inspirado divinamente.

El libro del Génesis recite su nombre del título empleado por los traductores de la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento hebreo). El Génesis (griego: *geneseos*) se refiere al origen u orígenes. El Génesis es el libro de los comienzos o de los orígenes.

Al considerar los once primeros capítulos del Génesis, veremos que todos los datos verdaderamente científicos históricos apoyan la verdad del relato bíblico. Y veremos también que el propósito de Dios en su gran plan de la salvación está inseparablemente unido a estos sucesos.

EL SIGNIFICADO DE LA CREACION

En este capítulo queremos considerar las tremendas implicaciones de los dos primeros versículos de la Biblia. Estas son sin duda las palabras más leídas de toda la literatura (después de todo, la Biblia ha sido durante siglos el libro más vendido en el mundo, ¡y muchos de los poseedores de Biblias al fin han empezado a leerlas!, y hay mucha probabilidad de que fueron las primeras palabras escritas.

El versículo primero de la Biblia es el más importante y básico de todos. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra.» Cuando uno de veras cree este versículo tiene realmente pocas dificultades para creer el resto de la Palabra de Dios. Este solo versículo refute todas las numerosas teorías falsas que se han inventado sobre el origen del Universo.

Este versículo refute el ateísmo (la doctrine de que no hay Dios) porque empieza con Dios. El panteísmo (que todo sea Dios) es refutado porque muestra que Dios existía antes del universo. El politeísmo (muchos dioses) es falso, porque el universo, que fue creado, no fue un «poliverso», y fue creado por un Dios. El dualismo, la doctrine de dos dioses eternos, uno bueno y otro malo, es meramente una forma de politeísmo. El evolucionismo queda rechazado porque se afirma que Dios «creó».

En realidad, todas estas falsas filosofías son esencialmente la misma. Todas las teorías de los orígenes (distintas del verdadero relato de la Biblia) enseñan que el «cosmos» presente recibió su existencia por la operación de «dioses» p o de fuerzas de la naturaleza o algún principio místico que actuaba sobre material previamente existente en un «caos» anterior. Esta idea existía no menos en un antiguo paganismo que en el cientifismo moderno. ¡La revelación de una creación especial de todas las cosas por un Dios personal todopoderoso y eterno es esencialmente singular de la Biblia! De modo que todo otro tipo de explicaciones de los orígenes, sean religiosas o filosóficas o científicas, son básicamente tan sólo formas diferentes del concepto de evolución.

La «Creación» se define simplemente como la obra de Dios dando existencia a todas las cosas. Sólo Dios es eterno: todo lo demás en el universo tiene principio. La verdadera creación es creación *ex nihilo* (o sea, de la nada), y no es meramente una remodelación de materiales que ya existían.

Opuesto a la doctrine de la creación está el concepto de evolución. La evolución se define, en el sentido más amplio, como la teoría de que todas las cosas han derivado por modificación gradual a través de procesos naturales a partir de materiales anteriores. Según este concepto todas las formas de vida se han desarrollado de formas más simples, anteriores, y aún la vida misma pasó a existir espontáneamente a partir de una organización compleja de moléculas químicas previamente inertes. Incluso la estructura atómica y molecular básica de la materia, según se especula, se desarrolló de formas de la materia aún más básicas y simples la teoría de la evolución, esencialmente en la forma así descrita, es defendida firmemente por muchos científicos modernos. De hecho, se oye con frecuencia la afirmación de que todos los científicos aceptan la evolución, pero esta afirmación, naturalmente, es falsa. Hay muchos científicos y otras personas bien instruidas, en la actualidad, que rechazan el evolucionismo y que insisten en que sólo la creación divina puede explicar el universo y sus habitantes.

La cuestión clave es si todas las cosas fueron creadas específicamente por el Dios de la Biblia o si se desarrollaron de materiales previos hasta las formas presentes por medio de la operación de principios inherentes. Si es esto último, se sigue que este desarrollo, esta «evolución», todavía persiste, puesto que es de suponer que estos mismos principios están todavía en operación.

Hay algunos que sugieren que la evolución fue el método de creación de Dios. Sin embargo, esta creencia, que se llama *evolucionismo teísta*, no es generalmente aceptada ni por los verdaderos dirigentes del pensamiento evolucionista, ni por los que creen firmemente en la inspiración plenaria y la infalibilidad de las Escrituras. En realidad, la decisión entre creación y evolución no es realmente una decisión científica en absoluto. La ciencia, como tal, no puede decir nada sobre los orígenes. La ciencia, como tal, se limita al estudio de los fenómenos y procesos físicos tal como existen en el momento presente. El método científico implica reproducibilidad. Esto es, un experimento ejecutado hoy y que rinde ciertos resultados, si se repite el año próximo dará todavía los mismos resultados. Hay que ver, sin embargo, que los sucesos prehistóricos no se hallan sujetos a experimentación científica, y que por lo tanto no se puede decir científicamente lo que ocurrió hace millones de años. Con el fin de proyectar nuestro conocimiento de los procesos *presentes* en el pasado prehistórico, necesariamente hemos de ser ciertas asunciones como base de tales proyecciones. Y esto implica una filosofía o una fe, no ciencia.

Es significativo que los procesos *presentes*, que son los únicos que pueden ser puestos a prueba por el método científico, no son en manera alguna, procesos creativos. Esto es, las mismas leyes básicas de la ciencia moderna, que describen estos procesos presentes, son leyes de conservación y deterioro, no de creación a integración. Estas leyes tratan del comportamiento fundamental de la materia y la energía, entidades que actualmente incluyen todo el universo físico, y que son conocidas como las leyes primera y segunda de la Termodinámica.

La Termodinámica (que procede de dos raíces griegas que significan «poder calorífico») es la ciencia que trata de la conversión de calor y otras formas de energía en trabajo. Se sabe ahora que todo en el universo es energía en alguna forma, y que todo lo que «ocurre» es básicamente un proceso de conversión de energía. De modo que la primera y la segunda ley de la Termodinámica pueden muy bien ser llamadas la primera y la segunda ley de la ciencia. Todos los procesos en el universo, hasta allí donde se sabe, han de obedecer a estas dos leyes.

La *primera ley de la Termodinámica* es llamada también la ley de la conservación de la energía. Esta ley afirma que, aunque la energía puede ser cambiada de forma, no es ahora creada ni destruida. Como todos los fenómenos físicos, la materia incluida, son meramente diferentes formas de energía, esto implica claramente que la creación fue un suceso del pasado y que ya no tiene lugar ahora.

La *segunda ley de la Termodinámica*, presentada en forma no técnica, dice que todos los sistemas físicos, si se dejan a sí mismos, tienden a hacerse desordenados. Así las máquinas se gastan, los procesos se desorganizan, los organismos envejecen y mueren. Cualquier incremento de orden requiere un aporte de energía desde el exterior del sistema.

Estas dos leyes universales son absolutamente básicas a todas las disciplinas de la ciencia moderna. Comprobadas por millares de experimentos, desde el nivel nuclear al nivel astronómico, no conocen excepciones, e indican claramente que nada es creado ahora, y que la creación original está «desgastándose».

Esto prueba, *hasta donde la ciencia sea capaz de demostrar algo*, que la evolución, que requeriría un proceso universal continuo de desarrollo e integración, no tiene lugar en el momento presente.

Puesto que la «ciencia» sólo puede tratar legítimamente acerca de los procesos *presentes*, y puesto que los procesos presentes no son creativos ni integrativos en la naturaleza, la ciencia como tal no puede decirnos nada sobre los orígenes. Por tanto, si hemos de saber algo sobre la creación, cuándo tuvo lugar, cuáles fueron los métodos usados, cuál fue el orden de los sucesos, o lo que fuere, hemos de depender *por completo* de la revelación divina. No hay otra fuente válida de información sobre este tema.

¡Dios estaba allí y nosotros no estábamos! Y El nos ha dicho de modo bien claro lo que pasó, según nos lo revela su Palabra. La Biblia confirma claramente las implicaciones de las leyes de la Termodinámica. Pasajes como Génesis 2:1-3; Hebreos 4:3-10; Éxodo 20:11 y otros indican de modo enfático que la creación quedó acabada al final de los seis días de la creación. Hebreos 1:10-12; Romanos 8:20-22 y otros versículos semejantes nos enseñan que la creación originalmente perfecta está ahora en un proceso de degeneración.

Los dos primeros versículos del Génesis hablan del acto inicial de la creación de nuestro universo físico presente. La expresión «en el principio» habla del momento en que empezó el Tiempo, tal como lo entendemos nosotros. «Los cielos», se refiere a las vastas expansiones del Espacio en el universo; y la «tierra» a la materia que forma el lugar que el hombre iba a habitar.

Dios lo «creó» a todo -Espacio, Tiempo y Materia-, por medio de Su Palabra (nótese Salmo 33:6, 9; Juan 1:1-3; Hebreos 11:3; 2 Pedro 3:5). El verbo «crear» es originado en una palabra hebrea «bara», que nunca se utilice acerca de ningún otro tópico, excepto con relación a Dios. En otras palabras, sólo Dios mismo es capaz de «crear» algo.

El primer versículo, digamos de peso, no debe entenderse como una oración subordinada (esto es: En el principio, cuando Dios estaba creando, la tierra estaba desordenada y vacía... »)

como algunos pan defendido. Ni es tampoco un mero título o sumario del capítulo. Se trata de una afirmación independiente que describe el primer suceso de la obra creadora del primer día. De no ser así no habría referencia, en todo el relato, a la creación real y verdadera, en sí, de «los cielos», cosa requerida por Génesis 2:1 y Éxodo 20:11.

Este hecho queda también subrayado por el uso de la conjunción hebrea (traducida por «y»), al comienzo del versículo 2: Este mismo elemento conectivo aparece al principio de cada versículo ulterior en el capítulo, indicando una acción continua, secuencial, a lo largo de toda la semana, un versículo después de otro.

De modo que tanto la creación como la ciencia nos enseñan que la creación ya no tiene lugar ahora. Nos es pues por completo imposible estudiar experimentalmente ninguno de los procesos de la creación. Hemos de aprender todo lo que queramos saber sobre la misma del único que puede decírnoslo: Dios mismo. Hemos de acercarnos al relato bíblico de la creación con la mente el corazón abiertos para ver y creer lo que Dios ha dicho, no con la idea de tratar de hacerlo armonizar con alguna teoría humana sobre los orígenes.

Hemos de recordar que las varias cosmogonías populares (una cosmogonía es un modelo para explicar el origen del cosmos), tales como las llamadas del «big bang» (o «gran explosión») y el «régimen estacionario» son estrictamente sistemas evolucionistas ideados estrictamente por el hombre, con el intento de explicar el universo sin Dios. Es evidente que semejantes teorías están por completo fuera del reino de la ciencia. Lo esencial en ciencia es la observación y la experimentación, pero éstas son imposibles en el estudio de los orígenes. ¿Cómo podemos estudiar experimentalmente lo que tuvo lugar en el origen del universo o en el desarrollo de una galaxia?

No hay nada en absoluto en la ciencia que nos impida aceptar el hecho revelado de que Dios creó todas las cosas, llamándolas a existir desde la nada, *ex nihilo*, en un estado totalmente funcional y desarrollado ya desde el principio.

Este hecho está confirmado no sólo por la Escritura sino también por las dos leyes de la Termodinámica. La segunda ley afirma, en realidad, que el universo tiene que haber tenido un principio; de otro modo, como se está desgastando, ya habría muerto. La primera ley, por otra parte, afirma, en efecto, que el universo no podría haberse creado a sí mismo. Tiene que haber sido creado, por tanto, por alguna causa adecuada más allá del mismo. «En el principio Dios creó los cielos y la tierra» es la afirmación más científica que puede haberse hecho sobre el origen del universo, basada en las leyes conocidas de la ciencia.

El segundo versículo describe el aspecto inicial de la tierra creada. El verbo usado es «estaba», y no hay que traducir, como algunos hacen, por «se volvió». Esta es la forma regular de «ser» en hebreo. Aunque en algunos contextos es legítimo traducir por «se volvió» es sólo en 25 ocasiones de las 1.500 veces en que ocurre. Es evidente que la tierra en este estado no era «perfecta» en el sentido de que era completa, hasta que fue completada al fin de los seis días, pero era perfecta para el propósito inmediato de Dios.

La llamada «teoría del intervalo», que sugiere un tremendo período de tiempo entre Génesis 1:1 y 1:2, es incorrecta, ya que es imposible científicamente y no se halla tampoco en la Biblia. Éxodo 20:11, en los diez mandamientos dice: «En seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay.» Por tanto, no pudo haberse hecho nada en la tierra o en el mar antes de los seis días. Los defensores de la «teoría del intervalo» creen que proporciona tiempo para las edades geológicas, que hubieran terminado con un gran cataclismo, dejando la tierra «desordenada y vacía», como se describe en Génesis 1:2. Sin embargo, las edades geológicas están basadas en el principio del «uniformitarismo», (la velocidad de los procesos de cambio es la misma ahora que antes) que hace imposible un cataclismo mundial de estas proporciones. Cualquier cataclismo que hubiera dejado la tierra cubierta de agua, y el agua rodeada de oscuridad, hubiera destruido literalmente cualquier estructura previa en la corteza de la tierra. Pero, los fósiles de las rocas sedimentarias de la corteza terrestre proporcionan la única evidencia real en favor de las supuestas edades geológicas. La «teoría del intervalo», por Canto, se niega a sí mismo, tratando de acomodar las edades geológicas y un cataclismo que habría destruido la evidencia de estas edades geológicas. Génesis 1:2 no describe a la tierra después de largas edades y un gran cataclismo, sino en el mismo principio de su historia.

Inicialmente, la materia de la tierra estaba «sin forma», o sea desordenada, refiriéndose al hecho de que las aguas la cubrían y posiblemente contenía la mayor parte de sus otras sustancias en solución o suspensión. Estaba también «vacía», sin habitantes. Sin embargo, como señala Isaías unos 3.000 años después, Dios no había creado la tierra «en vano» pare estar «vacía» pare siempre, sino que «la creó pare que fuese habitada» (Isaías 45:18). De modo que primero procedió a «formar» lo que «no tenia forma», y luego proveyó habitantes pare que no estuviera «vacía».

Esto lo hizo por medio de su Espíritu, que «se movía» en la oscuridad primigenia que rodeaba las aguas. Por medio de Su Palabra, el Verbo, saldría pronto de El un poder inconmensurable, que sacaría luz de la oscuridad, haría aparecer tierra de las aguas sin forma y produciría habitantes vivos de la tierra muda y solitaria.

EL DIOS DE LA CREACION

La presencia creativa de Dios, del que emana la energía, testifica de su aprobación del trabajo hecho hasta ahora. «El Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas.» Esto habla del Espíritu Santo, cuyo flujo de poder, procedente del Padre a través del Hijo, es la fuente de toda la obra poderosa de Dios en la creación. Hay un paralelo interesante entre este versículo y 2 Pedro 1:21, en que se nos dice que «los santos hombres de Dios, hablaron, siendo movidos (literal) por el Espíritu Santo», en la redacción de las Escrituras. El «movimiento» del Espíritu Santo es, pues, básico en la revelación de Dios, tanto en la naturaleza como en la Palabra escrita.

Es de suprema importancia que creamos en el verdadero Dios de la Biblia. Los hombres han inventado muchos «dioses», y Satán se halla ocupado desde el principio en intentar hacerse él mismo el rey o «dios» del universo. Pero, solo hay un Dios verdadero, y es el que ha creado

todas las cosas. Es sólo en la Biblia que aprendemos de Su naturaleza, Su carácter y Sus propósitos.

La doctrina de Dios tal como nos la enseña la Escritura nos lo revela como un Dios trino. Es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La pluralidad de la Divinidad es señalada por la palabra «Dios» en el primer versículo de la Biblia, que es la forma plural de «Elohim».

Es significativo que cede una de las tres personas de la Trinidad esté asociada con la obra de la creación. Todas las dádivas buenas y perfectas, entre las cuales se incluye ciertamente la creación «muy buena», proceden del Padre, según Santiago 1:17. La obra del Espíritu -está claramente establecida en Génesis 1:2. Pero del Hijo se dice de modo enfático en la Palabra de Dios que es Aquel por quien la creación recibió existencia, por medio de Su Palabra. Nótese versículos como Juan 1:1-3; Hebreos 1:3; Salmo 33:6; Apocalipsis 3:14, y especialmente Colosenses 1:16, 17. Los hombres tienen que comprender plenamente que Jesucristo es Dios y que es por El que todas las cosas fueron creadas.

La Biblia no trata de probar que Dios existía ya, antes de decirnos lo que El ha hecho. Empieza simplemente con Dios, dando por supuesto el hecho de su existencia y su omnipotencia. De hecho, la Escritura dice que sólo un «insensato» puede decir en su corazón que no hay Dios (Salmo 14:1). No cabe duda que con la evidencia que hay alrededor nuestro en la «creación» cualquier persona razonable puede reconocer que hay un Creador.

El mero hecho de la existencia de fenómenos «inteligibles» de la naturaleza en el mundo debería indicarnos una «inteligencia» que los ha causado. El hecho de que haya personas individuales en el mundo capaces de emociones y del ejercicio de su voluntad debería indicarnos la existencia de una gran Persona, que ejerce amor, ira, y Su voluntad, y que es causa de estos seres. El hecho de que la gente nazca con un sentimiento innato de que lo «bueno» es mejor que lo «malo» testifica de que la causa de esta conciencia instintiva debe ser un Creador «santo». La ley científica de la causa y efecto -que no hay efecto mayor que su causa se aplica sin duda a estas conclusiones como a las de cualquier otra categoría de ciencia y de lógica.

Sin embargo, muchos, intentando obviar este razonamiento, rehúsan todavía aceptar a Dios como se nos presenta en las Escrituras. «No tuvieron a bien el reconocer a Dios» y por ello, «profesando ser sabios, se hicieron necios» (Romanos 1:28, 22).

Es de gran significado el que Génesis 1:1 sugiera que Dios es a la vez Uno y no obstante más de uno. La palabra hebrea utilizada: «Dios», es «Elohim», una forma plural con el significado fundamental de «dioses» o «los poderosos». Sin embargo el verbo «creó» aparece en una forma en singular, requiriendo un sujeto también singular.

La doctrina de la Trinidad no queda explícitamente formulada en estos dos versículos, pero es compatible evidentemente con ellos. El Nuevo Testamento habla de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo, cada uno distinto y con todo igual y eternamente Un Dios de la creación. El Padre es la fuente eterna de todas las cosas; el Hijo es la Palabra o Verbo encarnado, que revela al Padre; el Espíritu procede del Padre a través del Hijo, haciendo aplicable y efectiva la voluntad de Dios en su creación.

Así que, el Espíritu se «movía» en la creación. El movimiento implica energía, de la que resultan varios fenómenos físicos en la creación. Esto es, en esencia, lo que los científicos quieren decir por Materia, y los fenómenos asociados con ella siempre implican movimiento, a través del espacio y el tiempo. El universo creado es, pues, un continuo de Espacio-Materia-Tiempo. El espacio está siempre presente como fondo, dentro del cual tienen lugar todos los fenómenos materiales o sea la materia, cuya manifestación y aplicación en cualquier punto implica tiempo. De modo que el universo físico creado es en realidad un tri-universo, quizá reflejando la naturaleza de Su Creador trino.

De forma análoga, y ello es notable, estos tres componentes universales de la creación: espacio, materia y tiempo, cada uno exhibe las características de la tri-unidad. Así que, el espacio es tridimensional, con cada una de sus dimensiones ocupando todo el espacio aunque requiriéndose las tres partes su realidad plena. La materia tiene su fuente omnipresente, aunque invisible, en la energía, manifestándose en alguna forma de movimiento, de lo que resultan varios fenómenos: luz, calor, sonido, inercia, etc. Tenemos pues la energía, luego el movimiento, luego los fenómenos -la fuente, la sustancia, el resultado-. De la misma manera el tiempo es futuro, presente y pasado, cada uno de ellos tiempo completo y con todo claramente distinto en significado.

La creación física, por ello, aparece maravillosamente como una trinidad de trinidades. Aunque esto no demuestra que Dios es un Dios trino, es sin duda maravilloso y consecuente con este hecho revelado, reflejando en todo el universo la naturaleza de su Creador. Es de la mayor importancia conocer a Dios -tal como es, por medio de Jesucristo. «Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad» (Colosenses 2:9).

Génesis 1:1 afirma claramente el hecho de la creación, pero esto da lugar inmediatamente a la pregunta: ¿por qué? Dios es omnisciente y omnipotente, y por tanto debe tener un propósito y este propósito ha de ser cumplido.

En realidad, todo el resto de la Escritura está ocupado con este propósito y este cumplimiento. Puede ser resumido diciendo que el universo fue creado para el hombre y el hombre para Dios.

Confiamos que el lector esté dispuesto a creer plenamente en Dios como se nos revela en la Escritura. Esto naturalmente significa creer en Jesucristo como Creador y Salvador, como Aquel que creó a los hombres y que murió también para redimirlos (Juan 1:10-13; 3:3; 5:24).

Capítulo 2

Los seis días de la creación

(Génesis 1:3-2:3)

En el primer capítulo examinamos con algún detalle los dos primeros versículos de la Biblia, y aprendimos que el Dios personal, trascendente y eterno, en un tiempo finito del pasado, creó el universo *ex nihilo*. En el principio había meramente un cosmos básicamente de tiempo-materia-espacio, estático y oscuro, hasta que el Espíritu Santo empezó a «moverse» (literalmente, a «vibrar») en la matriz acuosa en la cual la tierra elemental estaba suspendida originariamente. Entonces empezó a formarse el cosmos y a ser activado. Génesis 1:3-2:3, que vamos a examinar en este capítulo, enumera en detalle las obras activadoras y formativas que Dios hizo durante los seis días de su gran «Semana Creativa».

SUCESOS DEL PERIODO DE LA CREACIÓN

(Génesis 1:3-30)

Los sucesos de los seis días tuvieron lugar antes de que hubiera seres humanos para observarlos y registrarlos. Tuvieron que ser revelados por Dios, sea a Moisés o, más probablemente al mismo Adán al principio.

Después de crear «de la nada», al principio, el espacio (los cielos), y la materia (la tierra), así como el tiempo mismo (el principio), Dios procedió a dar forma a la tierra desordenada, cubierta al principio de agua y en tinieblas, y luego puso habitantes en su silenciosa superficie.

Primero «Dios mandó a la luz que se separara de las tinieblas», de la misma manera que El ahora hace brillar la luz de Su Palabra en los corazones oscurecidos, «para que resplandezca la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo» (2! Corintios 4:4). Dice que «Dios llamó a la luz día» (de esta forma definiendo claramente lo que significará la palabra «día» cuando se utiliza en este primer capítulo). Esto terminó la obra del primer día; vino la «tarde», luego un período de oscuridad, y luego la «mañana», en que empezó otro «día». Aunque la fuente de la luz evidentemente no era el sol en su forma presente, la sucesión de tarde y mañana indica que la rotación axial de la tierra ya había empezado. Debe hacerse énfasis en que estos días de la creación eran días literales. Esta es la Palabra de Dios, y Dios sabe bien, sin duda, lo que dice.

Es significativo que el primer acto creativo de Dios, después de su creación inicial del Tiempo (principio), el Espacio (el cielo) y la Materia (tierra), fue hacer la luz, realizada por medio de su Palabra hablada. «Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.»

La luz es la más básica de todas las formas de energía, íntimamente relacionada con todas las otras formas de energía. Es bien conocido el hecho que la energía está relacionada con la materia en la famosa ecuación de Einstein, $e = mc^2$. En esta ecuación, c es la velocidad de la luz, la tremenda velocidad a la cual todos los otros tipos de movimiento en el universo físico deben referirse. Es posible que las Escrituras apunten a esto cuando, antes de que la Palabra hablada

produjera la luz, se nos dice que el Espíritu de Dios se «movía» en la oscuridad sobre la superficie de las aguas.

Muchas personas, naturalmente, han tratado de interpretar la palabra «día» en un sentido no literal, intentando de alguna forma establecer una correlación entre los días de la creación y las «edades» geológicas. La teoría «día = edad», sin embargo, encuentra dificultades insuperables, tanto científicas como bíblicas, y debe ser rechazada.

En los diez mandamientos hay un versículo muy importante (Éxodo 20:11) escrito en piedra originalmente por el dedo de Dios (Éxodo 31:18). «En seis días hizo Jehová los cielos, la tierra, el mar todas las cosas que en ellos hay», estableciendo la semana de seis días de trabajo, según el modelo de la semana de seis días de «crear y hacer» de Dios. (Génesis 2:3). La implicación evidente de este paralelo a los días de trabajo de Dios y los del hombre es que los dos son literalmente días. Esta conclusión queda reforzada por el hecho de que la palabra hebrea por «días» («yamin»; el plural de «yom», «día»), que se usa unas 700 veces en el Antiguo Testamento, nunca, en ningún otro lugar, significa nada sino literalmente « días ».

Incluso cuando se usa en singular, como en varias ocasiones en Génesis 1, normalmente significa un día literal, esto es, un período de luz experimentado diurnamente cuando la Tierra da vuelta sobre su eje en 24 horas. Se define así en el versículo 5, la primera vez que se usa, donde se nos dice que «Dios llamó a la luz día». Cada día creativo está constituido por una «tarde», que termina el período de luz, y una «mañana», que termina el período de tinieblas. Las palabras «tarde» y «mañana» se usan más de un centenar de veces en el Antiguo Testamento, siempre en sentido literal. La palabra «día» (hebreo «yom») se usa ocasionalmente en el sentido de «tiempo» (por ejemplo en «los tiempos del rey Asuero» o «en los días del rey Asuero»), pero este uso es siempre evidente en el contexto. La palabra no se usa nunca para significar un «período de tiempo» definido, como, por ejemplo, el «período isabelino» o el «período cámbrico». Además, nunca significa nada más que el literal «día» cuando se combina con un numeral a ordinal, tal como se halla al final de cada día de la obra de Dios en el Génesis 1 (la tarde y la mañana del primer «día», etc.) aunque esta construcción aparece más de cien veces solamente en los libros de Moisés.

Tenemos que reconocer, pues, claramente, que los «días» bíblicos de la creación eran días reales, tal como los conocemos hoy, y no pueden asimilarse a «edades» de la geología histórica. Esto no debe preocuparnos científicamente, puesto que ya hemos dicho que la ciencia, como tal, es totalmente incapaz de decirnos nada realmente acerca de la creación. La ciencia trata sólo de procesos en el tiempo presente, que pueden ser reproducidos experimentalmente, y los procesos presentes no son procesos de la creación. Preferimos, pues, simplemente, que Dios hable en Su Palabra por sí mismo, respecto a lo que ocurrió en el período de la creación.

No se nos dice nada exacto sobre la naturaleza de esta luz o de su origen. Como Dios había «dividido» la luz de las tinieblas, y empezó la sucesión cíclica de «tardes y mañanas», es razonable llegar a la conclusión de que la rotación diaria de la Tierra sobre su eje empezó entonces.

En el segundo día empezó un segundo acto de «división», cuando Dios «separó las aguas que estaban debajo de la expansión de las aguas que estaban sobre la expansión» (Génesis 1:7). Las

aguas eran las mismas que las «aguas» del vers. 2, sinónimo también del «abismo» de aquel versículo.

De modo que, una parte importante, aunque desconocida, de las aguas primitivas de la Tierra, fue elevada hacia arriba en el cielo, por encima del «firmamento». La palabra hebrea «firmamento» puede traducirse por «expansión», o «espacio extendido». El contexto aquí parece indicar que se trata de la atmósfera. A ésta se le dio el nombre de «cielos» (confirmando la idea de que la creación de los cielos en el versículo 1 era equivalente a la creación del espacio), y fue el espacio particular en el cual más adelante iban a volar las aves (versículo 20).}

La expresión «aguas sobre la expansión» ha de referirse a vapor de agua invisible, que se extendía a distancia en el espacio. Proporcionaban un maravilloso «dosel» para la Tierra, protegiéndola de las radiaciones del espacio estelar y produciendo un magnífico efecto de «invernáculo», que mantenía una temperatura uniforme en toda la Tierra. Siendo invisibles, estos vapores de agua eran naturalmente transparentes a la luz de cuerpos celestes que fueron establecidos en el cuarto día.

Las «aguas debajo de la expansión» constituían todavía un océano sin orillas, pero -el próximo acto de Dios fue hacer que apareciera la tierra seca por encima del océano y que el océano se retirara a las zonas profundas, formando una red de mares. En el mismo día, Dios hizo que la vegetación cubriera la tierra seca: hierbas y árboles de todas clases. Es importante reconocer que las hierbas fueron establecidas llevando semilla y los árboles en capacidad de dar fruto, tan pronto como aparecieron. Esto implica, además, que «la tierra seca» que había aparecido previamente de las aguas estaba ya preparada con los tipos de suelo apropiados y las sustancias nutritivas para las plantas. Todo fue creado ya desarrollado, completamente en capacidad de funcionar. Así, la Tierra entera tenía una «apariencia de edad», aunque fuera recién creada. La creación de la «edad aparente» es inherente al concepto mismo de creación. No hay ningún intento de desconcertar o engañar con respecto a la edad puesto que Dios nos la ha declarado.

La creación de los árboles frutales el tercer día contradice evidentemente la teoría evolucionista puesto que, esta teoría nos dice que toda clase de animales marinos, incluso los peces, aparecieron después de los árboles frutales. Contradice también a la evolución, al decir que el sol y los otros cuerpos celestiales no fueron colocados en el cielo hasta el día (¿«edad»?) después de la producción de los árboles frutales en la tierra seca.

En el cuarto día, Dios hizo el sol, la luna y las estrellas, « para alumbrar sobre la Tierra» (Génesis 1:14-19~ El sol y la luna constituyeron las lumbreras, para servir como fuentes de luz para la Tierra durante el día y la noche, respectivamente. La luz de los tres primeros días, sea cual fuera su origen, fue reemplazada por esta disposición permanente.

Además de su función como luces, las estrellas iban a servir «por señales y para las estaciones, para días y años» Evidentemente, la luz de las estrellas fue establecida ya como rayos de luz procedentes de las estrellas, siendo las dos cosas simultáneamente creadas, y todo funcionado ya desde el principio.

El hombre moderno, con sus teorías actualistas, ha desarrollado muchas hipótesis para explicar la evolución de las galaxias y del sistema solar. Todas son especulaciones y no hay

una sola teoría que sea aceptada de modo general, ni aun por los astrónomos. No hay evidencia real, aparte de las suposiciones evolucionistas, de que el sol o las estrellas aparecieran antes que la Tierra. La Tierra con su estructura química de gran diversificación y organización, por no mencionar la infinita variedad de seres vivos, es inmensamente más compleja que las estrellas, las cuales, considerando su tamaño, son relativamente simples en forma y sustancia. No hay nada que no sea razonable respecto a la perspectiva bíblica, que ve a la Tierra como el centro de interés del universo físico. Las estrellas de los cielos, no menos que las aguas y el suelo y las plantas de la Tierra, fueron preparados por Dios con miras a una gran historia de vida y de redención que pronto empezaría en la Tierra.

Todo lo que era necesario para la vida animal agua, aire, luz, plantas y materiales químicos de la tierra- estaba ya a disposición. En el quinto día, Dios hizo los peces y las aves «cada uno según su especie». Es interesante notar que los primeros animales creados (versículo 22) fueron los grandes monstruos marinos, los primeros animales que han existido. ¡Es difícil armonizar esto con la supuesta evolución de toda vida orgánica a partir de los minúsculos animales unicelulares!

Es posible que estos «monstruos marinos» fueran en realidad los dinosaurios marinos. La palabra en el original hebreo es realmente la misma que se traduce luego por «dragones» en las Escrituras.

Durante la primera parte del sexto día, Dios hizo a todos los otros animales, clasificados como «bestias, serpientes y animales de la tierra» (ganado y animales que se arrastran sobre la tierra). El último término, al parecer, incluye a los insectos, lo mismo que a los reptiles. De todos estos variados tipos de criaturas vivientes se dice que fueron creados «según su especie», una frase que se usa diez veces en el capítulo. Cada especie básica de criatura viviente fue, pues, ordenada por Dios mismo. No hay una «gran cadena de la vida», en la cual todas las criaturas estén relacionadas por sus antecesores, como en la teoría de la evolución. Indudablemente, el sistema genético de cada «especie» era bastante complejo para permitir el ulterior desarrollo de muchas variaciones dentro de cada especie, pero la especie básica fue fijada por Dios en la creación.

Nótese aquí el orden: mamíferos, reptiles, insectos; contradice el orden evolucionista, según el cual los insectos se desarrollaron mucho antes que los mamíferos terrestres y los reptiles.

La cumbre de la actividad creadora del hombre fue la creación del hombre, el que tenía que dominar la tierra y las criaturas vivientes. Tenía también que «someter» la tierra, lo que nos da la base para comprender su búsqueda por entender los procesos físicos (ciencia) y su control (tecnología).

Es significativo que la vida de las plantas fuera creada a partir de la tierra (versículo 11) implicándose que su sustancia material poseería los mismos elementos que hay en la misma tierra inanimada. Asimismo, los cuerpos de los animales fueron formados de la tierra y del agua (versículos 20, 24) pero éstos poseen también «almas». El término «criatura» del versículo 21 es el

hebreo «nephesh», generalmente traducido «alma». De modo, pues, que las plantas son seres vivos, pero sólo los animales tienen alma y cuerpo..

¡Sólo el hombre tiene cuerpo, alma y espíritu! Esto se revela en la afirmación de que Dios creó al hombre «a su propia semejanza». De paso, podemos notar también aquí, la noción de pluralidad en la Divinidad. Dios dice: «Hagamos al hombre a "nuestra" imagen, conforme a nuestra semejanza», y más tarde dice que Dios creó al hombre a «Su» imagen. Es por el espíritu en comunión con Dios por medio del Espíritu de Dios que el hombre puede tener comunión con su Creador y es esencialmente esto que le pone aparte de todos los animales. El cuerpo del hombre no es fundamentalmente diferente, desde el punto de vista químico, de la creación animada o inanimada, aunque es inmensamente superior en el grado de su organización. Al mismo tiempo, su «alma», su conciencia, su inteligencia, sus sentimientos, sus sentidos, es esencialmente igual a la del animal, aunque también aquí es inmensamente superior en grado de organización.

¡Pero el espíritu del hombre es singular entre todas las criaturas! Esta es la «imagen de Dios».

Esta «imagen de Dios» en el hombre ha sido deformada por la caída del hombre en el pecado, pero no ha sido borrada (véase Génesis 9:6; Santiago 3:9). Puede ahora ser restaurada por medio de la fe en Aquel que es a la vez Hijo del Hombre a Hijo de Dios, que es de modo perfecto la «imagen del Dios invisible» (Colosenses 1:15; Hebreos 1:3). La naturaleza espiritual del hombre, muerto en sus culpas y pecados, puede ser renovada por el nuevo nacimiento (Juan 3:6; Efesios 4:23, 24; Colosenses 3:10).

DIOS EVALUA LA CREACION (Génesis 1:31-2:3)

La creación del hombre fue la cumbre y conclusión de los actos creativos de Dios. El hombre tenía que «llenar la Tierra y sojuzgarla, y ejercer dominio sobre las otras criaturas. Debido a la Calda y la Maldición, este dominio no se ejerce ahora (Hebreos 2:8) excepto de una forma incompleta a imperfecta. Un día será restaurada. La profecía de Isaías 11:6-9, da con anticipación una visión de las glorias del Milenio, y pinta las relaciones ideales entre el hombre y los animales que tenían que haber existido antes de la caída del hombre.

El capítulo 1 del Génesis debería ser extendido hasta el capítulo 2.3, y posiblemente hasta la primera parte del versículo 4. En este epílogo de la narración creativa se nos revelan dos verdades de extrema importancia.

En primer lugar que «Dios vio que todo lo que había hecho era bueno en gran manera». Esta es la séptima vez en el capítulo que Dios pronuncia la palabra «bueno» aplicada a su obra. De modo que toda evidencia de desorden, antagonismos, sufrimiento, degeneración, lucha, y sobre todo muerte, que ahora vemos en el mundo presente o en los anales del pasado, no puede atribuirse a algo ocurrido durante los seis días de la creación. Algo ocurrió después de la creación para llevar estas cosas al mundo. «Por el hombre vino la muerte» (1 a Corintios 15:21). De modo que los fósiles de antiguas criaturas vivas, preservados en las rocas de la corteza terrestre, no pudieron ser enterrados durante el período de la creación o antes.

En segundo lugar estos tres versículos subrayan una y otra vez que la creación de Dios había sido completada. «Y acabó en el séptimo día la obra que hizo.» «Y reposó el séptimo día de toda la obra que hizo.»

Debería notarse también que no hay base para distinguir de modo tajante entre los actos de Dios «crear» y «hacer». De modo que «creó Dios los grandes monstruos» (vers. 21), pero «hizo animales de la tierra» (vers. 25). Del mismo modo «hizo al hombre según su semejanza» (vers. 26), pero «creó al hombre según su imagen» (vers. 27). Aunque las dos palabras no son exactamente sinónimas, el énfasis es en la obra de Dios al «crear y hacer» todas las cosas (Génesis 2:3).

Los actos «creativos» de Dios fueron aquellos por medio de los cuales la materia y los entes que no tenían existencia previa fueron «creados», es decir, recibieron su existencia. Por otra parte, cuando se dice que Dios ha «hecho» algo, la idea sobre la que se hace énfasis es de levantar el material creado a un estado de orden y organización más elevado que antes. Los términos, cuando describen actos de Dios, son esencialmente sinónimos.

En todo caso es bien evidente que todo lo que Dios «creó a hizo» fue completado en seis días. Los seis días eran pues días de «creación» y «organización», y el proceso que Dios usó ya no está en operación. El presente orden de cosas, que es el único sistema que la ciencia puede estudiar experimentalmente, es de «conservación» y «desorganización», tal como se enuncian en la primera y la segunda ley de la Termodinámica, respectivamente.

El reconocimiento de la necesidad de crear con «edad aparente» y de una «creación terminada» contribuirá mucho a resolver el aparente conflicto entre el relato de la creación de la Biblia y la edad que se supone tiene la Tierra y el universo. Los métodos de datación geológicos y astronómicos están de necesidad basados en los promedios de velocidad de cambio de los procesos físicos presentes. Se hace la suposición de que el promedio de velocidad del proceso ha sido siempre el mismo y que la entidad a ser medida empieza de cero al principio. Esto permite calcular a j, «edad aparente», ¡pero no tiene en cuenta la posibilidad de que la entidad haya sido creada con edad aparente, por lo menos en parte! Tampoco se tiene en cuenta que estos promedios han de conformarse a las dos leyes de la Termodinámica; de hecho, la mayoría de los promedios usados para fechar son en realidad promedios de desintegración. Por tanto no nos dicen nada de los sucesos de la creación, que fueron completados por procesos creativos y no degenerativos. Estos cálculos no tienen en cuenta tampoco el hecho que la suposición de uniformidad en los promedios del proceso es por completo inválida a la luz de la destrucción del mundo en el Diluvio de Noé, algo que vamos a estudiar en un capítulo próximo.

La obra presente de Dios (Juan 5:17) es la de providencia: «Sosteniendo las cosas con la palabra de su poder» (Hebreos 1:3). Estos son los procesos que los científicos estudian y que los ingenieros utilizan en sus esfuerzos para «subyugar la Tierra», o sea, utilizarla. Pero, los procesos de Dios de «crear y hacer» han terminado y son por completo inaccesibles a la investigación y evaluación científica. Esto se confirma por la ley de la conservación de la energía -la más importante y cierta de todas las leyes científicas- que afirma que nada es ahora creado o destruido. Todas las llamadas teorías científicas de los orígenes, si se basan en la

extrapolación de los procesos presentes, esto es, la suposición de que el proceso presente es una continuación de procesos creativos, acaba en el error; sólo Dios puede decirnos la verdad respecto al origen del universo y sus habitantes y esto es exactamente lo que ha hecho en este primer capítulo incomparable de su Palabra.

Capítulo 3

Orígenes humanos

(Génesis 2:4-17)

La muerte de Adán es el título de un conocido libro sobre la evolución humana, un título que subraya la opinión prevaleciente entre los intelectuales de que el relato del Génesis sobre el origen del hombre ha sido repudiado por la ciencia moderna. En lugar de Adán se nos dice que nuestros antecesores eran seres como el Pitecantropo y Australopiteco. Los libros de texto, por todas partes, proclaman la evolución como un hecho histórico que las personas educadas deben aceptar, y esta propaganda y presión es en extremo difícil de resistir. Pero, cuando se examina la evidencia real, los hechos, se ve un cuadro que asombra por lo diferente. ¡El relato bíblico de la creación del hombre no ha sido desacreditado en absoluto, sino simplemente rechazado! La evolución no ha sido probada, sino supuesta.

LOS HECHOS DE LA CREACION

Una de las «pruebas» comunes citadas por los que rechazan la doctrina de la inspiración plenaria de la Biblia es que contiene dos relatos contradictorios de la creación. Se afirma que la narración de la creación de Génesis 1, que hemos estudiado, presenta un cuadro por completo diferente de la «segunda historia de la creación», en Génesis 2.

Pero si fuera así, es extraño que el Señor Jesús, cuando contestó a la pregunta de los fariseos sobre el matrimonio (Mateo 19:4, 5) ¡citó de ambos capítulos (Génesis 1:27 y 2:24) en una misma frase! El que era El mismo el Creador consideraba los datos de ambos capítulos no sólo armoniosos sino también Verdad divinamente inspirada. Más bien que presentar contradicciones, veamos que las aparentes diferencias en los dos relatos dan una mayor seguridad de que los dos son verdaderos.

El segundo capítulo del Génesis da información sobre la semana de la creación que es suplementaria, no contradictoria, al relato esquemático de Génesis 1. Génesis 2:1-4, naturalmente, es en realidad una parte del capítulo 1, de modo que el segundo capítulo debería empezar realmente en la segunda mitad de Génesis 2:4. Los versículos 5 y 6 probablemente se refieren a sucesos de los primeros cuatro días de la semana de la creación, y el resto del capítulo a sucesos del sexto día.

Además se da información sobre el ambiente original del hombre, y esta información es de carácter mucho más detallada y tan diferente de las condiciones presentes que sugiere fuertemente que el relato fue escrito originalmente por un testigo ocular. Aunque se considera de modo universal a Moisés como el autor del Génesis no hay razón alguna para que no pueda haber incorporado anales más antiguos en el libro, y el use de la fórmula: «Éstas son las generaciones de...», indica que esto es una buena posibilidad.

Es evidente que Moisés estaba utilizando aquí, al escribir el libro del Génesis, anales antiguos que le habían llegado a través de las eras de los patriarcas, cuyos nombres estaban fijados en las respectivas divisiones. Por lo menos de una de estas historias genealógicas, la de Adán (Génesis 5:1) se dice que había estado en un libro, y por tanto estaba escrita, y es probable que todos los otros datos hubieran estado escritos también.

La palabra «genealogías» (en hebreo, *tholedoth*) proporciona el mismo nombre «Génesis» que fue asignado primero a este libro cuando fue traducido a otras lenguas. «Génesis» está basado en el griego de la Septuaginta que usa «*geneseos*» como equivalente del hebreo «*tholedoth*». Es lo mismo que aparece en Mateo 1:1: «El libro de la genealogía de Jesucristo (*geneseos*). Su significado básico es «historia genealógica» y se refiere normalmente a historia previa, más bien que subsiguiente.

No es necesario suponer que las historias primitivas del Génesis fueran transmitidas oralmente hasta Moisés; ahora se sabe bien que la escritura era común por lo menos desde unos centenares de años antes de Abraham, y no hay razón (aparte del prejuicio evolucionista) para pensar que los antediluvianos no la poseían ya. Tal suposición implicaría que la humanidad existió por lo menos 2.500 años sin ninguna clase de registro escrito o revelación escrita de los tratos de Dios con el hombre.

No siempre está claro si la frase «éstas son las genealogías de. . . » está colocada al principio o final, o en medio del registro asociado con ella. Las razones para tomarlo como un suscrito (al final) en estos estudios son las siguientes: 1) la primera aparición de «*tholedoth*», Génesis 2:4, tiene que aplicarse necesariamente a la narración que la precede; 2) el individuo nombrado podía en todo caso haber tenido acceso a la información de sucesos previos, pero no a los que seguían a la afirmación; 3) el use de ese suscrito era una práctica literaria común en las tablas antiguas. Para una presentación convincente de esta evidencia y de otras véase *New Discoveries in Babylonia about Genesis*, por P. J. Wiseman.

En cada caso debe notarse que el individuo así nombrado (Adán, Noé, hijos de Noé, Sem, etc.) podía haber tenido acceso a la información contenida antes de su nombre pero no a la de la división que le sigue. A lo largo de todo el libro los muchos detalles íntimos y las descripciones indican que los relatos deben proceder de testigos oculares. Es significativo, también, que aunque Moisés es mencionado 80 veces en el Nuevo Testamento, y el libro del Génesis es citado o referido unas 200 veces, en ningún punto se hace la afirmación de que Moisés era el autor de ninguna cita específica del Génesis.

Así, las historias genealógicas originales fueron escritas, probablemente, por los antiguos patriarcas, y muy probablemente en tablas de piedra. Moisés, guiado por el Espíritu Santo, habría compilado y organizado los datos en una narración continuada, con adiciones apropiadas por su cuenta, reteniendo las firmas de cada uno de los escritores originales para identificar el origen de cada sección. La división duodécima y última, que se extiende desde Génesis 37:2 al fin del libro, y nos cuenta la historia de los doce hijos de Jacob, fue probablemente escrita por completo por Moisés mismo, a base de los anales conservados por los hijos de Jacob y sus descendientes en Egipto.

La única división sin una firma humana es la primera, Génesis 1:1-2:4, que termina con la afirmación: «Estas son las genealogías de los cielos y la tierra cuando fueron creados.» Es evidente que no había testigo humano para referir los sucesos de la creación del primer capítulo. Dios mismo tiene que haberlos dado por revelación directa.

Aunque no podemos realmente probar la anterior teoría de la redacción, preservación y compilación del libro del Génesis, parece compatible con los hechos conocidos. Es, pues, muy probable que tenemos los relatos referidos por los mismos patriarcas, por lo menos en todo lo esencial.

Esto, naturalmente, daría cuenta también del hecho de las diferencias en el estilo y vocabulario de las diferentes divisiones del Génesis, un fenómeno que desde hace más de 200 años es uno de los principales baluartes de dudas sobre su autenticidad. La llamada «teoría documentaria», que propone un «origen compuesto» de los libros de Moisés (la hipótesis JEPD) se basaba originalmente en la observación del uso de diferentes hombres para Dios en la primera y segunda división del Génesis. Pero, esto no es un problema en absoluto, cuando reconocemos la probabilidad de que el primer sector (Génesis 1:1-2:2) fuera escrito directamente por Dios y el segundo (Génesis 2: 4-5:1) por Adán.

Al adoptar la posición de que Moisés usó anales escritos anteriormente cuando escribió el Génesis, reconocemos, sin embargo, que hay dos posibilidades: 1) que hubiera usado relatos verbales anteriores; 2) que hubiera recibido toda la narración directamente por medio de la revelación. Sin embargo, ninguno de estos dos métodos fue empleado por Dios al inspirar los otros libros históricos de la Biblia, que fueron escritos o bien por testigos directos o por testimonios verbales o escritos de testigos presenciales.

También es importante hacer notar que esta teoría de la «transmisión verbal» del Génesis ha sido usada con frecuencia por eruditos que dudan de su autenticidad, en apoyo de su rechazo de la veracidad histórica y científica de Génesis 1-11. Sin embargo, si estos capítulos fueron escritos originalmente por testigos presenciales de los sucesos, guiados tanto en sus escritos originales como en su compilación ulterior por la inspiración divina, entonces tenemos el mayor grado de seguridad posible acerca de su absoluta certeza y exactitud.

Reconocemos que la llamada alta crítica ha rechazado que Moisés fuera el autor del Pentateuco (los cinco primeros libros de la Biblia) y ha dado en cambio sus «hipótesis documentarias», conocidas como la hipótesis «JEDP». Este concepto sugiere que hubo cuatro o más escritores desconocidos que fueron responsables de las diferentes partes del Pentateuco,

todos los cuales vivieron varios centenares de años después de Moisés. Estos escritores se designaron como J, E, D y P, y se decía que se podían identificar sus contribuciones por diferencias en el vocabulario y otras evidencias internas.

Esta extraña teoría ha sido refutada y desacreditada una y otra vez por los eruditos conservadores del Antiguo Testamento, pero estos estudiosos «modernistas» que la han defendido no están ni dispuestos a leer los escritos de los eruditos conservadores. Por ello todavía la están enseñando. La idea se basaba esencialmente en las siguientes premisas: 1) que la escritura era desconocida en tiempos de Moisés, una teoría que los arqueólogos consideran hoy totalmente ridícula; 2) que el estilo literario del Génesis es ulterior al del tiempo de Moisés, una noción basada en la ignorancia de la literatura anterior y que se ha demostrado que es falsa; 3) que la civilización avanzada descrita por los escritos de Moisés era imposible, acusación que estaba fundada también en la ignorancia de las civilizaciones anteriores, como se ha revelado en descubrimientos arqueológicos más recientes; 4) que las historias del Pentateuco deben haberse basado en leyendas primitivas, una creencia que no tiene en cuenta el hecho de que las leyendas de los pueblos anteriores pueden en realidad ser reflejos deformados de las verdaderas historias preservadas por los anales históricos del Génesis, y 5) la teoría evolucionista, según la cual los hebreos eran una tribu primitiva con una religión en desarrollo, que finalmente acabó siendo la teología hebrea: una teoría que no explica nada y que en realidad presupone un proceso universal de evolución que los mismos escritos niegan.

Los versículos 4-6 son difíciles de traducir. Una posible paráfrasis de los mismos es: En el día en que el Señor Dios hizo la tierra y los cielos no había todavía plantar en la tierra ni hierba creciendo en ella, puesto que el Señor Dios no había establecido todavía la lluvia y porque no había hombre que cultivara el suelo. Pero, entonces, se levantaron vapores de la tierra que regaron el suelo, y el Señor Dios formó al hombre... »

Al principio, no habiendo medios para conseguir agua y no habiendo seres humanos, las plantas que habían de servir como cultivos no fueron al parecer incluidas entre las plantas que habían sido creadas el tercer día. Pero, estas dos condiciones fueron suplidas cuando, primero, Dios estableció los medios originales de traer agua a la tierra (versículos 6, 10) y, segundo, Dios hizo al hombre. Fue entonces cuando las cosas estaban dispuestas para plantar el primer huerto (versículo 8).

Es del todo posible que no hubiera lluvia hasta después del Diluvio. El arco iris era una señal enteramente nueva de Dios para el hombre después del Diluvio. Esto puede indicar que la lluvia, tal como la conocemos, como el arco iris, fueron nuevas experiencias después del Diluvio (Génesis 9:11-17).

El relato describe el ambiente original del hombre como siendo hermoso en gran manera y apropiado. Las «aguas sobre la expansión» (Génesis 1:7) parecen haber sido un vasto dosel de vapor de agua invisible. El «efecto de invernáculo» de esta gran capa de vapor de agua podía haber impedido cambios de temperatura bruscos sobre la tierra o diferencias en ella de un punto a otro. El ciclo hidrológico presente, por el cual las aguas se evaporan del océano y penetran en el interior; empujadas por los vientos, condensándose finalmente y volviendo a caer sobre la tierra en forma de lluvia, habría sido imposible en estas condiciones. Más bien las aguas

evaporadas diariamente de los muchos «mares» (Génesis 1:10) se habrían movido sólo a cortas distancias de su origen para condensarse otra vez por la noche sobre las superficies adyacentes (Génesis 2:6).

Además de los muchos mares superficiales y en conexión entre sí, había sin duda ríos, alimentados por fuentes de carácter artesiano, que procedían de corrientes y depósitos subterráneos. Estos depósitos eran el «gran abismo» que luego se abrió al tiempo del Diluvio (Génesis 7:11). Uno de estos sistemas de ríos alimentaba el jardín o huerto plantado por Dios en Edén (Génesis 2:10-14).

El jardín había sido plantado como hogar del hombre. Tiene que haber sido hermoso y placentero (Edén significa «sitio agradable»), con sus árboles dando gran variedad de deliciosos frutos. En el mismo centro del jardín había el árbol de vida. Ha habido gran número de especulaciones sobre este árbol y sobre cómo el comer de su fruto podía dar lugar a que alguien «viviera para siempre» (Génesis 3:22), pero nos vemos forzados a admitir simplemente que no lo sabemos. Se le menciona otra vez en Apocalipsis 2:7; 22:2 y 22:14, donde se dice que está en la nueva Jerusalén, «en medio del Paraíso de Dios», llevando «doce clases de frutos», con hijas «para la sanidad de las naciones».

Tampoco conocemos las características del fruto del «árbol del conocimiento del bien y del mal». Dios le dijo a Adán que comiera libremente de cualquiera de los árboles, excepto de aquél. El comer de este árbol, se le advirtió, resultaría en la muerte. De este modo, en el mismo día de su desobediencia, entraría en el estado de «muerte», que acabaría conduciendo indefectible y seguramente a la muerte.

Esta versión del origen del hombre subraya el origen terreno de su cuerpo. Hay unos catorce elementos químicos que son los componentes principales de la carne viva, entre ellos hidrógeno, carbono y oxígeno. Estos todos son elementos que hay en la misma tierra. «El primer hombre, sacado de la tierra, es terrenal» (1 Corintios 15:37).

Entonces Dios «sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Génesis 2:7. Nótese que esta palabra «vida» está en plural en el original). El hombre tenía la vida que poseían las plantas, lo que permite el proceso biológico del metabolismo y la reproducción, y la vida que poseen los animales, que implica conciencia propia, inteligencia y sentimientos. Esto significa que los animales tienen también «el aliento de vida» (Génesis 7:22) y lo mismo se aplica a Génesis 1:21.

Como se indicó antes, sin embargo, la única diferencia real entre el hombre y los animales es que el hombre fue creado y hecho a la imagen de Dios (Génesis 1:26, 27).

Dios plantó el hermoso huerto para el hombre es una región llamada Edén. De una parte de Edén, fluía un gran río que salía de una fuente artesiana del gran abismo, y atravesaba el huerto y de allí se repartía en cuatro brazos, que finalmente desembocaban en el mar.

Hoy no queda nada de un sistema tal de ríos, ni del huerto del Edén. Sabemos que más tarde, el gran Diluvio destruyó completamente el mundo prediluviano y sus características geográficas.

Sin embargo, algunos de los nombres de la geografía primitiva, como Etiopía, Asiría, Eufrates y otros, fueron transmitidos por los ocupantes del arca y fueron dados a regiones geográficas posteriores al Diluvio, nombres que nos recuerdan lo que había habido antes.

LAS FALACIAS DE LA EVOLUCION

En contra de este relato simple y razonable que nos da la Biblia sobre la creación del mundo y sus habitantes, tenemos el concepto de la evolución orgánica que, en su sentido amplio, es la teoría de que todas las cosas se han derivado mediante modificación gradual de materiales previos por medio de procesos naturales. Según esta teoría, el hombre y los otros seres vivientes se han ido desarrollando por medio de la transformación natural a partir de comienzos muy primitivos, hace centenares de millones de años en la historia de la Tierra. El origen de la vida misma se atribuye a la combinación fortuita de sustancias químicas complejas en algún mar primitivo. El proceso biológico de la mutación de genes (el cambio súbito, hereditario en la estructura de la célula germinal) y la selección natural (la respuesta de las criaturas al ambiente en tal forma que los mejor adaptados sobreviven y los otros son exterminados) se nos dice que da cuenta del desarrollo progresivo de todos los distintos tipos de vida vegetal y animal en el mundo de hoy. Los dirigentes del pensamiento evolucionista rechazan la idea de que este proceso esté bajo el control directo de Dios. Más tarde, dicen, esta evolución puede explicar el estado del mundo sin necesidad de Dios o de creación y, por tanto, la creencia en un Creador divino es por completo innecesaria y no es científica.

Pero, como hemos dicho ya antes, la verdadera ciencia puede tratar sólo de las cosas presentes; y no puede decirnos nada de los orígenes. La evolución no es una ciencia, es una fe, una fe ingenua y crédula, además! Nótese algunas de sus falacias, a saber: 1) La evolución explica la «creación» de todas las cosas en términos de procesos presentes, pero la primera ley de la Termodinámica nos dice que nada es «creado» en el momento actual. 2) La evolución presupone una tendencia innata hacia el progreso y el incremento del orden y la complejidad en el universo, pero la segunda ley de la Termodinámica demuestra que hay una tendencia hacia el desorden y la degeneración en el universo. 3) La evolución se lleva a cabo por mutaciones de los genes, pero casi el 100% de todas las mutaciones conocidas son perjudiciales si no fatales para las criaturas que las experimentan. 4) No hay ejemplo de verdadera evolución de un «tipo» básico a otro tipo en el mundo presente o en los antecedentes fósiles del pasado. 5) El parentesco evolutivo de todas las criaturas implicaría una diferenciación gradual o continua en todas las formas de vida, pero tanto la vida presente como los restos procedentes del pasado nos muestran que hay discontinuidades o diferencias súbitas entre las diferentes clases de plantas y de animales. 6) La selección natural al parecer explica el desarrollo de nuevas especies, pero en realidad tiende a preservar las actuales, puesto que un órgano incipiente o una nueva característica de la clase que fuera no tendría valor de «supervivencia», a menos que fuera funcional por completo desde su mismo principio: 7) La evolución contradice la ley científica de que el efecto nunca es mayor que su causa, puesto que asume que la inteligencia fue desarrollada a partir de materia no inteligente, que la moralidad fue desarrollada a partir de procesos no morales, que el amor y otras características emocionales proceden de sustancias químicas que no sienten, y que hay estructuras infinitamente complejas que proceden de simples principios, y que la conciencia espiritual apareció a partir de moléculas inertes.

Las cacareadas evidencias de la evolución son en realidad muy triviales. Algunas de ellas, como la evidencia de la anatomía comparada, las semejanzas en la composición de la sangre y los embriones, están basadas en la suposición de que estas similitudes en la apariencia, prueban la relación evolutiva. Pero estas similitudes se explican mucho mejor por el hecho de que hay un Artífice común, que proveyó estas estructuras y mecanismos semejantes, para funciones fisiológicas similares.

Las evidencias de la variación, hibridación y mutación muestran, como es natural, que el cambio biológico es común. El sistema genético de cada «tipo» es altamente complejo, con provisión para una gran variabilidad. Se pueden así formar nuevas razas y especies por los mecanismos de variación, selección y segregación. Pero estos cambios están siempre dentro de límites fijados por la composición del material genético disponible, esto es, dentro de los límites del «tipo» creado. Las mutaciones, por otra parte, son en realidad cambios en la estructura genética básica, causados por radiaciones poderosas o por sustancias químicas. Sin embargo, un cambio así, al azar, en un sistema altamente organizado, sólo puede resultar en un descenso en la organización y en la viabilidad, de acuerdo con la segunda ley de la Termodinámica. Por tanto, prácticamente todas estas mutaciones son dañinas, no útiles, en la lucha por la existencia.

La única evidencia de evolución que no será completamente circunstancial es la del registro fósil, que, según se supone, muestra el progreso evolutivo de la vida a lo largo de los siglos y edades. Sin embargo, el registro fósil está compuesto principalmente de discontinuidades, con una ausencia sistemática y universal de formas de transición o intermedias que indique que una forma de organismo se transforma en otra más elevada. Además, como veremos más adelante, hay mucha evidencia de que estos fósiles, en vez de representar la evolución de la vida durante largas edades, representan la catastrófica extinción de la vida en una edad. Los fósiles fueron en realidad sepultados mayormente por el gran Diluvio, y representan por tanto la flora y la fauna del mundo antediluviano.

Por lo que se refiere a los orígenes del hombre, no hay evidencia real de ninguna clase que desmienta la revelación bíblica de que Adán fue el primer hombre, formado por Dios de los materiales químicos de la tierra, pero creado espiritualmente a la imagen de Dios. Todas las razas presentes de la especie humana (y se incluyen aquí las razas prehistóricas de los hombres de las cavernas y otros supuestos hombres primitivos) descendieron de Adán. Algunos de ellos, debido al pecado, a la procreación dentro de una misma familia, enfermedad y otras causas, pueden incluso haber degenerado y pasar a tener formas semejantes a las de los simios en algunos aspectos (aunque hay que tener presente que la mayoría de esos «hombres-simios» más popularizados están basados en una evidencia fósil mínima y muy dudosa. No hay series de fósiles claras de seres que se dirijan y lleguen al hombre. Incluso entre los antropólogos evolucionistas existe hoy gran controversia respecto a quiénes fueron los verdaderos antecesores del hombre. Muchos antropólogos creen que la mayoría de los simios-hombres más populares, como el Pithecanthropus, Sinanthropus, Australopithecus, y otros, representan callejones evolutivos sin salida, y que los verdaderos antepasados del hombre son desconocidos. Y esto es, después de todo, lo que hay que esperar, ¡puesto que Adán no tenía antecesores!

Es importante que cierto número de los fósiles de verdaderos hombres que han sido excavados en los años recientes, de formaciones fechadas por los métodos modernos de

geocronometría son más antiguos que todos estos llamados antecesores evolutivos del hombre. Los modernos antropólogos evolucionistas están en gran desacuerdo entre ellos con respecto al orden real de la evolución humana. Por lo que se refiere a la evidencia de fósiles reales, hay muchos fósiles de monos y muchos de hombres, pero no hay fósiles intermedios entre los monos y los hombres.

Pero, incluso si por amor del argumento suponemos que existieran en el pasado tribus de hombres con características de simios hasta cierto punto, esto no demostraría en modo alguno la relación de la evolución humana con los simios. En general, el cuerpo del hombre es inmensamente superior en su grado de organización al de los animales, pero está hecho fundamentalmente de los mismos materiales. Del mismo modo, el «alma» es básicamente idéntica en el hombre que en la vida animal, aunque inmensamente superior en su organización. Pero es en el espíritu que el hombre se separa por completo de los animales en un abismo infranqueable.

Sólo el hombre es capaz de razonar y analizar, de acumular y transmitir conocimiento, incluso de una generación a otra. Sólo el hombre tiene lenguaje real: la habilidad de comunicar con formas abstractas y simbólicas. Pero, sobre todo, sólo el hombre puede orar y adorar a Dios. A pesar de la extensa propaganda evolucionista en las escuelas y otras instituciones de la sociedad moderna, debe subrayarse que no hay todavía ninguna evidencia, sea científica o bíblica, en favor de ningún otro tipo de evolución «vertical», o sea, desde sistemas simples a sistemas más complejos. La evidencia de una creación especial de todo el mundo real es abundante y satisfactoria.

Con respecto a la pretensión repetida con frecuencia de que la ciencia cree universalmente en la evolución, el lector debe saber que hay hoy centenares, quizá millares de científicos calificados que son creacionistas totales, según la Biblia. Por ejemplo, la Sociedad para la Investigación de la Creación, organizada en 1963, tiene una membresía de más de 60 científicos del tipo descrito, cada uno de los cuales tiene por lo menos un grado de «Licenciatura en Ciencias» entre los que se representan todas las ramas de la ciencia moderna, cada uno de los cuales cree en la creación especial y en la inspiración verbal de la Biblia.

No hay, por tanto, ninguna razón para que nadie dude de la exactitud del maravilloso relato de la creación, tal como se nos da en los dos primeros capítulos de la Biblia.

Capítulo 4 **Origen del hogar y la familia**

(Génesis 2:18-25)

En los últimos versículos de Génesis 2 llegamos a la cumbre de la obra creadora de Dios. En el centro del plan de Dios se hallaba la creación del hombre, para que tuviera comunión con El. Pero, el hombre había de «llenar la tierra y señorearla» (Génesis 1:28), y esto requería la provisión para esta multiplicación y el establecimiento de instituciones sociales humanas que permitieran llevar a cabo este propósito. De estas instituciones, la primera y la más importante es la del hogar y familia, establecida por la unión del marido y la esposa, hombre y mujer. Otras instituciones humanas -gobierno, escuela, iglesia- encuentran su pauta y propósito original en la unidad básica familiar. El amor mutuo entre marido y mujer y entre los padres y los hijos, con el propio ejercicio de la autoridad y obediencia según instrucciones divinas era, pues, fundamental para el cumplimiento del propósito de Dios.

EL PRIMER MATRIMONIO (Génesis 2:18-22)

La integridad y permanencia del hogar individual es, pues, de tal importancia que Dios dejó bien claro desde el principio que el matrimonio tenía que ser permanente hasta la muerte. Es verdad, naturalmente, que con el matrimonio, como con otras actividades humanas, «Dios hizo al hombre sencillo, pero ellos se buscaron muchas artimañas» (Eclesiastés 7:29). La poligamia, el divorcio fácil, el adulterio y otras distorsiones del pacto del matrimonio han prosperado en muchas culturas, pero, como dijo el Señor Jesús: «... no fue así desde el principio» (Mateo 19:8).

El Señor Jesús mismo no sólo confirmó el origen divino permanente y monógamo del matrimonio (nótese también Mateo 5:31, 32; Lucas 18:18), sino que indicó su aceptación del relato de Adán y Eva como el verdadero origen de la raza humana. No es sorprendente, por tanto, que al colapsar el concepto de que el matrimonio es sagrado y lo mismo el hogar, es resultado haya sido un declive en la moralidad, todo lo cual es el resultado de la general aceptación de la filosofía evolucionista de los orígenes del hombre. Si el hombre cree que tiene un origen animal, por qué deberla comportarse de modo distinto al de los otros animales?

Sin embargo, el hombre no está emparentado con los animales, como este pasaje deja ver bien claro. El hombre debía ejercer autoridad sobre ellos, pero no podía tener comunicación espiritual con ellos. Sólo él había sido creado «a la imagen de Dios».

Al final del sexto día de la creación: «Dios vio que todo lo que había hecho... era bueno en gran manera (Génesis 1:31.) Pero, inmediatamente después de haber hecho a Adán, dijo: «No es bueno que el hombre esté solo» (Génesis 2:18). La creación del hombre no hubo terminado hasta que Dios proveyó una compañera y ayuda para el hombre.

Dios hizo arreglos para que Adán se familiarizara con sus otras criaturas y se las trajó para que les pusiera nombres. Esta actividad tenía dos propósitos. Primero, como Adán había de ser responsable de ejercer dominio sobre todas las criaturas, era necesario que las conociera y supiera sus características. Es de suponer que el nombre que les asignaba estaba en armonía con su apariencia y sus acciones. Segundo, y más importante, al conocerlas reconocería que él era muy diferente de las otras criaturas vivientes. «No se halló ayuda idónea para él» (Génesis 2:20).

No hay, pues, ningún parentesco entre el hombre y los animales, según afirman los evolucionistas. El hombre es una creación especial, con un espíritu eterno, y no es posible que una semejanza fisiológica con los animales ponga esto en descrédito.

Por ello Dios procedió a proveer de una perfecta solución al problema de la soledad del hombre. Formó una mujer «del varón» (1 Corintios 11:12). La mujer le serviría de ayuda para realizar el plan de Dios. Sería su compañera en la vida y la madre de sus hijos. Juntos enseñarían a los hijos la voluntad de Dios y les guiarían por sus caminos. Su hogar serviría como modelo y fundamento para las otras familias futuras.

Así había de consumarse el primer matrimonio y establecerse el primer hogar. Aunque los hombres se han apartado con frecuencia de este ideal en tiempos posteriores, sigue siendo verdad que éste es el modelo de Dios para un hogar y un matrimonio feliz y efectivo.

Puede notarse aquí, de paso, que la supuesta discrepancia entre este relato de los animales y el pasaje de la creación de Génesis 2:19 es inexistente en realidad. Se ha dicho que Génesis 2:19 enseña que Dios hizo a los animales después de haber hecho al hombre. Sin embargo la traducción literal del versículo tiene que ser «Jehová Dios había formado pues... », o sea, que es el tiempo pluscuamperfecto.

Puede ser de importancia que sólo «las bestias del campo» (probablemente animales domésticos) y las «aves de los cielos» fueron los que recibieron nombres de Adán. Posiblemente sólo éstos fueron considerados gregarios o sociales por naturaleza para ser compañeros potenciales para el hombre. Pero, incluso éstos no eran «idóneos» para él. No podía haber comunión en el espíritu, puesto que los animales no habían sido formados a la «imagen de Dios».

Habiendo, pues, mostrado a Adán su necesidad de una compañía y ayuda como él mismo, Dios emprendió su último acto formativo en esta semana de la creación. Un acto lleno de significado físico y espiritual. Es posible que Dios le explicara a Adán lo que iba a hacer, pues pareció después que Adán había entendido claramente cómo había formado Dios a Eva.

En todo caso, Dios hizo caer a Adán en un sueño profundo y realizó una maravillosa «operación quirúrgica». El sueño no era necesario para impedir el dolor, puesto que no había todavía conocimiento de dolor a otra forma de sufrimiento en el mundo. Tiene que haber habido implicaciones espirituales en el «sueño profundo». Parece casi como si Adán hubiera «muerto», cuando no había aún muerte en el mundo, para poder conseguirse una esposa para él.

Desde este lado del Calvario, el cristiano no tiene dificultad en ver aquí la primera proclamación del evangelio eterno (Apocalipsis 14:6), en que se nos habla de Aquel que fue «inmolado desde la fundación del mundo» (Apocalipsis 13:8). Aunque no es probable que Adán supiera mucho más, tenía que haber quedado impresionado ante la formación de una nueva vida con la que podía tener perfecta comunión, resultante de una experiencia que pareció, de no haber sido por la intervención de Dios, ¡la terminación de la vida!

Es probable que la palabra «costilla», sea una traducción equivocada. En hebreo, la palabra «tsela» aparece 35 veces en el Antiguo Testamento y ésta es la única vez en que se traduce por «costilla». La mayoría de las veces (por lo menos en 20 ocasiones), significa simplemente «lado». Probablemente, pues, el versículo debería ser traducido así: «... y tomó de uno de sus costados y cerró la carne en su lugar; el lugar de donde la había sacado; y del costado que Jehová Dios tomó del hombre, formó una mujer, y la trajo al hombre.

¿En qué sentido tomó el Señor uno de los costados de Adán? Un costado incluiría carne y hueso, y es significativo que Adán dijera luego: «Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne. »

Aunque no se menciona, es también evidente que una operación semejante implicaría el derramar sangre en el lado abierto. En realidad, la misma «vida de la carne está en la sangre» (Levítico 17:11; Génesis 9:4). Fisiológicamente es la sangre la que lleva el oxígeno necesario y otras sustancias químicas, desde el aire y el alimento ingerido por el hombre, a la carne y a los huesos. Posiblemente fuera sólo sangre lo que Dios tomó del costado abierto de Adán, pero por lo menos tiene que haber fluido al salir la carne y los huesos.

Y de nuevo, esto inmediatamente nos recuerda a Aquel cuyo costado fue traspasado en el Calvario cuando se hallaba en el «profundo sueño» de la muerte, de cuyo cuerpo «ningún hueso fue roto», pero de cuyo costado «brotó agua y sangre» (Juan 19:34-36).

De la «vida» de Adán, la sangre que alimenta los huesos y la carne, Dios hizo a Eva, su esposa. De la misma manera, nosotros que constituimos la «esposa» de Cristo hemos recibido la vida por su a (Juan 6:53-56). Por ello, como dice el Apóstol Pablo «Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos» (Efesios 5:30).

Eva fue formada, pues, del costado de Adán, para trabajar a su lado y ejecutar la divina orden de «llenar la tierra» y «señorearla». No sólo tenía la misma «carne» (es decir, cuerpo) y «vida» (esto es «alma») que Adán, sino que tenía también un espíritu eterno, como él, pero el espíritu procedía directamente de Dios, no mediatizado a través de Adán, como ocurría con su vida física. Esto lo sabemos por Génesis 1:27: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó: varón y hembra los creó.» La «imagen de Dios» creada directamente por Dios fue dada al hombre y a la mujer.

Del mismo modo, aunque todos los descendientes de Adán y Eva habían heredado sus características físicas y mentales por transmisión genética, con todo, cada individuo tiene un espíritu recibido directamente de Dios, y así es él mismo capaz de comunión personal y eterna con Dios. Es Dios, que «formó el espíritu del hombre dentro de él» (Zacarías 12:1) y a cuya orden cada espíritu de hombre «regresa» (Eclesiastés 12:?) cuando su cuerpo vuelve al polvo.

Esta historia hace desesperar a los llamados «evolucionistas cristianos». Es por completo imposible armonizar este relato del origen de la mujer con ninguna de las teorías de la evolución humana. Esta, naturalmente, no es la razón por la que nosotros dudamos de ella. Como hemos visto, los sucesos de la semana de la creación fueron realizados por el poder de Dios de «crear y hacer», esto es, de dar existencia, y luego ordenar y organizar todas las cosas. Los procesos no

son procesos físicos de «conservación y desorganización» que ahora controlan el universo y que constituyen el único campo de estudio de la ciencia. Por tanto, la única manera de averiguar cómo fue creado el mundo y todas las cosas contenidas en él es que Dios nos lo diga. Y en Su relato divinamente inspirado, posiblemente recibido ya desde Adán así transmitido, tenemos la información deseada.

Los «evolucionistas cristianos» que dicen que creen en un Adán real, pero que al mismo tiempo tratan de aceptar la teoría evolucionista del origen del hombre, son inexcusablemente incoherentes. Dicen que el cuerpo del hombre evolucionó por medio de un proceso evolutivo desde sus antecesores simios, ¡pero, luego, en el momento oportuno, Dios creó el espíritu de hombre, y éste primer hombre fue Adán! Pero, entonces, ¿qué se nos dice de la formación de Eva a partir de Adán? Evidentemente, no hay modo alguno de dar cuenta del origen de Eva y armonizarlo con el cuadro evolutivo, si es que las palabras tienen algún significado.

Es importante que los etnólogos y los antropólogos hallan evidencias de que el matrimonio permanente y monógamo ha sido considerado en todas partes y en todas las edades con la forma ideal y preferida de formar la vida de familia. Por desgracia es verdad que con frecuencia el sistema ha sido corrompido: encontramos divorcios, poligamia, concubinato, poliandria y aun promiscuidad entre los diferentes pueblos. Pero esto son anomalías. La verdadera felicidad y cumplimiento de los propósitos de Dios implican de modo necesario la obediencia a la orden inicial de Dios. «Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne. »

Reconocemos, naturalmente, que debido a la entrada del pecado en el mundo, no siempre ha sido posible adherirse al ideal. Dios mismo parece haber sancionado, o por lo menos permitido, la poligamia en ocasiones: tenemos el caso de David y de otros en el Antiguo Testamento, a quienes Dios bendijo y usó a pesar de tener más de una mujer. De modo similar, la ley Mosaica autorizó el divorcio. En algunos casos, Dios incluso ordenó el divorcio (Esdras 10:11).

Pero, como dijo el Señor Jesús: «No fue así desde el principio» (Mateo 19:8). Con la luz plena del Evangelio y de las Escrituras del Nuevo Testamento, los creyentes cristianos que buscan hacer la voluntad del Señor en todas las cosas desearán sin duda seguir su Voluntad en la más básica e importante de las relaciones terrenas.

EL SIGNIFICADO DEL MATRIMONIO **(Génesis 2:23-25)**

Se ve, pues, que la relación matrimonial es de la mayor importancia en la economía terrestre de Dios. Ho ha de ser secularizado y no se ha de abusar de él. Es un «ser juntado» por Dios mismo (Mateo 19:6), y el medio básico por el que se espera que el hombre pueda cumplir los propósitos de Dios de que sea viceregente en la tierra (Génesis 1:28).

Cuando Dios llevó a Eva a Adán, éste exclamó: «Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne: ésta será llamada Varona, porque de varón fue tomada.» Esta es la primera vez en

que se usa esta palabra para indicar «hombre» (hebreo «ish»). Hasta ahora se había usado exclusivamente la palabra hebrea 'adham.

De modo que Adán es verdaderamente la cabeza de la raza; incluso Eva fue tomada de él. «Adán fue formado primero, luego Eva» (1 Timoteo 2:13). «Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón. Y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón» (1 Corintios 11: 8, 9).

Aquí podemos notar, de pasada, que el Nuevo Testamento acepta claramente el relato de Adán y Eva, en el Génesis, como una historia real, que ha de ser tomada literalmente. Los modernos teólogos que consideran Adán y Eva de un modo alegórico (y son muy numerosos hoy, incluso en ciertos círculos «evangélicos»), se hallan pues. en rebelión contra el testimonio inspirado de Pablo, y aun del testimonio del Señor Jesucristo (Mateo 19:4, 5; Marcos 1:6-8). Esto no es para ser tornado a la ligera.

Dios ha de haber tenido alguna razón para formar a la mujer de esta manera, porque evidentemente no es la forma más simple de hacerlo, por lo menos desde el punto de vista natural. De las referencias a inferencias del Nuevo Testamento, parece que hay grandes verdades espirituales que Dios nos mostraba aquí en forma típica, así como la verdad más inmediata de que Adán y Eva eran verdaderamente «una carne» y debían, por tanto, servir a su Creador juntos en unidad de corazón.

Como los primeros esposo y esposa, Adán y Eva pasaron a ser el «tipo» de todos los siguientes esposos y esposas, y especialmente el celestial, Jesucristo (Juan 3:29; Mateo 25:1-10) y la esposa, la Iglesia (Apocalipsis 21:9; 2^a Corintios 11:2; Efesios 5:21-33).

De esta manera, Cristo ofreció Su cuerpo a Dios (Hebreos 10:10) y entró en el sueño profundo de la muerte. Su costado fue abierto, como el de Adán, y Su sangre fue vertida, mezclada con agua (Juan 19:34), testificando del Espíritu que traería regeneración: nueva vida de la muerte (1 Juan 5:6; 1 Pedro 3:18). Por medio de la sangre redentora (Hechos 20:28) y del agua purificadora y vivificadora (Efesios 5:25, 26) Cristo se dio a Si mismo, como sacrificio para formar la Iglesia como Su esposa y, ciertamente, como su propio cuerpo espiritual: hueso de sus huesos y carne de su carne (Efesios 5:30). En símbolo, es significativo que la «vida (de Adán) de la carne estaba) en la sangre» (Levítico 17:11) y la sangre es aproximadamente un 90 % de agua. En realidad toda la carne humana es más del 60 % agua.

Cuando Adán despertó de su profundo sueño, y cuando Dios hubo terminado de formar a Eva, «la trajo a Adán» (Génesis 2:22) para que estuviera con él por primera vez. De la misma manera, Dios está formando ahora una esposa para Cristo (Hechos 15:14), pudiéramos decir que «edificando su cuerpo» (Efesios 4:11-16). Cuando esta obra esté completada, Dios llevará la esposa al Señor Jesús, y El saldrá al encuentro de ella y será unida al Señor para siempre (Juan 14:2, 3; 1^a Tesalonicenses 4:16, 17; Apocalipsis 19:7-9; 21:1-4).

Todas estas verdades están, naturalmente, tipificadas en cada verdadero hogar constituido según la pauta establecida por Dios. Esta es la verdad tan hermosamente presentada en el pasaje clásico de Efesios 5:22, 33, en que las mujeres reciben exhortación a estar «sometidas a sus ma-

ridos, como al Señor», y los maridos a «amar a sus esposas, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella».

En realidad, la unidad familiar ordenada por Dios cuando creó al hombre y a la mujer es también un hermoso tipo de la familia celestial. Pablo dice, respecto al Padre de nuestro Señor Jesucristo: «que es de El de quien toma nombre toda parentela en los cielos y en la tierra» (Efesios 3:15). De modo que la unidad familiar debería, si funcionara verdaderamente según el propósito de Dios, representar asimismo a la familia celestial. Dios es «nuestro Padre que está en los cielos». El Hijo de Dios fue amado por el Padre «desde antes de la fundación del mundo» (Juan 17:24). «Pero, cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos, y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: «¡Abba, Padre!» (Gálatas 4:4-6).

Este misterio es demasiado grande para que tratemos de entenderlo o explicarlo. Pero, de algún modo, sabemos en nuestros corazones que es así. En nuestras familias humanas, por lo menos aquellas en que se honra a Dios y se cree su Palabra, «por la fe entendemos» que el amor del marido y de la esposa, de los padres y los hijos, de alguna forma muestra el amor eterno del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y el amor redentor de Cristo por la Iglesia.

Capítulo 5

El problema del mal

(Génesis 3:1-19)

Cuando la obra creadora de seis días quedó finalizada, Dios vio «que todo lo que había hecho era bueno en gran manera» (Génesis 1:31). Ido había nada en desorden, no había ni sufrimiento, ni dolor, ni pecado, ni muerte. La paz universal y la armonía prevalecían en toda la creación de Dios.

¡Pero las cosas no son ahora así! En el reino físico, todo tiende a desmoronarse y gastarse. En la esfera de la vida orgánica, cada animal está ocupado en una batalla sin tregua contra otros animales y contra las enfermedades, y también está en poder del proceso universal del envejecimiento y la muerte. Sociológica y culturalmente, una civilización tras otra parece levantarse, declinar y desaparecer. En el reino espiritual y moral, todo el mundo encuentra más fácil hacer lo malo que lo bueno, y dejarse llevar por la corriente hacia abajo que luchar contra ella hacia arriba. Hay algo básico que va mal en el mundo.

El problema de la existencia del mal en un mundo creado por un Dios santo es algo que ha tenido ocupada la mente y el corazón de todos los filósofos y teólogos durante las edades. Si Dios es todopoderoso y justo, ¿por qué permite el pecado, el sufrimiento y la muerte en su creación? ¿Cómo puede el mal haber aparecido en él? Estas preguntas no tienen respuestas fáciles. El ateísmo, en efecto, está en gran parte fundado en la respuesta pesimista de que un mundo malo demuestra que Dios no es bueno o que Dios no es poderoso. La filosofía del dualismo propone un principio eterno para el mal en el universo, lo mismo que uno bueno. Pero estas respuestas,

naturalmente, no son ni escriturales ni satisfacen las necesidades del corazón del hombre. Dios es omnipotente y es perfectamente justo. Sólo su propia revelación, por tanto, puede permitirnos entender la fuente y significado del mal en el mundo.

Al final de los seis días de la creación, y durante un tiempo indeterminado después de ella, no hubo al parecer mal en el universo entero. Incluso Satán mismo era en su origen «perfecto en sus caminos» (Ezequiel 28:15). Cuando Dios «fundaba la Tierra... todas las estrellas del alba alababan, y se regocijaban todos los hijos de Dios» (Job 38:4, 7). Una «innumerable compañía de ángeles» (Hebreos 12:22) se juntaron con su Creador, el Dios trino, en reconocimiento de las perfecciones y las glorias de la Creación.

Los ángeles (que significa «mensajeros») fueron creados, evidentemente, para una variedad de ministerios alrededor del trono de Dios, y había varios rangos y autoridades. «principados y poderes». Miguel, por ejemplo, e el «arcángel» (Judas 9; Apocalipsis 12:7) y también «uno de los principales príncipes» (Daniel 10:13). De Gabriel se dice que «está en la presencia de Dios» (Lucas 1:19). Evidentemente el mayor de estos seres creados era uno llamado Lucifer («estrella del día»).

LA CAIDA (Génesis 2:1-13)

Se habla de Lucifer en Isaías 14:12-15, un pasaje que se refiere inicialmente al malvado «rey de Babilonia» pero que expone también al maligno que lo revestía y lo activaba. De modo similar Ezequiel 18:11-19, se dirige superficialmente al «rey de Tiro», pero va más allá, a uno que lo poseía y le daba poder.

De algún modo, Lucifer empezó a dudar de la Palabra de Dios: «Su corazón fue levantado a causa de su hermosura y corrompió su sabiduría a causa de su resplandor.» Dios le había dicho que había sido «creado», pero el único conocimiento que tenía de ello era la palabra dicha por Dios, y él prefirió no creerla. Dijo en su corazón: «Seré semejante al Altísimo» (Isaías 14:14). Parece que se engañó a sí mismo creyendo que él era de la misma naturaleza y origen que Dios, y que no había nadie que hubiera podido «crear» a ninguno de los dos; según él todo se había desarrollado o venido a ser procedente de materia les previos y fue sólo un accidente de prioridad en el tiempo que le colocó a él, con toda su hermosura y belleza, debajo de Dios en la jerarquía angélica.

Y por ello, Satán empezó su intento persistente para alterar o deshacer el propósito UC D103, y finalmente dijo: «Por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono» (Isaías 14:33). Muchos otros ángeles, posiblemente una tercera parte de ellos, le siguió en su rebelión (Apocalipsis 12:4, 9).

Como «en él fue hallada iniquidad», Satán cayó «como relámpago del cielo» (Lucas 10:18). Dios «lo echó a la tierra» (Ezequiel 28:17) y últimamente fue «llevado al infierno» (Isaías 14:15; Mateo 25:41).

En la tierra se hallaba ahora en los dominios del hombre. Sabía que Dios tenía un propósito glorioso y un gran destino para el hombre, «creado a su imagen», y en su odio a Dios, Satán inmediatamente emprendió la tarea de destruir esta «imagen» de Dios y derrotar el propósito de

Dios para el hombre. Quizá creyó que, capturando el dominio y afecto del hombre, junto con la lealtad de sus propios ángeles, podría incluso ascender de nuevo al cielo y destronar a Dios.

Así pues, Lucifer, la «estrella del día», se volvió Satán, el «adversario» o «acusador», oponiéndose y calumniando a Dios y todos sus planes. Y ahora vino a ser «la serpiente antigua» (Apocalipsis 12:9; 20:2); entrando en el cuerpo de la «más astuta» de las diversas «bestias del campo» a fin de acercarse a Eva con sus malos propósitos.

Ha habido numerosas especulaciones sobre esta serpiente. Algunos han sugerido que la palabra original significaba «brillante, criatura enhiesta», y que la primera apariencia de la serpiente era atractiva y casi humana, antes de que la maldición de Dios cayera sobre ella. Otros sugieren que los animales, por lo menos los animales elevados, eran capaces de tener, en sus orígenes, conversaciones verbales con el hombre, a nivel del alma, pero no del espíritu. Lo máximo que se puede decir sobre estas teorías es que no hay evidencia real a favor ni en contra.

Naturalmente, lo más importante es el hecho de la tentación, y su naturaleza. Es profundamente significativo que empezó con Satán implantando una duda respecto a la palabra de Dios y su soberana bondad en el corazón de Eva. «¿Conque dijo Dios que no comierais de todo árbol del huerto?»

Este enfoque era verdaderamente astuto. De este modo procuraba inculcar en Eva la idea de que era posible dudar de la Palabra de Dios y poner en tela de juicio su voluntad y su bondad. ¡Estas dudas están haciendo realmente la pregunta de si Dios era *realmente* Dios! Satán estaba procurando sembrar la semilla de su propia incredulidad en la mente de Eva, y lo logró.

Este fue el primer acto pecaminoso en la familia humana. Tuvo tanto éxito que Satán y sus espíritus malos siguen usando hoy el mismo enfoque. Si pueden conseguir, aunque sea de forma mínima, que una persona dude de la Palabra de Dios y de su soberana bondad, ya es fácil, paso a paso, conseguir que la persona se rebelde abiertamente contra Dios o bien sea incapaz de realizar el propósito de Dios en su vida. ¡Qué blasfemia el que una criatura de Dios ponga en duda en ningún aspecto algo que su Creador haya dicho o hecho!

Esto es en gran manera instructiva para el creyente de hoy, que debe guardarse de antemano de las astucias de Satán. La mejor defensa es una fuerte ofensiva. La armadura del cristiano (Efesios 6:13-17) es, sobre todo, el «escudo de la fe, con el cual apagar todos los dardos del maligno». ¡Si Eva hubiera contestado a Satán sólo con lo que Dios había dicho *realmente*! Pero contestó: «Podemos comer del fruto de los árboles.» O sea, que suprimió la palabra «todos», infravalorando, así, la bondad y generosidad de Dios (Génesis 2:16), y exageró la prohibición de Dios al añadir la injustificada cláusula: «ni le tocaréis». ¡Es importante tomar las palabras de Dios exactamente como El las dice, sin añadir ni quitar nada (Apocalipsis 22:18, 19)!

De modo que con ello ya quedó ablandada para recibir el golpe final. Satán, convenció a Eva de que Dios los restringía de modo egoísta, de modo que no fueran iguales «sabiendo el bien y el mal». Eva fue vencida (véase 1 Juan 2:17-18) por «el deseo de la carne» (el árbol era bueno para comer), «el deseo de los ojos» (era de buen ver, hermoso), y por el «orgullo de la vida» (les haría sabios).

«Y Adán, a su vez, obedeció la voz de su mujer» (Génesis 3:17) en vez de la Palabra de Dios y también comió del fruto prohibido.

Pero, luego, mientras aguardaban, esperando la llegada de la sabiduría prometida, se dieron cuenta de lo que habían hecho, y les inundó un terrible sentimiento de vergüenza. Al recordar que el propósito inicial de Dios había sido que «se multiplicaran y llenaran la tierra», comprendieron que la misma fuente de la vida humana futura estaba corrompida por su desobediencia y se dieron cuenta con pesar de su desnudez. Con prisa se cosieron delantales con hojas de higuera pero, como es natural, estos burdos delantales no podían esconder la culpa de su rebelión contra Dios. Ni pueden hacerlo los «trapos de inmundicia» de nuestra justicia propia para cubrir nuestros corazones pecaminosos hoy (Isaías 64:6). Necesitamos «vestiduras de salvación» (Isaías 61:10) con las cuales sólo Dios nos puede vestir (Génesis 3: 21).

Adán y Eva ya no pudieron gozar más de su comunión con Dios, precisamente aquello para lo que habían sido creados. Al contrario, «se escondieron», y dieron excusas para evitar la presencia de Dios. Y tan rápidamente se extendió el pecado por sus vidas que, cuando Dios empezó a interrogarlos, Adán culpó a su mujer y Eva culpó a la serpiente, sin que ninguno de los dos reconociera su falta. De hecho, Adán, de modo indirecto, echó la culpa sobre Dios, al subrayar que todo había ocurrido por causa de que «la mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí». ¡En vez de alabar a Dios por su bondad, le culpó por sus tribulaciones! ¡Cuán insensato y malvado, y cuán semejante a lo que hacemos nosotros!

LA MALDICION (Génesis 3:14-19)

No se nos dice en el relato que hubiera algún ingrediente físico en el fruto del árbol del conocimiento que condujera al deterioro físico de la salud, aunque existe la posibilidad. El verdadero veneno, que corrompe el alma y mata al espíritu, fue la conciencia de su culpabilidad y el miedo de la muerte. Adán y Eva habían huido de la presencia de Dios, y se habían escondido entre los árboles, incluso trataron de esconderse de sí mismos, por así decirlo, haciéndose delantales de hojas de higuera. Pero Dios, en su gracia, los buscó y les hizo confesar lo que habían hecho. Luego, en justicia y en misericordia, impuso una maldición divina sobre el hombre y sobre todos sus dominios: una maldición que era plenamente apropiada al estado caído del hombre, pero que estaba calculada para mostrar al hombre su desesperada necesidad de un Salvador, que Dios iba a proporcionar.

Dios pronuncia sus anatemas sobre la serpiente, sobre Eva y sobre Adán, en el orden cronológico de sus actos respectivos de trasgresión. La serpiente, como animal, fue maldecida por encima de todos los demás seres del reino animal, no por la culpabilidad directa de su parte, sino más bien como recordatorio perpetuo al hombre del instrumento de su caída y de la final destrucción del mismo Satanás. La maldición sobre Satanás (Génesis 3:15) será discutida con más detalle en el próximo capítulo.

Eva participó en la maldición de Adán, puesto que ella era «del hombre», pero, además, fue objeto de una maldición especial en relación con la experiencia de la concepción y parto de los hijos, el dolor de cuyas experiencias sería «multiplicado en gran manera». Se le había asignado el ser la «madre de toda la humanidad» (Génesis 3:20), pero ahora todos sus hijos, en todas las

generaciones, tendrían que sufrir bajo la maldición. Su misma entrada en el mundo sería marcada por sufrimiento, que serviría como recordatorio perpetuo de los espantosos efectos del pecado.

La maldición de Adán fue diferente en que fue más directamente sobre sus dominios que sobre él. «Maldita será la tierra por lo causa; con dolor comerás de ella todos los días de lo vida». (La misma palabra «tierra» se utiliza para indicar el material básico de la creación física.)

La tierra que antes había cooperado con su rendimiento al hombre al ser «labrada» (Génesis 2:5,15), ahora se resistía a rendir su fruto. En vez de ello, produciría cardos y espinas y hierbas nocivas, requiriéndose trabajo, sudor y lágrimas para poder «comer de ella». Y, finalmente, a pesar de toda esta lucha, la muerte triunfaría sobre el cuerpo del hombre, que volvería a la tierra, de la cual era parte.

De este modo, como dice Pablo en Romanos 8:20-22, «la creación fue sometida a vanidad» y ahora «gime y está en dolores de parto». La tierra «envejece como una vestidura» y «perecerá» (Hebreos 1:10-12). Como toda carne está hecha de los elementos físicos de la tierra, está también sujeta a la ley de decaimiento y muerte. «Toda carne es como hierba y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae» (1º Pedro 1:24). Toda la creación ha sido entregada a la «servidumbre de corrupción». Es la experiencia universal de todas las cosas, vivas o inertes, al final se gastan, se atrofian, envejecen, decaen y se vuelven polvo.

Esta condición es tan universal que fue formulada como ley hace unos cien años (por Carnot, Clausius, Kelvin, y constituye una ley fundamental llamada ahora la Segunda Ley de la Termodinámica. Dice que todos los sistemas, si se les deja a sí mismos, tienden a degradarse o desordenarse. Se la ha llamado también la ley de la morfólisis (del griego que significa disolución de la estructura). Los sistemas físicos, sean relojes o soles, acaban gastándose. Los organismos biológicos crecen y mueren. Los cambios hereditarios en las especies son causados por mutaciones de genes, que representan alteraciones súbitas en la estructura genética altamente organizada de la célula germinal, y que casi siempre acaban en la muerte o el deterioro del tipo racial.

Como se dijo antes, la Segunda Ley de la Termodinámica es una de las dos leyes básicas de la ciencia moderna más firmemente establecidas por la evidencia empírica y su universal aplicabilidad, mejor que ningún otro principio científico. El término *entropía*, que es un factor matemático que mide la energía disponible en el sistema termodinámico, se usa para indicar el grado de desorden o aleatoriedad dentro de cualquier sistema, y esta segunda ley afirma que la *entropía* de un «sistema cerrado» siempre va en aumento.

La ciencia sabe que esto es verdad, pero la ciencia, como tal, nunca ha podido sugerir por qué es verdad. Sin embargo, en un universo creado por un Dios amoroso y racional, un principio semejante parece fuera de lugar. ¿Qué *es lo* que en realidad ha salido mal en este mundo de Dios?

La única respuesta verdadera y razonable a este problema se encuentra en el capítulo tres del Génesis. El apóstol Pablo, refiriéndose a este capítulo, dice: «Por lo tanto, así como el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte, así también la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Romanos 5:12). Más tarde,

dice: «Porque la creación fue sometida a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sometió, en esperanza de que también la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción, a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora» (Romanos 8:20-22).

Así que las doctrinas cristianas de la Caída del hombre y la Maldición pronunciada por Dios sobre Su creación son fundamentales no sólo para comprender la historia, sino también como verdadera teología bíblica. Los teólogos modernistas pueden ridiculizarla, al parecer, ingenua historia de la serpiente y del fruto prohibido, y pueden rechazar por completo la historicidad de Adán y Eva si quieren, pero deberían reconocer claramente que al hacerlo están también rechazando la autoridad del Nuevo Testamento y de los apóstoles. No sólo acepta explícitamente el Nuevo Testamento los acontecimientos de Génesis 3 como históricamente verdaderos (nótese, especialmente, Romanos 5:12-19; 2 " Corintios 11: 3; 1 Timoteo 2:13, 14; 1 Corintios 15:21, 22) sino que la estructura entera de la teología cristiana está erigida sobre este fundamento. La verdadera necesidad de un Salvador presupone que el hombre ha heredado una naturaleza corrompida y pecaminosa. Si el hombre está siempre, de modo natural, evolucionando y mejorando, entonces es capaz de «salvarse» a sí mismo. La muerte expiatoria del Hijo de Dios, ofreciéndose como sacrificio redentor para el pecado del hombre, pasa a ser de significado nulo si el hombre ni aún está perdido. Es, pues, de importancia capital y eterna que el cristiano entienda y crea este trágico relato de la caída del hombre y la aparición del pecado y la muerte en el mundo.

Dios cumple siempre tanto las promesas como los avisos. Le dijo a Adán que en el día en que comiera del fruto del árbol prohibido, moriría. Empezaría a morir inmediatamente y acabaría muriendo del todo. Ya que Adán recibió poder para enseñorearse de la tierra, su dominio también empezaría a «morir». Dios impuso una maldición sobre la creación entera, Su propia obra.

La maldición era triple, de la misma manera que la creación había sido triple. Como hemos notado previamente, había habido tres grandes actos creativos. Primero, los materiales físicos del universo -los cielos y la tierra- fueron creados (Génesis 1:1). Segundo, los «seres vivientes», o sea, los animales con alma, es decir, la existencia consciente, distinta de la de las plantas, que sólo tienen existencia, pero no sienten nada. Finalmente, el hombre, que posee alma (conciencia de sí mismo) y espíritu (capacidad de comunión con Dios) (Génesis 1:27). Los otros grandes sucesos de la semana de la creación consistieron en procesos de formar, ordenar y organizar las entidades creadas en varias «especies» o clases de «cuerpos» físicos y biológicos (1 Corintios 15:38-41).

Pero ahora Dios había maldecido la tierra física, el «suelo» (Génesis 3:18), de cuyos elementos habían sido formados los diversos cuerpos. Del mismo modo, fueron maldecidos los animales, especialmente la serpiente, que fue «maldecida entre todas las bestias, entre todos los animales del campo» (Génesis 3:14), como un recordatorio perpetuo al hombre de la eventual destrucción prometida del maligno, que había usado su cuerpo.

Y la maldición cayó más dura aún sobre el hombre. Esta maldición fue cuádruple, según sigue: 1) Aflicción, resultante de una decepción y futilidad continua; 2) dolor y sufrimiento, implicado por las «espinas» que obstaculizan los esfuerzos del hombre de proveer mantenimiento a su familia; 3) sudor o lágrimas, la lucha persistente e intensa en contra de un ambiente hostil, y

finalmente 4) la muerte física, que al final triunfaría sobre los esfuerzos del hombre y su estructura retornaría a los elementos simples de la tierra.

Pero Cristo, como Hijo del Hombre y segundo Adán, ha sido hecho maldición por nosotros. El fue el «varón de dolores» (Isaías 53:3), experimentado en el dolor más que ningún otro hombre; El fue «herido, molido y castigado» por nosotros (Isaías 53:5) y, ciertamente, llevó las mismas espinas de la maldición en Su corona; en la agonía de su obra, El sudó como si fueran gatas de sangre, y «ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas» (Hebreos 5:7). Y finalmente, Dios le llevó «al polvo de la muerte» (Salmo 22:15).

«¡Liberados a una gloriosa libertad! » Porque Cristo sufrió por nosotros, una vez más la morada de Dios será entre los hombres y «no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apocalipsis 21:4). «Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán» (Apocalipsis 22:3).

Además de la maldición sobre la humanidad en general, sin embargo, las mujeres fueron puestas bajo una carga particular, debido al pecado de Eva. Sus dolores, «especialmente en la concepción» serían «grandemente multiplicados» (Génesis 3:16). La función de reproducción y maternidad, originalmente dada como una fruición gozosa del propósito de Dios en su creación, ahora estaba severamente dañada por su «ambición» de poseer el conocimiento privado, que concibió y dio a luz al pecado y la muerte (Santiago 1:15), y de ahora en adelante quedaría marcada por un sufrimiento especial al ser llevada a cabo. Además, ella, que había obrado independientemente de su marido en su fatal decisión de probar el fruto deseado, de ahora en adelante ejercería su deseo sólo respecto a su marido, el cual tendría autoridad estricta sobre ella.

Este es, pues, el verdadero origen de esta extraña ley del desorden y el decaimiento, la segunda ley de la Termodinámica. En vez de permanecer las cosas hechas como estaban en la semana de la creación (esto es, organizadas en sistemas y estructuras complejas estables) ahora tenderían a «deshacerse», a hacerse más desorganizadas y simples. En vez de vida y crecimiento, viene decaimiento y muerte; en vez de evolución, degeneración. Aquí está el secreto de todo lo que no va bien en el mundo. El hombre es un pecador, y la maldición de Dios se extiende sobre la tierra.

Esta ley de la *entropía* creciente, una de las dos leyes mejor demostradas de la ciencia, contradice de un modo preciso la idea de la evolución. La evolución se considera un proceso universal en el cual las cosas aumentan en orden, mientras que la segunda ley de la Termodinámica es una ley universal del orden decreciente. La una se opone a la otra, y las dos no pueden ser verdad. Este problema ha sido casi por completo pasado por alto por los evolucionistas, y nunca ha sido resuelto. Los cristianos pueden estar seguros de que la evolución «vertical» es completamente imposible, no sólo porque la Biblia lo dice, sino porque las leyes científicas la hacen imposible. Aunque la Maldición habla del juicio de Dios sobre la tierra, apunta también al hecho de la creación y a un Creador, de modo que el hombre se ve continuamente confrontado con el hecho de que es responsable ante Dios. Además, el principio del decaimiento y la muerte le dan continuamente testimonio de que es insuficiente en si mismo y de que necesita un Salvador. En nuestras mentes finitas, puede que no entendamos del todo por qué Dios ha permitido que el pecado, el sufrimiento y la muerte entraran en Su creación. Pero podemos estar tranquilos en la fe de Su sabiduría divina y Su poder. De alguna forma, El dará mayor gloria a Su hombre, y

mayores bendiciones a sus hijos, por medio de la obra de salvación y redención que por medio de la obra de la creación.

Capítulo 6 El Redentor prometido

(Génesis 3:15-4:15)

Desde el mismo día en que el primer hombre pecó, y comprendió que había caído bajo la maldición de Dios, Dios prometió también un Salvador. En paralelos (o tipos) simbólicos y en profecías directas, Dios ha indicado una y otra vez que algún día Alguien vendría y vencería a Satán, redimiría al hombre, lo reconciliaría con Dios, quitaría la maldición del mundo y llevaría a su glorioso cumplimiento todos los propósitos de Dios en la creación. Incluso en el mismo acto de pronunciar la maldición, Dios simultáneamente prometió el Libertador futuro. Esta maravillosa promesa se encuentra en Génesis 3:15 y se conoce como el *Protoevangelio* (significando el «primer evangelio»). En este versículo se halla en un resumen de pocas palabras toda la historia de la humanidad. La guerra entre «la simiente de la serpiente» la «simiente de la mujer» es verdaderamente conflicto de las edades.

Como se notó en el capítulo previo, la maldición de Dios fue pronunciada sobre la serpiente, la mujer y el hombre, en este orden. Pero, entre la maldición de la serpiente y la de la mujer hay interpolada la profecía de una enemistad permanente entre la serpiente y la mujer y entre sus respectivas simientes. «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre lo simiente y la simiente suya; ésta lo herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón.»

LA PROMESA DE SALVACION (Génesis 3:15-24)

La tierra había sido colocada originariamente bajo el dominio del hombre. Al conseguir persuadir a Adán y Eva que siguieran su palabra en vez de la palabra de Dios, Satán probablemente creía que había ganado la fidelidad del primer hombre y la primera mujer y con ello la de todos sus descendientes también. Ellos serían aliados suyos y de la hueste de ángeles malos, en sus esfuerzos por destronar y vencer a Dios. Satán era ahora el «dios de este mundo» (2^o Corintios 4:4), y la mujer especialmente, que había de llevar los hijos futuros al mundo, estaría dispuesta a seguirle. Ella había demostrado ya su control sobre el hombre, que había comido del fruto cuando ella se lo dijo, aun cuando él mismo no había sido engañado. Con estas posibilidades maravillosas de la reproducción humana bajo su control, Satán podía con el tiempo, por así decirlo, «crear» una hueste innumerable de siervos obedientes a sus mandatos.

Pero, si estos pensamientos se hallaban en la mente de Satán, resultaba que no sólo era el «engañador de todo el mundo» (Apocalipsis 12:9), sino que él mismo se estaba engañando. La mujer, en primer lugar, no iba a ser su aliado voluntario. «Pondré enemistad entre ti y la mujer», dijo Dios. Ni tampoco iba ella a gobernar sobre su marido. «Tu deseo será para lo marido y él se enseñoreará de ti.» La concepción y el parto no iban a ser fáciles ni rápidos. «Multiplicaré en gran manera tus dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos.»

No sólo no sería la victoria tan fácil como él había pensado, sino que, al final, quedaría completamente derrotado y destruido. «Habrás uno que vendrá que no pertenecerá a la simiente del hombre, y que por tanto no estará bajo lo dominio. El será únicamente de la simiente de la mujer, nacido virginalmente. Aunque conseguirás herirle, hacerle sufrir, ¡El lo aplastará por completo a ti y a tus perversas ambiciones!»

Esto es, evidentemente, más que una referencia a la enemistad física entre el hombre y las serpientes, aunque ésta pueda estar incluida. La serpiente como animal fue sólo un vehículo usado por Satán. La carga real de la profecía, como parte de la maldición de Dios, por tanto, debe de haber sido directamente contra Satán mismo. La profecía mira de este modo hacia un tiempo en que Satán será por completo aplastado bajo los pies de la simiente triunfante de la mujer.

Pero al principio se ve un período de conflicto y aún de aparente victoria por parte de la serpiente, que es capaz de «herir el talón» de la simiente de la mujer. Este predicho conflicto se refleja en las leyendas y mitologías de los antiguos, que se hallan llenas de historias de héroes que han entablado luchas a muerte con serpientes y dragones y otros monstruos. Las figuras de estrellas, por medio de las cuales los pueblos primitivos identificaban las constelaciones celestiales, repetían la misma historia, especialmente en los llamados «signos del Zodíaco» y sus constelaciones acompañantes. Hay la figura de Hércules, por ejemplo, que está luchando con la serpiente. La constelación de Virgo, con una espiga de trigo en las manos, puede referirse a la «simiente de la mujer». El rey de los animales, Leo, se muestra dando un zarpazo a la cabeza de una gran serpiente que huye. El Escorpión está representado clavando el aguijón en el talón del gran héroe Ophiuchus.

Estas y otras representaciones similares de antiguos mitos pueden bien ser reminiscencias algo deformadas de la gran profecía inicial. La humanidad, desde las edades más primitivas, ha recordado su esperanza de que algún día un Salvador vendría para destruir al diablo y reconciliar al hombre con Dios.

Pero, ¿qué significa la «simiente de la serpiente» y la «simiente de la mujer»? El uso del término «simiente» tiene un significado biológico, naturalmente, pero se usa aquí en una forma un tanto paradójica. Ni Satán, que es un espíritu, ni la mujer, podían producir realmente «simiente» biológica: solamente el hombre es creado físicamente capaz de darla. Esta simiente, por tanto, es primariamente una descendencia espiritual.

De un modo específico, parece que la simiente de Satán consiste en todos los que a sabiendas y a propósito se ponen en enemistad con la simiente de la mujer. Participan en un sentido muy específico del carácter del Adversario, y procuran oponerse y derrotar los propósitos de Dios en la creación y la redención.

La «simiente de la mujer», por otra parte, se refiere a aquellos en la familia humana que son llevados a una recta relación con Dios por medio de la fe, los hijos del Padre. De modo que hay dos progenies espirituales a los que se aplican los términos «simiente de la serpiente», y «simiente de la mujer».

Sin embargo, esta aplicación generalizada del conflicto de las dos simientes espirituales tiene también una aplicación mucho más específica. Se ve claro que hay un conflicto personal definido predicho entre Satán mismo y uno que pasaría a ser la simiente de la mujer en el sentido físico real, en que este última acabaría triunfante.

Entonces, se podría ser simiente física de la mujer sólo en caso de que no hubiera simiente masculina implicada en la concepción. Esto requería una concepción milagrosa y el nacimiento en la matriz de una virgen. De esta manera, en esta gran promesa, Dios profetizó también que el Libertador que vendría sería concebido de modo sobrenatural y nacería de una virgen. Una simiente así prometida no participaría de la herencia de Adán, la naturaleza de pecado, pero sería, a pesar de ello, un hombre verdadero, nacido de mujer. No estaría bajo el dominio de Satán como los otros hombres, y de esta manera podría entablar batalla a muerte con la vieja Serpiente. ¡Finalmente, aunque herido en el conflicto, aparecería como el Vencedor, destruyendo a Satán, y libertando a los cautivos!

¡La promesa se cumple, naturalmente, en Jesucristo! Apareció mortalmente herido cuando murió en la cruz, pero se levantó otra vez y pronto regresará para echar al diablo al lago de fuego (Apocalipsis 20:10). Y su misma muerte «molido por nuestras iniquidades» (Isaías 53:5), satisfizo los justos requisitos de la santidad de Dios. Murió por el pecado de Adán, y por tanto también por el pecado de todos los que estaban «en Adán». «Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados» (1 Corintios 15:22).

En lo que se refiere a Cristo en particular, hay la probabilidad de una referencia implícita a esta profecía en Isaías 7:14, que dice: «Por tanto, el Señor mismo os dará una señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.» El artículo determinado «la» antes de virgen, que está presente en el texto hebreo, indica que era alguien prometido antes. De modo similar en Jeremías: 31:22: «Porque Jehová ha creado una cosa nueva sobre la tierra: la mujer rodeará al varón.» Una concepción ordinaria no habría sido nada nueva.

La gran señal que Juan vio en el Cielo (Apocalipsis 12:1-17) indica el cumplimiento final de la profecía. La mujer parece aquí representar la nación escogida de Israel, en general, y a María, la madre de Jesús, en sentido específico, aunque puede entenderse también que simboliza al verdadero pueblo de Dios. El hombre-niño es Cristo y el Dragón es la Serpiente antigua que es era destruirlo. Pero es arrebatado al cielo y la Serpiente, derrotada en su intento de destruir la verdadera Simiente, continúa con furia «guerreando con el remanente de su simiente, que guarda los mandamiento de Dios y tiene el testimonio de Jesucristo». Finalmente, el Dragón es atado en el abismo por mil años y lanzado al lago de fuego (Apocalipsis 20:2, 10).

Cuando Dios proclamó este «primer Evangelio» a Adán y Eva, prometiendo salvación a pesar de su pecado y la maldición resultante, hay evidencia que, esta vez, creyeron la palabra de Dios. «Adán llamó a su esposa Eva, porque era la madre de toda la humanidad», indicando así su fe de que Dios enviaría la prometida simiente de la mujer.

En respuesta a su fe, Dios proveyó en su gracia una cobertura para su desnudez. Los delantales de hojas de higuera que se habían hecho ellos mismos eran enteramente inadecuados, de modo que Dios hizo «túnicas de pieles y los vistió» (Génesis 3:21). Quizá contemplaron en

silencio y tristeza mientras Dios seleccionaba dos de sus animales amigos, probablemente dos ovejas, y los sacrificaba, derramando sangre inocente delante de sus ojos. Aprendieron en tipo, que una «expiación» (cobertura) sólo podía ser provista con derramamiento de sangre sobre el altar (nótese Levítico 17:11). No lo sabemos, naturalmente, pero puede muy bien ser que esta experiencia también les enseñara que la prometida Simiente de la mujer acabaría derramando su sangre en un terrible conflicto futuro, la plena expiación provista. En todo caso, pronto experimentaron la realidad de este conflicto en la trágica historia de sus dos primeros hijos.

El huerto del Edén continuó existiendo durante un término de años desconocido, después de la expulsión de Adán y Eva. El árbol de la vida todavía crecía allí, y el hombre fue echado del huerto para evitar que comiera más de su fruto. Se sobreentiende que este fruto contenía ingredientes con poder de inhibir la degeneración celular y otros procesos corporales degenerativos que culminan con la muerte física. Es interesante notar que Dios plantará de nuevo este árbol en la nueva tierra que creará (Apocalipsis 2:7; 22:2).

Para guardar el camino al árbol de vida, Dios colocó al este del huerto dos querubines con una espada de fuego que se revolvía a todos lados. Estas criaturas, entre la más elevada jerarquía angélica, se describen más plenamente en Ezequiel 1:4-28, Ezequiel 10:1-22 y Apocalipsis 4:6-8. Satán mismo había sido el «querubín ungido» (Ezequiel 28:14) sobre el santo monte de Dios.

Los querubines están siempre asociados íntimamente con el trono de Dios, y por tanto se da la impresión de que la presencia a Dios era particularmente manifiesta allí, junto al árbol de vida. Más tarde, su presencia fue especialmente revelada en el propiciatorio del Lugar Santísimo en el tabernáculo (Éxodo 25:17-22; Hebreos 9:3-5), y es significativo que este «propiciatorio» estaba guardado y protegido, por así decirlo, por dos figuras de querubines de oro. Era aquí que, una vez al año, el sumo sacerdote entraba con la sangre de la expiación para rociar el propiciatorio ver Levítico 16; Hebreos 9:7-9; 24-28).

Por analogía, es posible que fuera aquí, entre Los querubines que guardaban el árbol de vida, que Dios continuara a intervalos comunicándose con Adán y sus descendientes que deseaban conocerle.

EL CONFLICTO DE LAS EDADES (Génesis 4:1-15)

La historia de Caín y Abel, aunque en todos Los sentidos es historia verdadera, es también una parábola del conflicto que ocurre a lo largo de Las edades, entre Las dos simientes. Caín tipifica la «simiente de la serpiente», mientras que Abel es un tipo de Cristo: la simiente de la mujer». En un sentido secundario representa también a aquellos que, por fe, están «en Cristo», y que, por lo tanto, son en un sentido espiritual «simiente de la mujer».

Cuando nació Caín, Eva exclamó: «Por voluntad de Jehová he adquirido varón». Es muy posible que esperara que éste fuera el Libertador prometido, aunque no era en sentido específico

«simiente de la mujer». En realidad, «era del maligno» (1 Juan 3:12), y por tanto fue el primero en la línea de la simiente de la serpiente.

Sin embargo, su hermano menor, Abel, estaba verdaderamente en la línea de la fe. Es el primero que se menciona en la Larga línea de hombres de fe que hallamos en Hebreos 11 (vers. 4). Cristo mismo Le llama «justo» y «un profeta» (Mateo 23: 35; Lucas 11: 50, 51).

Se ve claramente, pues, que Abel creyó y obedeció la Palabra de Dios y que le fue imputado a justicia Como profeta tiene que haber recibido la Palabra de Dios por revelación divina y predicado esta Palabra con capacidad divina. Pero Caín rehusó y desobedeció.

Al crecer Los dos hijos, Caín se hizo Labrador, y Abel pastor. Los dos eran oficios honrosos. Los frutos de Caín proporcionaban alimento, y Las ovejas de Abel proveían de vestido para la familia. Además, es evidente, que Las ovejas eran usadas para Los sacrificios. La Lección que Dios había enseñado a Adán y Eva no había de ser olvidada. La expiación requería el derramamiento de sangre.

Si nuestras inferencias son correctas, Dios había hecho provisión, en Su gracia, para continuar en comunicación con el hombre, aunque ahora «a distancia», a base de la promesa del Redentor futuro, cuya sangre derramada iba a ser el precio de la redención. Había mostrado al hombre también que una «expiación» requiere el derramamiento de sangre inocente para proveer «cobertura» para el culpable. Probablemente en el tiempo y lugar señalado, Los hombres podían encontrarse con Dios, teniendo cuidado antes de acercarse a El, de ofrecer el sacrificio apropiado, especialmente marcado por su derramamiento de sangre sustitutivo. Los que «adoraban» (es decir, «se inclinaban» ante la voluntad de Dios) reconocían de esta manera su culpa a impotencia y su fe sólo en Dios para su completa salvación y provisión. No había nada en este proceso que apelara a lo físico, o estético o a las cualidades mortales del hombre (en contraste con la atracción de Satán para Eva: Génesis 3:6), y por ello se requería una subyugación del orgullo humano a la voluntad de Dios.

La actitud del corazón de uno hacia este asunto de acercarse y conocer realmente a Dios determina su destino en la eternidad. Si uno acepta de voluntad la Palabra de Dios, acercándose a El solamente a base de la fe en la provisión de Dios, por medio del derramamiento de la sangre del Redentor, el Cordero de Dios, entonces se es espiritualmente nacido del cielo, «simiente de la mujer» y se es restaurado a la presencia y comunión de Dios. Pero si se continúa rechazando la Palabra de Dios, confiando en los propios méritos personales para conseguir la salvación, el individuo está interponiendo su propia voluntad delante de la de Dios: es «como un dios, conociendo el bien y el mal», y de este modo pasa a ser simiente de la serpiente.

La enemistad de la vieja Serpiente envenenó el alma de Caín cuando Dios no quiso recibir su presente, y no estuvo tranquila hasta que la sangre de Abel fue derramada.

«La sangre de lo hermano clama a mí desde el suelo» (Génesis 3:10). Es ahora por primera vez que se menciona la «sangre» en la Biblia, aunque su significado había sido intimado varias veces antes. Abel, el tipo de la simiente de la mujer, era justo delante de Dios y, con todo, murió violentamente de la mano del primero de la simiente de la serpiente. Abel, como profeta de Dios,

había sin duda instado a su hermano a acercarse a Dios de la manera prescrita. Caín acalló con violencia esta voz, pero ahora debía escuchar «la voz de la sangre del hermano».

Este mismo conflicto alcanzó un trágico crescendo cuando aquellos jefes religiosos a quienes Cristo había dicho que «su padre era el diablo» (Juan 8:44; Mateo 23:15), pidieron a gritos su crucifixión, gritando «su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mateo 27:25).

Pero la sangre de Cristo «habla mejor que la de Abel» (Hebreos 12:24). La sangre de los animales no podía quitar realmente el pecado, aunque podía permitir que se usaran sus pieles como cobertura temporal. Pero «la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado» (1 Juan 1: 7).

Este conflicto entre las dos simientes espirituales continúa hoy todavía y está llegando rápidamente a su punto final. El tiempo actual parece ser el de la inminente victoria de Satán.

Aunque la derrota final de Satán espera la gloriosa venida de Cristo, tenemos la promesa incluso ahora de victoria espiritual en nuestro conflicto actual con él. «Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amén» (Romanos 16:20).

El castigo de Dios a Caín es, pues, también un tipo del aplastamiento final de la cabeza de la serpiente, cuando Satán será apartado para siempre de delante de Dios y echado al lago de fuego. Caín fue «echado de la presencia de Dios» (versículos 14, 16); de la misma manera será para aquellos que no obedecen el Evangelio de Cristo: «sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su potencia» (2! Tesalonicenses 1:9).

Además, Caín no podía ya producir los frutos por medio de los cuales había procurado acercarse a Dios. La tierra ya no produciría cosechas para él, y tenía que ser «errante y extranjero» en la tierra. De la misma manera, los que intentan ganar la salvación por las buenas obras hallan finalmente que, de sí mismos, no pueden producir sino «espinas y cardos»: las verdaderas «buenas obras» son aquellas que Dios obra en nosotros por medio de la fe (véase Efesios 2:8-10). Aunque Dios permitió a Caín que viviera durante un tiempo en la tierra, de la misma manera hoy permite que la «cizaña y el trigo», la buena simiente y la mala, crezcan juntas hasta el tiempo de la cosecha (Mateo 13:24-30; 36-43); con todo, este destino final es la condenación, como la de quien «ha conocido el camino de la justicia», pero se ha vuelto atrás del santo mandamiento que se le ha entregado» (2 Pedro 2:21).

Capítulo 7

El mundo perdido

(Génesis 4:16-5:32)

Casi olvidada por el mundo de la moderna erudición, hubo una poderosa civilización que prosperó en otro tiempo en gran parte de la Tierra. Hay un punto de verdad en las muchas tra-

diciones de un mundo antiguo, de una legendaria Edad de Oro, o de una Atlantis hundida, que los etnólogos encuentran con tanta frecuencia en sus investigaciones. Este era el mundo de antes del Diluvio, el mundo de Adán y Enoc, de Caín y de Lamec, de Matusalén y Noé. Estas eran personas reales que construyeron una gran civilización, pero su mundo fue destruido completamente (nótese 2 Pedro 3:5) por el Diluvio. Por tanto, los únicos anales que tenemos de ella son los preservados en la Biblia, apoyados por las informaciones más o menos deformadas disponibles también en las tradiciones antiguas. Pero el relato bíblico de esta civilización perdida es científica y espiritualmente significativo, como veremos en este capítulo.

Si no fuera por el «libro de las genealogías de Adán» (Génesis 3:1) y de Noé (Génesis 6:9) no habría ninguna historia de confianza disponible acerca del periodo de antes del Diluvio. Hay, naturalmente, muchas tradiciones de una civilización desaparecida, pero estas tradiciones se han ido deformando al ser transmitidas, y sólo tienen sentido a la luz del esquema preservado para nosotros de la Biblia. Como se dijo antes, parece razonable que los anales de Adán, Noé y otros, fueron transmitidos cuidadosamente de patriarca en patriarca hasta que finalmente llegaron a posesión de Moisés, que los organizó en nuestro presente libro del Génesis. Aunque el relato bíblico de esta época es muy breve, se da bastante información para que podamos hacernos un cuadro bastante claro de sus principales características.

LA CIVILIZACION ANTEDILUVIANA (Génesis 4:16-24)

Durante el período desde la Caída al Diluvio, parece que no había sistemas de leyes organizadas, o de gobierno, que controlaran la conducta humana. Sin embargo, Adán, sin duda, instruyó a sus hijos a hijas (Génesis 5:4) respecto a la maldición, así como respecto a la promesa de Dios de un futuro Redentor y Su provisión para acercarse a Él mediante sacrificios cruentos.

Hubo algunos, especialmente los que están en la línea de los patriarcas enumerados en Génesis 5, que hicieron caso del consejo de Adán y así creyeron y obedecieron la Palabra de Dios. Pero, sin duda, la mayoría se contentaron con seguir «el camino de Caín», y antes de mucho la «maldad era grande en la tierra». Así que ya ha estado demostrado desde hace tiempo que el hombre no puede ser dejado para que viva simplemente según su capricho; le son necesarias leyes y gobierno, de modo absoluto.

El mundo de los antediluvianos era sustancialmente diferente del mundo en que vivimos nosotros ahora. Como se aprecia en Génesis 1:6, una parte considerable de las aguas de la tierra estaban almacenadas «arriba de la expansión» en forma de una gran capa invisible de vapor de agua. Este dosel produciría un «efecto de invernáculo» mucho más eficaz que el vapor de agua contenido en pequeña cantidad en la atmósfera presente. Incluso así, con este último, que equivale en la actualidad a un equivalente de menos de cinco centímetros en precipitación equivalente de lluvia, hace la vida posible en la tierra al equalizar relativamente las temperaturas del día y de la noche. Con el dosel de vapor de antes del Diluvio, la tierra gozaría de una temperatura uniforme, suavemente cálida, todo el año, en toda su superficie. Estas temperaturas constantes casi impedirían, a su vez, la producción de vientos y tormentas recias. La lluvia tal y como la conocemos nosotros era desconocida, y la circulación de humedad necesaria para el crecimiento de las plantas era realizada por los ríos, alimentados por manantiales y neblinas a

baja altura mencionadas en Génesis 2:6, 10. Estas condiciones contribuirían indudablemente al desarrollo de árboles y otras lozanas y abundantes plantas por toda la Tierra.

Es probable que la topografía fuera suave. La mayoría de las montañas presentes en la Tierra dan evidencia de ser muy jóvenes, probablemente se elevaron después del Diluvio. Con la mayor parte del agua de la tierra arriba en la atmósfera, los océanos eran mucho más pequeños, probablemente ocupaban sólo una mitad de la superficie del globo. Pero las aguas eran cálidas y daban sustento literalmente a «enjambres» de monstruos y criaturas marinas (nótese Génesis 1:20, 21).

El dosel de vapor probablemente también contribuía de modo importante a la salud y longevidad al filtrar las radiaciones dañinas que proceden del espacio cósmico y bombardean la superficie de la Tierra. Se sabe que estos rayos son perjudiciales y que son la causa principal de las mutaciones y otras actividades que deterioran los tejidos vivientes.

Sea cual fuere la explicación, las Escrituras indican que los antediluvianos llegaban a edades muy avanzadas, y que la mayoría de familias eran muy grandes. Estos dos factores aseguraban que la orden primitiva de Dios al hombre de que «creciera y se multiplicara y llenara la tierra» (Génesis 1:28) se realizara pronto. Por lo menos, uno de los hijos de Adán tuvo que casarse con una de sus hijas (nótese Génesis 5:4) a fin de poder iniciar la proliferación de la raza que había sido ordenada. Las primeras familias, entonces, tenían por fuerza que formarse de parientes muy cercanos. En la actualidad los casamientos entre parientes muy cercanos son peligrosos debido a la posible presencia de genes mutantes dañinos en los dos padres, pero esto no habría sido ningún problema antes de que estas mutaciones hubieran tenido lugar.

Así, pues, la antigua discusión sobre quién fue la «esposa de Caín» es muy trivial. Fue o bien una hermana suya o una sobrina. La Biblia no nos dice cuál era la edad de Caín o hasta qué punto había crecido la población de la Tierra, al tiempo de la comisión de su crimen y su castigo.

Caín «salió de la presencia del Señor», del territorio de Edén, y se estableció en una región llamada Nod (que significa «errante», probablemente refiriéndose a su castigo y manera de vida). Allí construyó su primera ciudad, que fue nombrada según su hijo, Enoc.

Con la partida de Caín y su esposa, parece que, por lo menos durante un periodo, los cainitas y los setitas se desarrollaron de modo más o menos independiente los unos de los otros. Los descendientes de Set, el tercer hijo de Adán, «nombrado en lugar de Abel», continuaron «llamándose del nombre de Jehová», y probablemente intentaron mantener una obediencia estricta a las instrucciones divinas dadas a Adán.

La nación cainita, por otra parte, parecía que tenía muy poco interés en conocer a Dios y en hacer Su voluntad. Se enamoraron del confort y del placer y desarrollaron una cultura al parecer muy semejante a la del mundo de hoy, en especie, ya que no en grado.

La longevidad de los antediluvianos fue un factor principal contribuyente a la expansión de la población. Ni aún hoy entendemos realmente el proceso del envejecimiento, excepto el hecho de que está asociado a una degeneración y deterioro general del cuerpo. No ha razón científica alguna inherente para que la vía humana sea de setenta años en vez de mil. Se han hecho

sugerencias para explicar, aunque sea parcialmente, la longevidad de los antediluvianos, y entre ellas hay las siguientes: 1) la pureza prístina del genotipo racial y de la sangre, con muy pocos genes mutantes acumulados; 2) la naturaleza armoniosa de la biosfera primitiva, sólo corrompida de modo gradual, como resultado de la acción resultante de la maldición, en un ambiente que contiene bacterias y otros organismos perjudiciales al hombre; 3) el ambiente atmosférico apropiado, protegido por la capa de vapor termal (implicada en Génesis 1:6) de los extremos de temperatura, y de las radiaciones productoras de mutaciones y otros procesos biológicos degenerativos.

Los genes son partículas muy pequeñas, probablemente de tamaño molecular, los cuales existen en la célula germinal y que sirven para transmitir las características de los padres a los hijos. De vez en cuando, debido a la penetración en la célula germinal de radiaciones poderosas o sustancias químicas, un gene puede sufrir un cambio súbito o mutación. Esto producirá normalmente un desarreglo en el sistema genético y por tanto, en alguna forma, será dañino a la estructura fisiológica del niño (animal o planta) que lo contiene. Estas mutaciones genéticas son hereditarias y, por ello, la acumulación gradual de genes mutantes en la raza conducirá finalmente al deterioro de la raza en conjunto.

Aunque no tenemos cifras exactas, es posible hacer una suposición más o menos razonable, con respecto a cómo puede haberse desarrollado la población. Suponiendo que cada familia tuviera seis hijos, y suponiendo que cada generación (el tiempo requerido para un ciclo de nacimiento, crecimiento, matrimonio y procreación) demandara 100 años, y también que el promedio de vida fuera de cinco generaciones, la población al fin de la edad de Adán, 930 años de vida, tenía que haber sido aproximadamente de 80.000. Al tiempo del Diluvio (1.656 años después de la creación) la población habría sido de unos 235.000.000 de personas. Si una generación era de 90 años en vez de 100, las dos cifras habrían dado respectivamente: 250.000 y 1.750.000.000. Si cada familia hubiera tenido ocho hijos por cada generación de 100 años, en vez de seis, ¡llegamos a las cifras de 1 millón y 25.000 millones respectivamente!

Algunos han sugerido que las edades de los patriarcas se contaban en meses en vez de años. Es evidente que esto era imposible, pues al aplicar las edades del nacimiento de los hijos, nos encontraríamos, por ejemplo, que Enoc tenía cinco años cuando le nació Matusalén.

No sólo creció la población sino también el nivel tecnológico y cultural, por lo menos en la nación cainita, en el que parece haber sido muy elevado. Poseían herramientas de metal que usaban para aumentar el confort, y también instrumentos musicales para recreo y estímulo emocional. Aunque éstas y otras facetas de la civilización pueden usarse para buenos propósitos, pueden también ser usadas como medio para rebelarse contra Dios. Parece que el caso era este último, y quizá algunos de los descendientes de Caín lo hacían incluso a propósito.

Sus descendientes desarrollaron lo que podría decirse muy bien la primera civilización del mundo. Como tal, fue el prototipo de todas las civilizaciones y culturas subsiguientes. No sólo introdujeron los cainitas la vida de ciudad, sino que había en sus ciudades comunidad de actividades e intereses interrelacionados; también introdujeron la vida nómada y domesticaron el ganado (Génesis 4:20). La tecnología parece haber empezado con Tubal-caín, artífice de toda obra de bronce y de hierro (Génesis 4:22). Las artes musicales empezaron con Jubal, que fue el

inventor del arpa y la flauta (instrumentos de cuerda y de viento). Lamec puede haber sido el primer poeta. (4:23,24).

Los intentos civilizadores de frustrar los efectos de la maldición de Dios se ilustran por la economía cainita como sigue: 1) La vide urbana era preferida, por muchos, al «cultivo de la tierra»; 2) La vide nomádica era preferida por otros, en vez de establecerse en un punto, como requería la agricultura; 3) La cría de ganado fue iniciada, probablemente, debido a que los hombres empezaron a comer carne en vez de contentarse con el fruto de la tierra; 4) Se desarrollaron herramientas de metal para facilitar las tareas derivadas de la maldición; 5) Se desarrollaron instrumentos musicales, para mitigar el «dolor»; 6) La jactancia poética, como se nos da en la canción de Lamec, y a menudo característica de la poesía, afirmaba la propia suficiencia y la independencia respecto a Dios; 7) Se introdujo la poligamia, en vez de adherirse a la forma monógama de matrimonio.

Lamec, en particular, que representa la séptima generación de la humanidad del lado cainita (como Enoc lo representa en el lado de Set) refleja de modo trágico el espíritu de la época. Su carácter queda revelado por el fragmento de canción que compuso y cantó a sus dos esposas, Ada y Zilla, jactándose de sus proezas en el combate y su decisión de herir mortalmente a cualquiera que se le opusiera. Prometía castigar setenta veces al que se le opusiera, como venganza, como desafío a Dios, que había prometido castigar siete veces al que tocara a Caín.

Baste contrastar esta actitud con lo que manda Cristo, que dijo a Pedro que «debía perdonar a su hermano, no ya siete veces, sino setenta veces siete» (Mateo 18:21).

Los cainitas, al parecer, continuaron creyendo en Dios, por lo menos, como lo indica el hecho de que dos de los nombres de los descendientes de Caín terminan con el sufijo -el, que es la primera sílaba de Elohim, «Dios». Sin embargo, fueron sólo los setitas que «se llamaron según el nombre del Señor» que es el hebreo Jehová, el nombre del Dios del pacto, y redentor.

A veces los críticos han señalado semejanzas entre los nombres de los descendientes de Caín y los de Set, y han dicho que las dos listas eran por tanto restos corruptos de una lista original. Esta sugerencia es completamente inaceptable. Estas semejanzas se pueden atribuir más bien a contactos ocasionales entre las dos familias. Es notable que se evidencia un contraste entre Lamec, de la línea de Caín, con el Lamec de la línea de Set.

Es probable que el nombre del dios romano «Vulcano» fuera originalmente una corrupción de parte del nombre «Tubal-cain», que evidentemente inventó la fundición y forja de metales, y que probablemente construyó útiles y armas de varias clases.

Pero todos estos adelantos de la civilización y la cultura y las artes, eran usados por los cainitas para rebelarse contra Dios, y su civilización pronto fue tan corrompida que el mundo tuvo que ser limpiado completamente. En tanto que podamos seguir los anales, ninguno de los cainitas buscó nunca «la presencia del Señor». En vez de cultivar el suelo para vivir, establecieron culturas urbanas y nomádicas.

Pare el tiempo de Lamec, si no antes, el matrimonio monógamo establecido por Dios ya no era respetado, ni tampoco era tenida como sagrada la vida humana.

EL TESTIMONIO DE LOS PATRIARCAS (Génesis 4:25-5:32)

Aunque los cainitas revelaron el florecer de la simiente de la serpiente en la vida de la humanidad, Dios estaba manteniendo la integridad de la línea de la prometida Simiente de la mujer. Primero, nombró a Set el sucesor de Abel (Génesis 4:25). «Y a Set, también le nació un hijo, y llamó su nombre Enós. Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová» (Génesis 4:26).

En todo caso, denota un acto de fe por parte de los que «invocaban Su nombre». En tiempos posteriores, y probablemente en este tiempo, esto iba acompañado de la edificación de un altar y la ofrenda de un sacrificio en él (véase Génesis 12:8; 13:4; 26:25; 1^o Reyes 18:23,24). El nombre de Jehová, que representa todo lo que es y hace, prometiendo y proporcionando salvación a todos los que confían en Su palabra, se consideraba como sagrado e impronunciable (Éxodo 20:7; Levítico 24:16).

Antes del Calvario, cuando Dios mismo proveyó un gran sacrificio para los pecados para siempre, era necesario a los hombres, cuando invocaban Su nombre, que ofrecieran sacrificios, derramando sangre sobre el altar como expiación por sus almas (Levítico 17:11). Pero, después del Calvario, los hombres necesitan sólo invocar con fe el nombre de Jesucristo como Señor, para su salvación eterna. Porque «cualquiera que invocara el nombre del Señor será salvo» (Joel 2:32; Hechos 2:21; Romanos 10: 13). Jesús no es sólo el Cristo (el Ungido) y la prometida Simiente de la mujer, sino que es El mismo el Señor, Jehová, el eterno «YO SOY». ¡Es el Señor Jesucristo! «Dios le ha dado un nombre que es sobre todo nombre... para que toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor» (Filipenses 2: 9-11).

Hay un marcado cambio en el énfasis en la historia de los descendientes de Adán hasta Set. Ya no leemos de jactancias ni de violencia. En vez de ello leemos de hombres que «invocan el nombre del Señor» (4:26), de Enoc que «andaba con Dios» (5:24) y de Lamec que profetiza «consuelo» a pesar de la maldición (5:29).

Sin embargo, los Setitas eran miembros de una raza caída, no menos que los cainitas. En el primer versículo de Génesis 5: el escritor recuerda de nuevo que el hombre fue creado «a semejanza de Dios». Pero, luego, en el versículo 3, dice que Adán «engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set». Entre Adán y Set interviene la Caída. Aunque Adán fue creado a la imagen de Dios, Set fue engendrado en la imagen de Adán, y por tanto participaba de la naturaleza caída de su padre (nótese Romanos 5:12-14).

El primer versículo de Génesis 5 marca una de las mayores divisiones del Génesis. Es significativo que diga: «Este es el libro de los descendientes de Adán». El libro era pues escrito, no simplemente transmitido oralmente. Es posible que Adán mismo escribiera la sección

(capítulos 2, 3, 4) que concluye con esta afirmación, y Noé (nótese Génesis 6:9) registra las genealogías del capítulo 5.

Es interesante señalar que los datos de los descendientes de Caín terminan con los hechos de Lamec, que fue la séptima generación después de Adán. De las cronologías de Génesis 5 es evidente que Adán murió por este tiempo, durante la vida de Enoc, que era también el séptimo de la generación de Adán.

Que los antediluvianos poseyeran un lenguaje escrito no está implicado solamente por el uso de la palabra «libro» en el pasaje anterior, sino que es un hecho práctico requerido por la alta civilización de los cainitas. El desarrollo de ciudades, metalurgia, música, poesía y otros elementos de una cultura avanzada presupone la capacidad de comunicarse por medio de símbolos escritos.

Es también interesante notar que mientras que en Génesis 5:1 hallamos la primera mención a «libro» en el Antiguo Testamento, la primera mención de «libro» en el Nuevo Testamento es en Mateo 1:1: «El libro de las genealogías de Jesucristo». Así que el primer libro nos habla de los orígenes del primer Adán; el segundo nos habla de los orígenes del segundo Adán, que es «el Señor de los cielos» (1 • Corintios 15:47).

La lista de los nombres y edades de los patriarcas antediluvianos, que puede parecer superficialmente aburrida y monótona, adquiere significado y emoción cuando se la inspecciona con detalle. Nos dice, por ejemplo, que los hombres en otro tiempo eran capaces de vivir cerca de mil años. Estos anales indican también que estos hombres podían tener hijos a los quinientos años (Enoc tuvo un hijo a los 65 años y Noé a la edad de 500). Pero también vemos, repetidamente, que cada uno de ellos murió finalmente. «Está reservado a los hombres el morir una sola vez» (Hebreos 9:27).

En Génesis 5:5 hallamos el informe de la muerte de Adán, en cumplimiento del aspecto físico de la sentencia pronunciada sobre él en Génesis 2:17 y asegurándonos a todos que la paga del pecado es la muerte» (Romanos 6:23).

A pesar de esta maldición, sin embargo, Dios tuvo cuidado en preservar la línea de la prometida Simiente. En todo, hubo diez patriarcas antediluvianos en el linaje, a saber: Adán, Set, Enós, Cainán, Mahalalel, Jared, Enoc, Matusalén (la persona de mayor longevidad en la antigüedad), Lamec y Noé. No hay ninguna razón para pensar que estos hombres fueran primogénitos de sus padres. Sabemos, por ejemplo, que Set era el tercer hijo de Adán, y sabemos que cada uno de estos patriarcas «engendró hijos a hijas». Los nombres de aquellos que continúan la línea de la Simiente prometida son los únicos que han sido preservados.

La comparación con las fechas de nacimiento y muerte de los patriarcas que se nos da en Génesis 5 es de mucho interés. Los paréntesis (1) (987) indican que Adán no nació en sentido estricto y que Enoc no murió, porque «fue llevado por Dios» cuando se cumplieron sus años.

Año de Nacimiento	Año de muerte
----------------------	------------------

Adán	(1)	930
Set.	130	1042
Enós	235	1140
Cainán.	325	1235
Mahalaleel.	395	1290
Jared	460	1422
Enoc.	622	(987)
Matusalén.	689	1656
Lamec.	874	1651
Noé.	1056	2006

Suponiendo que no haya «vacíos» en esta genealogía cronológica (una posibilidad que no puede excluirse del todo, pero de la que no hay evidencia interna) parece que hubo un total de 1656 años desde la creación de Adán hasta el Diluvio. Las edades registradas, sin embargo, son algo diferentes en la Septuaginta y en otras versiones antiguas, posiblemente debido a errores de los copistas en los números. Tomando estas edades tal como se den es interesante hacer notar que Adán vivió hasta Lames, el padre de Noé, cuando éste tenía 56 años. Muy probablemente los patriarcas más viejos asumían la responsabilidad primaria de preservar y promulgar la Palabra de Dios a sus contemporáneos. Como tanto en el caso de Enoc como de Lames sus padres les sobrevivieron, hubo sólo siete hombres en la línea antes de que Noé asumiera la responsabilidad. Esto explica probablemente por qué, en 2' Pedro 2:5, se nos dice: «Guardó a Noé, con otras siete personas pregonero de justicia» o como dice en otras versiones: «el octavo predicador de justicia».

Es de señalarse que las genealogías de Génesis 5 están repetidas y por tanto confirmadas como aceptadas por otros escritores, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, en 1` Crónicas 1:1-4 y en Lucas 3:36-38.

Parece que hay tres hechos subrayados en el registro de los diez patriarcas antediluvianos en Génesis 5: 1) Dios estuvo preservando y registrando el linaje divinamente ordenado de la Simiente prometida con unos datos cronológicos y genealógicos apropiados; 2) el mandato de Dios de «creced y multiplicaos» se estate realizando, pues el registro recita en cada caso: «y engendró hijos e hijas»; 3) la maldición de Dios estate también en efecto, puesto que a pesar de que estos hombres vivieron centenares de años, finalmente, cada uno de ellos «murió».

La línea de los antediluvianos culmina en Noé (cuyo nombre significa «descanso») y sus tres hijos Sem, Cam y Jafet. Cuando nació Noé, su padre Lames profetizó que llegaría un día en que la maldición sería quitada, indicando que el recuerdo de la creación y la caída estate todavía fresco en la mente por lo menos de aquellos que habían recibido y creído los datos transmitidos a ellos desde Adán. Lames (así como Adán, Abel y Enoc) estate indudablemente entre aquellos de que habla Pedro de «los tiempos de la restauración de todas las cosas, de los que habló Dios por tote de los santos profetas que hubo desde la antigüedad» (Hechos 3:21). Noé, el que había de preservar la villa con el Arca, mientras la tierra era «limpiada» por las aguas del Diluvio, fue naturalmente sólo un cumplimiento precursor de la profecía de Lames. La prometida Simiente era algo todavía futuro, pero en El y en Su profética venida había «descanso y consuelo» verdadero.

El hecho de que Lames hablara de la maldición, dejando claro por tanto, que todavía tenía en la memoria lo que se le había dicho de los sucesos en el Huerto del Edén, constituye una fuerte evidencia en favor de que no pudo hacer «vacíos» de importancia en las genealogías del Génesis. Es imposible postular un período de un millón o más de años para el origen del hombre, en conformidad con las especulaciones de los antropólogos evolucionistas modernos y al mismo tiempo aceptar lo que registra Génesis 5 como histórico y correcto.

Enoc y Lames eran profetas de Dios, aunque en sus tiempos estaban bajo la autoridad de sus padres. Un ejemplo de la predicación de Enoc está preservado en Judas 14,15. La profecía de Lames a la misión de su hijo Noé se halla en Génesis 5:29.

La carrera de Enoc es de un interés especial. Fue uno de los dos únicos hombres en la historia (el otro fue Elías) que fue arrebatado al Cielo sin morir. En medio de la corrupción casi universal y de la impiedad, Enoc dio un firme testimonio a los hombres de su generación y, como dice la Escritura: «Fue trasladado para no ver la muerte, y no fue hallado, porque lo trasladó Dios, y antes de que fuese trasladado tuvo testimonio de haber agradado a Dios» (Hebreos 11:5).

Enoc «anduvo con Dios» y fue un profeta de Dios. Como tal predicó contra la impiedad de los de su generación con palabras duras: «He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él» (Judas 14,15).

La cita de Judas parece haber sido tomada de uno de los tres libros apócrifos que se dice fueron escritos por Enoc, pero que en realidad lo fueron sólo un siglo antes de Cristo. Estos libros contienen mucho material interesante, y aunque gran parte es sin duda imaginación, es posible que algunas de las tradiciones de las profecías de Enoc puedan haber sido transmitidas, de la misma manera que otros datos, con lo que llegó finalmente a manos de Moisés y otros. En todo caso, Judas, por inspiración divina, incorpora este fragmento particular como de auténtica procedencia de Enoc.

Es notable que Enoc profetizara la segunda venida de Cristo, incluso antes del Diluvio, pero esto es claramente lo que dice Judas. En realidad puede considerarse como una amplificación y exposición de la gran profecía de Génesis 3:1:x; la promesa del aplastamiento final de la serpiente, Satán, y su simiente. Dios «no quedó sin testigos» aun en los días de los antediluvianos. La promesa de su «venida» en juicio tuvo un cumplimiento preliminar, en el gran Diluvio, pero su cumplimiento final aguarda todavía el glorioso retorno en triunfo de nuestro Señor Jesucristo.

Enoc «anduvo» con Dios, aunque esto no es literal en el mismo sentido en que Adán anduvo con El en el Huerto antes de la Caída. Enoc compartía la naturaleza caída de todos los hombres y por tanto no podía «ver a Dios y vivir» físicamente. Pero «por fe», en la oración y en obediencia a su palabra, mantuvo una relación y comunión íntima con El, un privilegio posible a todos hoy (Colosenses 2: 6; Gálatas 5:16,25; 2 ' Corintios 5:7). Es importante notar que este andar con Dios

no era una experiencia mística tal que impidiera su vida familiar o su oposición firme a la incredulidad y maldad de su tiempo.

La cumbre del testimonio de Enoc fue un suceso casi único en la historia. «Por fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte, y no fue hallado, porque Dios lo trasladó» (Hebreos 11:5). Casi veinticinco siglos después, otro profeta, Elías, fue llevado del mismo modo al cielo, sin morir (2 Reyes 2:11). Es importante que Enoc profetizara entre Adán y Abraham, y que Elías lo hiciera entre Abraham y Cristo, y que ambos lo hicieran en tiempos de profunda apostasía.

El traslado de estos dos santos es quizá un tipo del traslado prometido a todos los que confían en Cristo cuando El venga la tierra al final (1 Tesalonicenses 4:16,17. Sin embargo, los dos sucesos no son estrictamente paralelos, puesto que el «arrebatación» de los santos será simultáneo con la resurrección y la glorificación, y estas experiencias eran imposibles antes de la resurrección y glorificación de Cristo (1 Corintios 15:22,23, 51-53).

Se menciona también a «dos ungidos que están delante del Señor de toda la tierra» en Zacarías 4:14, y éstos a su vez están relacionados con «dos testigos» durante el período venidero de la Tribulación (Apocalipsis 11:3,4). Estos han de ser muertos cuando hayan «terminado su testimonio», y luego recibirán resurrección (Apocalipsis 11:7,12) y serán trasladados. Es dudoso que uno de éstos pueda ser Moisés, puesto que Moisés murió una vez y «está reservado que los hombres mueran una vez» (Hebreos 9:27). Enoc y Elías no han muerto, y Elías, por lo menos, tiene que regresar a la tierra otra vez para predicar (Malaquías 4:5, 6; Mateo 17:11). Puede ser muy bien, pues, que este maravilloso patriarca de antaño, Enoc, termine su ministerio como testigo a una generación impía, que no pudo ser terminada al ser trasladado súbitamente mientras andaba con Dios.

Capítulo 8

Los días de Noé

(Génesis 6:1 - 7:16)

La primera edad de la historia humana llegó a su culminación en los días de Noé. La enfermedad del pecado que había empezado insidiosamente cuando Eva fue tentada a dudar de la Palabra de Dios, y que empezó a mostrar su feo carácter en la villa de Caín, y siguió madurando en la civilización impía desarrollada por sus descendientes, alcanzó un nivel de corrupción tan terrible que sólo pudo ser limpiada con un baño total en que las ventanas de los cielos mandaron agua a torrentes y limpiaron la tierra enfebrecida. Las características aquellos trágicos días, por extraño que parezca a nuestra cultura, van a repetirse en los últimos días de la presente edad. Es pues, importante, desde el punto de vista de la historia pasada y como guía para el futuro, que entendamos los sucesos que tuvieron lugar en los días de Noé.

Dos días antes de la crucifixión de Cristo, sus discípulos le preguntaron: «¿Cuál será la señal de tu venida, y del fin de la edad?» (Mateo 24:3). Su respuesta fue indicar varias «señales», todas las cuales iban a ocurrir en aquella generación (Mateo 24:34) y serían en conjunto la señal requerida. Las señales recibieron como culminación el siguiente aviso: Mas como en los

días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así también será la venida del Hijo del hombre (Mateo 24:37-39). De este modo Jesús no sólo dio garantía de la historicidad del Diluvio, sino que nos alentó a que estudiáramos con detalle las características de los días antes del Diluvio.

GIGANTES EN LA TIERRA (Génesis 6:1-13)

Uno de los hechos más asombrosos revelados por la paleontología (el estudio de los restos fósiles criaturas que habitaron la tierra en una edad anterior) es que casi todos los animales modernos estaban entonces representados por antecesores mayores. Uno recuerda los mamuts y los osos de las cavernas, gigantes cucarachas y libélulas y reptiles gigantes, con los dinosaurios. Junto a estos restos fosilizados, de vez en cuando se hallan huellas humanas, lo que sugiere que en realidad «había gigantes en la tierra en aquellos días» (Génesis 6:4). Las antiguas tradiciones parecen recordar un día en que los gigantes eran vistos con frecuencia en la tierra, y es una sofisticación superficial la que deja de lado la posibilidad de que puedan contener reflejos antiguos de sucesos reales y de personajes descritos históricamente en los registros del Génesis.

Las condiciones morales y espirituales del mundo de los antediluvianos degeneraron con el paso de los años. Abundaron la impiedad y el materialismo, excepto por el remanente relacionado con el linaje de la Simiente prometida, y aquellos pocos que estuvieran influenciados por el testimonio de hombres como Enoc.

Satán no había olvidado la promesa de Dios de que la simiente prometida a la mujer le destruiría un día. Había implantado su propia simiente espiritual en Caín y sus descendientes, pero Dios había preservado la línea de la verdadera Simiente a través de Set. Cuando nació Noé y Lamec profetizó, con referencia a la maldición, que al mundo le llegaría «consuelo» a través de él (Génesis 5:29), Satán y sus ángeles deben haber temido que sus oportunidades de victoria en el conflicto cósmico estaban en peligro inminente. Se han sugerido varias explicaciones de Génesis 6:1-4 por parte de los eruditos, todas las cuales son interesantes. Deseando refuerzos para una batalla inminente contra las huestes del Cielo, parece que Satán y los suyos decidieron utilizar el maravilloso poder de procreación que Dios había dado a la familia humana y corromperlo para sus propios fines. Los hombres estaban multiplicándose rápidamente sobre la tierra a implantando ellos su propia simiente en los hombres, podían alistar en sólo una generación una vasta multitud de aliados contra Dios. De modo que estos «hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran- hermosas, y tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas... y después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos, éstos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre». (Génesis 6: 2,4). Esto, pensarían, no sólo reforzaría sus propias fuerzas, sino que podría dar lugar incluso a la corrupción de toda la raza humana, destruyendo la integridad de toda la línea de la Simiente prometida.

La primera reacción cuando se lee este pasaje es pensar en los cuentos de hadas antiguos, las leyendas de ogros y dragones, y los mitos de los dioses cohabitando con los mortales, y luego dejarlo todo en el terreno de la leyenda y superstición. Los cristianos se han visto tentados a

hacer la historia más agradable y aceptable intelectualmente explicando que «los hijos de Dios» eran los setitas y las «hijas de los hombres» eran Caínitas, con la cumbre de la maldad desarrollándose como resultado de haberse derrumbado la muralla de separación entre creyentes a impíos.

Es sin duda verdadera que las familias de los setitas quedaron implicadas en la mundanalidad y materialismo de los Caínitas, y que probablemente hubo matrimonios mixtos, todos los cuales fueron destruidos en el Diluvio. Pero esta seguridad no se lee de modo natural en el pasaje, y parece difícil entender por qué esta corrupción sin atenuante y tan excepcional pudiera alcanzar el mundo entero por el mero hecho de que los creyentes se casaran con no creyentes. La frase técnica «hijos de Dios» se usa en otros puntos del Nuevo Testamento sólo con referencia a los ángeles (Job 1: 6; 2:1; 38:7; Daniel 3:25). Si los datos se refirieran solamente a matrimonios humanos, diría de modo más natural, los «hijos de Set» y «las hijas de Caín. Después de todos los hijos de Set eran también «hombres» y a ellos les nacían «hijas de hombres» también.

Quizá las antiguas leyendas de gigantes y de «semidioses» preservan un elemento de verdad histórica, incluso si luego fue deformado y embellecido por edades de transmisión oral. La objeción de que los ángeles no podían engendrar hijos de madres humanas presupone más cosas sobre la capacidad de los ángeles de las que nosotros sabemos. Siempre que los ángeles se han hecho visibles a los hombres, como se registra en la Biblia, han aparecido con cuerpos físicos. Los que fueron a Abraham, por ejemplo, en realidad comieron con él (Génesis 18:8).

Por otra parte, hay una dificultad seria en la interpretación de la naturaleza resultante de esta progenie. ¿Cómo podía alguna criatura ser al mismo tiempo mitad hombre y mitad ángel? ¿Cuál sería el potencial espiritual destinado a un individuo así? Los ángeles caídos están irrevocablemente condenados, mientras que los hombres no salvos al menos potencialmente objetos de redención. La naturaleza espiritual de éstos seres parece excluir su existencia. Sin embargo, el texto y el contexto parecen requerir que los «hijos de Dios» se entienda como ángeles caídos o demonios, que de algún modo tomaron para sí mujeres, «escogiendo entre todas.

Es más probable que esta estratagema fuera llevada a cabo por medio de una técnica semejante a la posesión demoníaca común en los tiempos de Cristo. Los hombres cuyos cuerpos habían sido poseídos, al parecer, resultaron tan atractivos a las mujeres, que podían tomar las que quisieran como esposas. Estos «hijos de Dios» controlaban así no sólo a los hombres cuyos cuerpos habían adquirido para hacer use de ellos, sino también a las mujeres que ellos tomaban para sí, y luego a los hijos que engendraban.

Estos hijos resultaron los «gigantes», los poderosos de antaño. La palabra en hebreo «nephilim» originalmente significa «los caídos», posiblemente dando una idea de la naturaleza heredada de sus pseudopadres, los ángeles caídos. El nombre pasó a significar «gigantes» y fue aplicado luego a los gigantes vistos en Canaán por los espías israelitas (Números 13:33). Por algunos medios desconocidos estos padres controlados satánicamente eran capaces de desarrollar gran tamaño físico en su descendencia y probablemente también un monstruoso deseo de violencia y destrucción.

En todo caso, los «hombres de renombre» que resultaron de estas uniones pronto «llenaron la tierra de violencia»; «la maldad era mucha en la tierra y todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal» (Génesis 6:4,5,11).

Es indudable que estas afirmaciones implican más que el estado natural de pecaminosidad. Parece que había un calibre sobrehumano de perversión, atribuible principalmente -a Satán y a sus ángeles, que eran todavía «hijos de Dios» por creación, aunque habían sido desheredados.

La demoníaca combinación de materialismo e impiedad de la civilización Caínita en general, con esta irrupción de la simiente de la serpiente directamente en gran número de individuos de la raza humana, y el empuje malévolos de estas hordas monstruosas, llevó las condiciones del mundo a un punto que era intolerable incluso a un Dios de compasión y longanimidad.

La corrupción era tan extendida a incurable que el único remedio era la obliteración. Noé, el único justo de su generación, recibió finalmente aviso de Dios de que: «Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado» (Génesis 6:13). No sólo los hombres y los animales sino toda la tierra en que Vivian iba a ser destruida por el inminente Diluvio.

Las intrigas de Satán y sus ángeles alcanzaron rápidamente un éxito asombroso, no sólo entre los Caínitas, sino también entre los descendientes de Set. Dios hizo al hombre con amor, pero ahora «la imaginación de los pensamientos del corazón de ellos era continuamente el mal» (6:5). Al hombre se le había dicho que «se multiplicara y llenara la tierra», pero ahora «la tierra estaba llena de violencia» (6:11) y en un estado de anarquía y terror. No es de extrañar, pues, que el escritor bíblico, hablando desde el punto de vista humano dijera: «Y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón» (6: 6).

Pero, a pesar de todos sus triunfos, Satán fue incapaz de hacer mella en un hombre (véase 1 Juan 5:18), Noé, en la línea de la Simiente prometida, ¡aquel a quien Satán habría deseado corromper más que a todos 1 « Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová» (6:8).

¡Qué palabra más maravillosa es aquí «gracia», apareciendo por primera vez en la Escritura! En Su soberana misericordia, y elegido por la gracia, el corazón de Noé fue preparado por Dios para responder en fe obediente a Su voluntad.

Nótese cuán consecuente es el orden bíblico aquí (vers. 8 y 9). Primero Noé «halló gracia». Luego Noé era «un varón justo, perfecto» (esto es «justificado» o declarado justo); así que él fue «perfecto en su generación» (o completo en cuanto a los datos del registro de Dios se refiere), y por tanto pudo «andar con Dios». La Salvación en todas las edades ha sido exactamente de esta manera. Por la gracia soberana, recibida por la fe, el creyente es justificado delante de Dios y declarado «completo» delante de El. Sólo como resultado de este glorioso don de la gracia se puede andar en comunión con Dios, mostrando la genuinidad de la fe por las obras. Cuatro veces se dice más tarde, por ejemplo, que Noé «hizo lo que Dios le había mandado» (6:22; 4:5, 7:9; 7:16).

AVISADO POR DIOS (Génesis 6:14 - 7:16)

De la misma manera que las condiciones del mundo en los días antes del Diluvio presagiaban una catástrofe inminente, también las condiciones del mundo en los últimos días de esta edad presagian aún una mayor catástrofe. Este paralelo es vívidamente establecido en el capítulo tercero de 2 Pedro, que vamos a ver más adelante. De momento vamos a hacer un resumen aquí, sin comentarlo, de alguna de las características de los días de Noé, porque Cristo dijo que éstas serían las características de los días anteriores a Su venida, también. Esta lista debería incluir lo siguiente: 1) cuidado grande de los apetitos físicos; 2) rápido avance de la tecnología; 3) actitudes materialistas; 4) filosofías totalitarias; 5) un deseo excepcional de placer y confort; 6) impiedad en las creencias y en la conducta; 7) descuido por la santidad de la relación matrimonial; 8) rechazo de la Palabra inspirada de Dios; 9) explosión de la población; 10) extensión y difusión de la violencia y la corrupción; 11) ejercicio de actividades sexuales ilícitas; 12) evidencia de una actividad satánica organizada, manifestada en profundidad anormal en la depravación del pensamiento y la conducta, no sólo en individuos sino en sistemas y movimientos en conjunto. Cada uno de estos puntos, en tanto que el espacio lo permita, será probado por medio de pasajes específicos relativos a los días de Noé y documentación específica que se refiera a la presente generación.

A fin de preservar la vida animal y humane sobre la tierra, Dios dio instrucciones a Noé para que construyera una enorme arca, una estructura en forma de barcaza, en la que los que la ocuparan se salvaran de la destrucción del inminente Diluvio. Sólo la familia de Noé había resistido a la corrupción circundante. Al tiempo del primer anuncio del Diluvio por parte de Dios, el padre y el abuelo de Noé, Lamec y Matusalén estaban viviendo todavía, pero Lamec murió cinco años antes de que llegara, y Matusalén murió el mismo año del Diluvio.

El Diluvio iba a ser de tal magnitud que iba a destruir toda la Tierra (6:13), así como todas las criaturas que respiraran en el aire. La palabra «Diluvio» (en hebreo *mabbul*) sólo se aplica al Diluvio de Noé; otros diluvios llevan otras palabras en el original. *Mabbul* se refiere a una palabra asiria que significa «destrucción»; la frase «diluvio de aguas» (Génesis 6:17) debería traducirse propiamente por «catástrofe de aguas». De la misma manera, cuando en el Nuevo Testamento se habla del Diluvio del Génesis se use la palabra griega «*kataklysmos*» (cataclismo) exclusivamente.

Según las instrucciones de Dios a Noé, el Arca debía ser diseñada fundamentalmente para conseguir estabilidad y capacidad, más que para navegar en el mar. Las dimensiones tenían que ser 300 codos de longitud, 50 codos de anchura y 30 codos de altura. Asumiendo que un codo fuera 44 centímetros de longitud (la longitud exacta no se conoce, pero ésta es la menor longitud aceptada por las autoridades, el volumen total del arca tenía que ser aproximadamente de unos 40.000 metros cúbicos, o sea, con capacidad para unos 522 vagones de ganado del tamaño de los usados en los ferrocarriles norteamericanos.

Se nos dan algunos detalles más de la construcción. Tenía tres pisos, cada uno de diez codos de alto, una ventana, que probablemente se extendería a lo largo de la parte superior. Estaba hecha de madera de «gofer» (que no sabemos qué árbol era) y calafateada por dentro y por fuera con brea, para hacerla impermeable. Estaba equipada con aposentos para los animales.

La palabra para «brea» es diferente de la forma usada en otros puntos en el Antiguo Testamento. Significa «cobertura», como en Levítico 17:11, palabra usada para «expiación». Sea la

que fuera la sustancia usada, bastaba para proteger perfectamente el Arca y evitar que penetraran en ella las aguas del Juicio, de la misma manera que la sangre del Cordero nos provee de una perfecta expiación para el alma.

Según la declaración de Dios a Noé (Génesis 6:17), el Diluvio no sólo destruiría a la humanidad, sino «toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la Tierra morirá». Noé recibió instrucciones de tomar consigo una pareja de cada especie de animal consigo en el Arca. De los animales «limpios» (evidentemente los que habían de ser usados para domesticación y sacrificio) había que tomar siete parejas, macho hembra.

La mayoría de los animales son pequeños, naturalmente, de modo que el meterlos dentro no representa una tarea imposible. Los animales marinos, naturalmente no estaban incluidos, puesto que podían sobrevivir a las aguas del Diluvio. Según Génesis 7:22: «Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió.» Las autoridades estiman que hay menos de 18.000 especies de mamíferos, pájaros y reptiles y anfibios en el mundo presente. Incluso suponiendo que las especies biológicas fueran equivalentes al «tipo» del Génesis (en muchos casos la palabra «tipo» [*min*] era, indudablemente, una unidad de mayor amplitud) y que el tamaño promedio de un ejemplar de una especie era el de una oveja (indudablemente no era tan grande) se puede ver que en el Arca había capacidad suficiente para el propósito a que se la destinaba. Se sabe que en un vagón de ganado se pueden transportar 240 ovejas, de modo que 150 vagones podían ser suficientes para 36.000 animales de este tamaño. Eso es menos que una tercera parte del tamaño del Arca. Había espacio más que suficiente para el millón de especies de insectos, para alimento, y para las posibles especies que ahora están extinguidas, además de habitaciones para Noé y su familia y para otros propósitos necesarios.

Las especificaciones que Dios estableció para el Arca fueron seguidas estrictamente por Noé y así el Arca era una estructura estable, perfectamente diseñada para la tremenda función que había de cumplir. La noción moderna de que el Diluvio fue sólo local o regional queda refutada por los hechos; el Arca era demasiado grande para acomodar meramente la fauna local; no sólo los pájaros y los mamíferos sino también Noé y su familia podrían haber emigrado a otro país, con mucha mayor facilidad y menos inconvenientes.

Debe recordarse que el clima antes del Diluvio era probablemente uniformemente caluroso sobre toda la Tierra. Así que los animales no estaban aislados en zonas de diferente latitud sobre la faz de la Tierra como al presente, sino que probablemente los distintos tipos se hallaban en todo el mundo. No había entonces grandes distancias implicadas, cuando llegó el tiempo para que dos representantes de cada especie se dirigieran al Arca.

El Señor había dicho a Noé que los animales se le presentarían en el momento oportuno. Para seleccionar los animales, Dios tiene que haberles provisto de un sentido direccional para el viaje que les impelía a dirigirse al lugar de seguridad frente a la tormenta que se avecinaba. Solamente, después del Diluvio ha habido cambios de temperatura definidos según la latitud y la estación, y parece posible que el presente sentido migratorio y la capacidad de seguir direcciones poseída por algunos animales, especialmente los pájaros, la hayan heredado de sus antecesores que salieron del Arca.

Otro mecanismo fisiológico notable de muchos animales (posiblemente todos) como es la protección contra los cambios bruscos de temperatura y otros climáticos, es la habilidad de suspender las funciones biológicas en un estado llamado «hibernación». No había necesidad de esta capacidad antes de los cambios meteorológicos y climatológicos causados por el Diluvio, de modo que es posible que esto provenga a los animales del período del Arca. Se puede suponer que los individuos seleccionados para ser preservados en el Arca, experimentaran mutaciones genéticas ordenadas divinamente, que les equipaban para la migración y la hibernación. Luego, al llegar al Arca, y entrar, y en respuesta al súbito oscurecimiento del cielo y humedad del aire, empezaron su sueño de «hibernación» en sus respectivos aposentos.

La construcción del Arca y los otros preparativos necesarios parecen haber ocupado a Noé unos 120 años (léase Génesis 6:3). Dios anunció, posiblemente a través de Matusalén o de algún otro de los profetas, así como Noé, que su Espíritu no contendría con el hombre pare siempre y que sus días serían 120 años. Otras traducciones nos dicen «su Espíritu contendría con el hombre sólo por otros 120 años». Sin duda Noé pasó gran parte de este período predicando y advirtiendo a los hombres del inminente juicio (2 Pedro 2:5). Pero la gente de su tiempo, sin dudar, ridiculizaría una prédica semejante. Nunca habían visto un diluvio, ni aun lluvia, y mientras el enorme arca de Noé iba siendo construida tenía que ser una gran diversión para todos. Su «ciencia» demostraba que un «diluvio de aguas» era imposible y por tanto siguieron «comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento».

¡Hasta que llegó el Diluvio! Noé había sido advertido por Dios «de cosas que no habían sido vistas antes», y él prefirió creer la Palabra de Dios en vez de a los científicos de sus días. Por tanto «preparó un arca para salvación de su casa» (Hebreos 11:7).

El Señor dijo a Noé: «Entra tú y toda tu casa en el arca (algunas traducciones dicen "ven tú") porque a ti lo he visto justo delante de mí en esta generación» (Génesis 7:1). Como Noé tenía fe (Hebreos 11:7), Dios le consideró justo y le salvó a él y a su casa. Esta es la provisión de gracia y la promesa a aquel que es jefe de una casa. «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa» (Hechos 16:31).

Es significativo también que el Señor dijera «Yen, y no «Ve» (compárese Mateo 11:28). Esta es la primera vez que aparece la palabra «ven» en la Biblia. Dios estaba en el Arca con él, y aunque el Diluvio iba pronto a desatar su furia devastadora, estaban seguros con Él.

Todas las cosas estaban ya preparadas. Los animales habían sido recogidos dentro del Arca, y había alimento y provisiones. El Arca tenía un tamaño adecuado para acomodar todas las especies conocidas de animales terrestres, en vida ahora o extinguidas, pero estaba también diseñada para que pudiera flotar en las aguas en seguridad y suficiente comodidad. Los cálculos hidrodinámicos y las pruebas experimentales en tanques de olas con modelos han demostrado que el Arca tenía las dimensiones que le daban la máxima estabilidad por encima de las turbulentas aguas del Diluvio. Una vez cargada era imposible que se volcara, y sin duda se alinearía en cuanto a las olas en la posición más confortable.

Cuando todos se hallaron a salvo dentro y el Señor cerró la puerta, llegó el Diluvio. Las ventanas (esclusas) de los cielos fueron abiertas y las fuentes del gran abismo fueron rotas. El

dosel de vapor por encima de la expansión, se condensó de algún modo en enormes bancos de nubes, que lanzaron cataratas de agua sin cesar durante cuarenta días y cuarenta noches. AL mismo tiempo, la porción de las aguas originariamente llamadas «abismo» (Génesis 1:2) que en el tercer día de la Creación habían quedado incluidas debajo de la corteza de la tierra a gran presión, irrumpieron de repente en inmensos surtidores a través de fisuras abiertas en la corteza.

Al rugir el agua sobre la superficie, fue destruyendo gradualmente y enterrando el mundo antiguo, que quedó cubierto por las mismas aguas que llevaban el Arca y sus ocupantes por encima de la destrucción experimentada en las profundidades debajo. De esta manera las aguas del juicio y la muerte fueron también las aguas de la purificación y la liberación. En una «figura semejante» a este primer gran bautismo, las aguas bautismales nos salvan ahora (1 ` Pedro 3:20, 21) estableciendo una imagen sorprendente, la destrucción de la vida vieja y la elevación a la nueva, librados de la servidumbre de corrupción, a la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Capítulo 9

El Diluvio y los fósiles

(Génesis 7:17 - 8:14)

En su larga historia, la Tierra ha sufrido mucho bajo los efectos de la maldición. El calor y el frío, las inundaciones y las sequías, los terremotos y las erupciones -toda clase de cataclismos físicos- han alterado su corteza y perturbado a los habitantes de su superficie. Pero inconmensurablemente mayor en su extensión y magnitud que los resultados de todo ello combinado, fueron los efectos del gran Diluvio, que trastornó la tierra en los días de Noé. En nuestra época moderna de ciencia y escepticismo la enormidad del gran suceso del pasado ha sido casi por completo pasado por alto. El testimonio de lo terrible del pecado y la realidad de la divina retribución es tan desagradable que los hombres procuran a toda costa quitarle importancia. Incluso los cristianos conservadores, aunque profesan creer en la inspiración divina de las Escrituras, han olvidado con frecuencia su significado.

En realidad, la cuestión de la naturaleza a historicidad del Diluvio de Noé es de inmensa importancia en el cristianismo bíblico. El hecho del Diluvio es un pivote central en el conflicto entre el cristianismo y sus antagonistas. Si el principio de desarrollo evolutivo innato puede explicar plenamente el universo y todos sus habitantes, como pretenden sus proponentes, entonces no hay necesidad de postular un Creador. La principal evidencia que da apoyo al evolucionismo es el conjunto de datos geológicos de supuestos miles de millones de años de la historia de la Tierra, documentados en fósiles que se hallan enterrados en rocas sedimentarias de la corteza terrestre, y no hay ocasión en este modo de interpretación para aceptar un diluvio destructor del mundo. De modo que, si este Diluvio ha ocurrido realmente, las suposiciones de uniformidad y evolución como principios guías de la interpretación de la historia del mundo quedan por ello demostrados como completamente engañosos y falsos.

EL DILUVIO UNIVERSAL

En los días de Noé, los hombres se burlaban de los avisos del Diluvio inminente; en nuestros días, como entonces, los hombres se burlan de la idea de un Diluvio histórico. Sin embargo, como dijo Jesús: «El diluvio vino y los destruyó» (Lucas 17:27).

Por más de cien años los geólogos y paleontólogos se han adherido al principio del evolucionismo actualista como la fundación de su interpretación de la historia del mundo. Esto es, creen que todas las cosas deben ser explicadas en términos de un desarrollo y crecimiento lento a lo largo de las edades, por la operación de los mismos procesos físicos que ahora están en vigor. Según esto, el concepto del Diluvio universal es rechazado por completo, y esto lleva a muchos cristianos a intentar una componenda entre la Biblia y la geología evolucionista, explicando el Diluvio como un diluvio local o gran inundación, que fue causada por el río Eufrates o algún otro río en el Oriente Medio. La primera pregunta a dilucidar es, pues, si los datos bíblicos describen un diluvio local o universal.

Los datos del Diluvio en el Génesis nos den la indicación de proceder de un testigo ocular, escrito originariamente por Noé o uno de sus hijos. A pesar de los esfuerzos de algunos comentaristas para explicarlo como una inundación local, es evidente que el escritor quiere hablarnos de algo que abarca a todo el mundo y es destructivo de modo excepcional. De hecho, sería difícil imaginarse cómo el concepto de Diluvio universal podría quedar mejor presentado que a través de las mismas palabras registradas en el Génesis.

En primer lugar, los cielos vertieron agua a torrentes de modo continuo durante cuarenta días y cuarenta noche (Génesis 7:12, 17), lo que sería por completo imposible en nuestras condiciones meteorológicas. La única fuente posible de esta avalancha de agua parece ser la condensación y precipitación de la capa de vapor antediluviano, las «aguas encima de la expansión» de Génesis 1: 7.

Luego, cuando las aguas subieron y el Arca empezó a flotar, el versículo 18 dice que el agua «prevaleció» (literalmente, en hebreo, «fueron abrumadoramente poderosas», «subieron», en algunas traducciones). En el versículo 19 hallamos que las aguas subieron mucho sobre la tierra, y todos los montes altos que había debajo de todos los cielos, fueron cubiertos hasta una profundidad mínima de 15 codos (v. 20). Esta profundidad era, evidentemente, la medida de la parte de quilla del Arca que se hundía en el agua, la mitad de su altura, de modo que el Arca podía flotar libremente sobre los montes más altos.

La universalidad y totalidad del Diluvio queda subrayada de nuevo en los versículos 21-23, donde dice que «murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganado y bestias, y todo lo que se arrastra sobre la tierra». Sólo se salvaron los del Arca.

Estas condiciones prevalecieron durante cien lo cincuenta días, con las aguas descendiendo de los cielos y las grandes fisuras en la corteza terrestre durante todo este período, aunque quizá no de modo tan seguido y torrencial como durante los primeros cuarenta días. Finalmente (Génesis 8:1-3) las fuentes se cerraron y las cataratas de los cielos también y la lluvia fue detenida, y las aguas empezaron a decrecer.

Es imposible considerar aquí todas las evidencias que apoyan un Diluvio universal. En un comentario del autor de este libro, *The Genesis Record* (San Diego Creation-Life Publishers, 1976, Apéndice 5, págs. 683-686), se enumeran 100 razones distintas por las que el Diluvio debe ser considerado universal. Las siguientes son algunas de las razones bíblicas:

1. Las expresiones que subrayan la universalidad del Diluvio y sus efectos, que aparecen más de treinta veces entre Génesis caps. 6 y 9.

2. La forma de expresar el relato, que no puede ser mejorada si la intención del escritor era describir un Diluvio universal; como descripción de una inundación de un río, el relato sería por completo exagerado y fuera de lugar.

3. El propósito del Diluvio era destruir al hombre de toda la faz de la Tierra (Génesis 6:7).

4. El intento de mandar un Diluvio era también destruir toda la vida animal de la tierra seca (Génesis 6:17-7:22).

5. El Diluvio fue enviado incluso para «destruir la Tierra» (Génesis 6:13).

6. Las aguas cubrieron todas las montañas (Génesis 7:19, 20).

7. El Diluvio fue causado por la caída continua durante cuarenta noches y cuarenta días, de agua desde arriba, al mismo tiempo que se abrieron grietas en la corteza, que dejaron salir «las fuentes del gran abismo» (Génesis 7:11; 8:2).

8. El Diluvio duró más de un año (Génesis 7:11; 8:13).

9. El Arca fue construida con el propósito de mantener «viva la simiente sobre la faz de toda la Tierra» (Génesis 7:3).

10. El Arca era demasiado grande para acomodar sólo a una mera fauna local o regional (Génesis 6:15).

11. El Arca era enteramente innecesaria para Noé, los animales, y especialmente los pájaros, si sólo se quería que escaparan de la inundación de un río.

12. La promesa de Dios (Génesis 8:21; 9:11, 15) de no enviar nunca más un Diluvio tal habría sido quebrantada muchas veces si se tratara sólo de una inundación local.

13. La palabra hebrea corriente para «inundación» nunca se emplea para describir el Diluvio de Noé, que es únicamente llamado *mabbul*, cuyo significado es esencialmente «catástrofe destructiva».

14. El Nuevo Testamento usa una singular palabra («kataklusmus» o «cataclismo») para el Diluvio (Mateo 24:39; Lucas 17:27; 2º Pedro 2: 5; 3:6) en vez de la palabra griega que significa «inundación».

15. Incluso después de cuatro meses de descender las aguas del Diluvio, la paloma enviada por Noé no pudo encontrar tierra seca donde posarse (Génesis 8:9).

16. Todos los animales de tierra seca que viven ahora descienden de los preservados en el Arca (Génesis 8:17, 19; 9:10).

17. Todas las razas de los hombres en el mundo, ahora, son descendientes de los tres hijos de Noé (Génesis 9:1, 19).

18. Después del Diluvio prevalecieron nuevas condiciones climatológicas, incluyendo estaciones distintas (Génesis 8:22), el arco iris (implicando las condiciones meteorológicas distintas -lluvia Génesis 9:13, 14) y la enemistad entre el hombre y los animales (Génesis 9:2).

19. Los escritores bíblicos posteriores aceptaron el Diluvio como universal (véase Job 12:15; 22:16; Salmo 29:10; 104:6-9; Isaías 54:9; 1 Pedro 3:20; 2 Pedro 2:5; 3:5, 6; Hebreos 11:7).

20. El Señor Jesucristo aceptó la historicidad y universalidad del Diluvio, haciendo de él incluso la señal y tipo del venidero juicio universal cuando El vuelva (Mateo 24:37-39; Lucas 17: 26, 27).

En vista de todos estos hechos, ninguno de los cuales puede ser explicado satisfactoriamente en términos de una inundación local, es claro que la Palabra de Dios enseña de modo unívoco que el Diluvio fue universal en su extensión y sus efectos. Debemos, pues, corregir las interpretaciones de la evidencia geológica para hacerlas conforme a la revelación bíblica. Este es el único curso que queda abierto de modo legítimo a los cristianos que creen en la Biblia.

De vez en cuando, los críticos dicen que no hay bastante agua para cubrir toda la tierra. Hay una profundidad de agua en la atmósfera presente equivalente a menos de cinco centímetros ¡y esto no sería bastante para una catástrofe semejante! Pero hay bastante agua en las profundidades de los océanos presentes si la topografía fuera ligeramente redistribuida. ! Si la corteza de la tierra fuera allanada a la forma de una pelota Lisa, las aguas de los océanos cubrirían la tierra en una profundidad de más de tres kilómetros! Estos océanos contienen ahora las tremendas cantidades de agua que procedieron de las «fuentes del gran abismo» y que descendieron de «las ventanas de los cielos» durante el Diluvio.

A fin de hacer emerger la tierra de las aguas es claramente necesario un gran «levantamiento continental». Esto es, los continentes tuvieron que levantarse y las profundidades de los océanos hundirse en una escala tremenda. Este suceso parece estar mencionado en el Salmo 104:6-9, especialmente en el versículo 8: «Subieron los montes y descendieron los valles.»

Los mecanismos físicos que Dios usó para realizar esta elevación no nos son conocidos. Los suelos y otros materiales ligeros de la tierra fume habían sido erosionados y arrastrados por los mares antediluvianos. Del mismo modo el lecho del océano había sido elevado por la irrupción de las «fuentes del gran abismo». Las reservas subterráneas de agua fueron vaciadas cuando el agua se escapó a la superficie, dejando grandes cavernas vacías en la corteza debajo de la superficie.

Estas condiciones eran inestables y no pudieron persistir durante mucho tiempo. Es posible que los materiales pesados debajo de las viejas superficies de la tierra acabaran hundiéndose, aplastando lateralmente los sedimentos más ligeros que había debajo de la cuenca o fondo del mar, empujando a éstos para que formaran continentes y cordilleras. Así que, hasta cierto punto, las áreas de tierra y agua de la corteza de antes del Diluvio pueden haber sido intercambiadas por el Diluvio, excepto que las áreas de agua, después, eran mucho más extensas que antes. Quizá éste es el significado de Job 12:15, que dice que, cuando Dios desencadenó las aguas, éstas «destruyeron (trastornaron, volcaron) la tierra».

El mecanismo que trastornó este equilibrio inestable y puso en marcha las fuerzas necesarias para esta operación parece haber sido una gran tempestad de viento (Génesis 8:1) acompañada de fenómenos eléctricos (Salmo 104:7). El viento fue causado probablemente por grandes diferencias entre las temperaturas entre las regiones polar y ecuatorial, debidas a que había desaparecido el dosel o capa de vapor termal. Las enormes olas resultantes y el amontonamiento de las aguas, creó posiblemente un desequilibrio adicional de fuerzas que causó los movimientos tectónicos (deformadores de la corteza de la tierra, o fallas) que siguieron. Esto fue el principio. Una vez en marcha, continuaría el movimiento hasta que fue alcanzado el presente equilibrio entre las áreas continentales y oceánicas.

Al bajar las aguas, el Arca finalmente se quedó depositada en una de las montañas de Ararat (el territorio de la Armenia bíblica). Hay numerosas tradiciones e informes modernos que indican que el Arca se preserva todavía en el hielo cerca de una gigantesca montaña conocida, incluso hoy, con el nombre de Monte Ararat, localizado en el territorio adyacente entre Rusia e Irán, en la zona oriental de Turquía. Esta montaña es el cono de un volcán extinguido, formado posiblemente durante el mismo Diluvio, y que se eleva majestuosamente por encima de la llanura que la rodea, de 650 metros de altitud, a una altura de más de 5.000 metros en su cresta sobre el nivel del mar. Aunque la preservación continuada del Arca no ha sido todavía probada documentalmente, existen muchas evidencias de que el Arca está allí todavía, escondida la mayor parte del año por la cubierta de hielo.

Es interesante señalar el significado de la expresión «diecisieteavo día» en la narración del Diluvio. El Diluvio empezó a los diecisiete días del mes (Génesis 7:11); en el diecisiete día del mes séptimo, el Arca se posó sobre los montes de Ararat (8:14). Luego, en el diecisiete día del onceavo mes, nueve meses después de haber empezado el Diluvio, la paloma regresó con una rama de olivo en el pico, indicando que las plantas vivas, con el alimento necesario para la vida física del hombre, crecían otra vez sobre la tierra (8:5, 6, 10, 11).

Este día, pues, pasó a ser en efecto el «día de resurrección» de la tierra, especialmente para el Arca y aquellos que habían sido preservados en ella, a través del gran bautismo de la tierra. No hay duda que es significativo, por tanto, que el aniversario de aquella fecha, muchos siglos más tarde, fuera la fecha en que Jesucristo se levantó de los muertos! El séptimo mes del año civil judío, años más tarde fue hecho el primer mes del año religioso, y la pascua fue establecida en el día catorce de este mes (Éxodo 12:2). Cristo nuestra Pascua, fue sacrificado en este día, ¡pero resucitó tres días más tarde, en el diecisiete día del mes séptimo del calendario civil!

Anclada y segura el Arca en la tierra, de nuevo, Noé y los otros sólo tenían que esperar a que las aguas descendieran lo suficiente para poder desembarcar. Pero, esto no fue posible hasta siete meses más tarde, de modo que estuvieron en el Arca algo más de un año, probablemente 371 días en conjunto. Al pasar el tiempo, las cumbres de las montañas cercanas se fueron haciendo visibles. Noé soltó finalmente un cuervo y una paloma. La paloma regresó, pero el cuervo, una ave de carroña, no tuvo ningún problema sobre dónde posarse. Una semana más tarde Noé volvió a enviar la paloma, que regresó esta vez con una rama de olivo verde, indicando que ya habían empezado a brotar esquejes o arbolitos de los resistentes troncos de olivos que había en las laderas bajas y los valles cercanos. Finalmente, el suelo quedó bastante seco para que desembarcaran los ocupantes del Arca.

Aunque el diluvio había terminado, las condiciones anormales del tiempo (desarrollo de glaciares continentales, grandes flujos volcánicos y movimientos de la corteza, tempestades violentas e inundaciones, etc.) no hay duda que continuaron durante siglos, mientras la tierra iba ajustándose gradualmente a las nuevas condiciones geológicas, biológicas a hidrológicas.

IMPLICACIONES GEOLOGICAS DEL DILUVIO

Cualquier disciplina científica que tenga relación con la historia de la Tierra, como la geología paleontología, la arqueología, etc., debe a plena consideración a los extensos efectos del Diluvio en la interpretación de los datos con que ellas trabajan, si se quiere que esta interpretación de la historia de la Tierra sea legítima. En su mayor parte, sin embargo, este requerimiento ha sido rechazado o no ha sido tenido en cuenta por los modernos científicos geólogos. En vez de ello, su interpretación de la historia de la Tierra ha sido construida alrededor del principio del actualismo, que explícitamente niega que haya ocurrido ninguna gran catástrofe geológica como el Diluvio, y considera que todas las formaciones geológicas fueron depositadas por los procesos ordinarios de la naturaleza, que actuó a los mismos promedios aproximados que al presente. A base de esta suposición, la cantidad inmensa de algunos depósitos parece requerir millones de años para poderse acumular. Sin embargo, los mismos depósitos pueden, en general, ser explicados iguales o mejor en términos de una catastrófica deposición resultante del Diluvio.

La implicación científica más importante del Diluvio tiene que ver con los fósiles. Las rocas sedimentarias que comprenden la mayor parte de la corteza terrestre en las áreas continentales se han depositado en capas conocidas como estratos, por sedimentación de agua en movimiento. Es por esto que se llaman rocas sedimentarias. Encerrados dentro de estos sedimentos están los fósiles, restos de animales que vivieron en otro tiempo en la Tierra. Muchas de estas clases de animales están extinguidas y, con frecuencia (pero no siempre) se hallan en un orden más o menos regular, con los fósiles más simples en las capas inferiores y los más grandes y más complejos en las capas superiores. Este tipo de fenómenos se ha interpretado como indicador de que la evolución gradual de los seres vivos desde las formas más simples a las más complejas ha tenido lugar a lo largo de grandes edades de tiempo geológico. De hecho, ésta es la única línea importante que proporciona evidencia a favor de la teoría de la evolución orgánica. Las edades geológicas se supone que están representadas por los respectivos estratos que se hallan actualmente identificados y clasificados por los tipos de fósiles que contienen.

Pero hay una seria y trágica falacia en esta interpretación. Los fósiles, por necesidad, hablan de la muerte y estas rocas contienen literalmente millones y millones de animales fosilizados. La muerte, a su vez, habla de pecado y juicio -«la paga del pecado es la muerte»- y, según las Escrituras, no existía la muerte en el mundo antes del pecado de Adán y de la maldición de Dios sobre toda la creación. ¡Estos fósiles tienen que haber sido enterrados después de la caída de Adán! A su vez, esto significa que sólo una muerte y sepultura en condiciones catastróficas puede explicar la mayor parte de ellos, y la única catástrofe que es adecuada en dimensión, variedad e intensidad es la del Diluvio del Génesis. De modo que los fósiles, si se interpretan debidamente, se verá que no son la prueba de una larga historia de desarrollo y evolución de la Tierra, sino más bien un testimonio del gran poder y justo juicio de un Dios soberano, manifestado con majestad sin precedentes cuando «el mundo de entonces pereció anegado en agua» (2 Pedro 3:6).

Que la columna geológica y sus fósiles son debidos principalmente al Diluvio queda apoyado por los siguientes hechos físicos:

1. Las rocas sedimentarias, que contienen los fósiles sobre los cuales se basan las supuestas edades geológicas, fueron depositadas a partir de aguas en movimiento, después de haber sido transportados allí por agua desde su origen.

2. La mayoría de las formaciones geológicas son de tal carácter que requieren fuerzas operantes mucho más intensas que las que se encuentran en el mundo moderno. Muchos depósitos de grava y arena son de tales dimensiones que nunca podrían ser producidos por los ríos modernos; muchas formaciones de cocas ígneas son infinitamente mayores que las que los volcanes modernos podrían formar nunca; los depósitos de los glaciares son muy superiores a lo que los glaciares presentes podrían producir; las formaciones que contienen carbón son mucho más vastas que las que se podrían formar con el material vegetal que crece hoy en los pantanos de norte; las reservas petrolíferas son tan extensas que no hay teoría que explique satisfactoriamente el origen de este petróleo; las grandes cordilleras nunca podrían haber sido formadas por los movimientos de la Tierra en marcha hoy en día. Lo mismo puede decirse de casi cada tipo de formación geológica.

3. Los vastos depósitos de fósiles testifican de modo inequívoco en favor de una sepultura catastrófica, rápida. La mayoría de los fósiles nunca podrían haber sido preservados de otro modo, sino que habrían sido rápidamente destruidos por la descomposición o por los animales que se alimentan de carroña. Con todo, hay algunas localidades con millares, incluso millones de peces, reptiles, elefantes y rinocerontes, y toda clase de animales que yacen enterrados en las cocas.

4. Todos los ríos y lagos del mundo llevaron, o contuvieron, en otro tiempo volúmenes de agua, mucho mayores de los que tienen ahora, como lo indican los depósitos en las llanuras aluviales, las terrazas de los antiguos ríos y otra evidencia. Del mismo modo, los desiertos del mundo dan evidencia de antigua humedad y fertilidad.

5. Parece claro, a partir del estudio detallado de las formaciones geológicas, que no ha habido interrupción a nivel mundial del depósito sedimentario durante la formación de la columna geo-

lógica entera. Ya que: como se ha señalado antes, cada formación individual fue depositada rápidamente, y como cada formación fue sucedida por otra encima, sin interrupción, la serie entera fue formada continua y rápidamente.

Aunque hay todavía algunos problemas irresueltos en cuanto a la interpretación de los estratos geológicos, estos problemas no son tan numerosos ni tan difíciles como los problemas con que se encuentran las interpretaciones de estos estratos dadas por la teoría evolucionista-actualista. Para más detallada investigación de estas evidencias y dificultades véase el libro del autor del presente, *El Diluvio del Génesis* (escrito en colaboración con John C. Whitcomb, y publicado por CLIE, Terrassa, España, 1981). Además, estos grandes lechos de roca y de fósiles, no sólo apoyan el relato de la Biblia del Diluvio, sino que repudian la teoría de la evolución. Para darse cuenta de ello, vamos a explicar brevemente la interpretación evolucionista de estos estratos y las falacias implicadas en esta interpretación.

Las edades geológicas han sido dispuestas conforme a un supuesto orden cronológico, como sigue, empezando por los más «viejos» en las capas que llevan fósiles: «Cámbrico (que contiene los trilobites y otros organismos marinos simples); Ordovicio; Silúrico; Devónico (la edad de los peces); Missisippiano; Pensilvánico (primeros insectos); Pérmico (muchos anfibios y primeros reptiles); Triásico (edad de los dinosaurios); Jurásico; Cretáceo; Terciario (edad de las aves y mamíferos); y Cuaternario (edad del hombre). Este historial de fósiles constituye la única evidencia significativa a favor de la teoría de la evolución orgánica. Toda otra evidencia comúnmente citada (como son la anatomía comparada, las semejanzas embriológicas, la distribución geográfica, las mutaciones genéticas, los órganos vertigiales, etc.), son estrictamente circunstanciales en naturaleza y pueden ser explicados mejor en términos de la creación por un Artífice común, con variaciones subsiguientes dentro de los límites fijados en los «tipos» creados. Los cambios hereditarios que produjeron nuevas características, como las mutaciones, son casi siempre causantes de deterioro en la naturaleza.

De modo que, si los depósitos de fósiles son principalmente procedentes del año del Diluvio, en vez de datar de millones de años de lucha evolutiva, toda la teoría de la evolución entra en bancarrota. No es de extrañar, pues, que este concepto de las edades geológicas sea defendido con tanto fervor, y que la «geología diluvial» sea ridiculizada o no tenida en cuenta.

Hay que reconocer, también, que esta llamada «columna geológica» no aparece realmente en ninguna parte del mundo. Es muy posible que una secuencia vertical de las «edades» exista en alguna localidad dada. Se puede hallar cualquier edad en el fondo, o en la superficie, o cualquier combinación de las mismas. El contenido de fósiles -más bien que la superposición vertical o cualquier otra característica de la formación- constituyen el factor que controla la «edad» que se le asigna. Así que la teoría de la evolución se supone de antemano cuando se edifica la columna geológica, y luego, esta última se toma, curiosamente ¡como prueba de la teoría de la evolución!

Pero los fósiles hablan de modo bastante elocuente de la muerte, y por tanto deben haber sido depositados después de la caída de Adán y la resultante maldición pronunciada por Dios sobre la Tierra. Así que, por lo menos en la mayoría de los casos, los fósiles han sido enterrados por el Diluvio.

Naturalmente, en alguna localidad habrá habido una tendencia definida para que algunas especies similares de animales sean enterradas más o menos a un mismo nivel, y para que diferentes especies sean enterradas en orden de creciente tamaño y complejidad. Los organismos marinos simples serían enterrados primero, luego los peces, luego los anfibios, los reptiles, las aves y los mamíferos. Esto es debido a: 1) la creciente elevación de su hábitat natural; 2) resistencia hidrodinámica creciente al depósito por gravitación en las aguas que llevaban los sedimentos, y 3) capacidad creciente para huir de las aguas del Diluvio que iban subiendo. Esto es exactamente lo que se encuentra comúnmente en las rocas sedimentarias, pero ha sido interpretado erróneamente para poder exhibir una evolución gradual a través de las edades.

De modo que lo registrado por Dios en las rocas no constituye un testimonio de la evolución, sino, al contrario, de Su poder y juicio soberanos.

Capítulo 10

El nuevo mundo

(Génesis 8:15-9:17)

El mundo después del Diluvio era muy diferente del mundo que Noé y su familia habían conocido antes del Diluvio. El Arca había provisto un puente desde el viejo cosmos al nuevo cosmos a través del terrible cataclismo, un puente al parecer frágil y endeble, pero que había resultado seguro y suficiente. Las tierras que en otro tiempo habían abundado en animales y gente y vegetación lozana, estaban ahora desnudas y hoscas. El aire que antes era cálido y quieto, ahora se movía en vientos persistentes y violentos y hacía mucho frío en la ladera de la montaña, donde descansaba el Arca. Densas nubes rodaban por el cielo, que antes estaba siempre sereno y claro, y que parecían amenazar nuevas lluvias y otro diluvio. Pero la Tierra había sido purgada de las hordas malvadas que habían hecho de su belleza física una farsa, y Dios había dado una nueva oportunidad a los hijos de Adán para empezar de nuevo.

Y con todo, a pesar del severo juicio y del nuevo comienzo, el conflicto de las edades en los cielos entre Dios y Satán todavía estaba en marcha y seguiría afectando a la raza humana, con un continuo fracaso por parte del hombre, aunque continuaba la gracia y la liberación por parte de Dios.

DESPUES DEL DILUYIO

(Génesis 8:15-9:4)

Un año y diecisiete días antes, Dios había dicho a Noé: «Entra tú y toda tu casa en el arca» (Génesis 7:1). Pero ahora dijo: «Sal del arca tú, y tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de tus hijos contigo» (8:16). En una y otra orden, Dios estaba hablando como dentro del Arca. El Arca, naturalmente, es un tipo maravilloso del Señor Jesucristo, llevando seguridad, simbolizada por medio de las aguas del bautismo que limpian y expresan nueva vida en Él. Las dos órdenes, no contradictorias, sino complementarias («ven al arca» - «sal del arca»), nos recuerdan dos órdenes paralelos de Cristo. Primero, dice: «Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados y yo

os haré descansar» (Mateo 11:28). Esta orden, tanto más significativa cuanto recordamos que «descanso» era el mismo nombre de Noé, con valor profético, no es sino la preparación a Su gran mandato: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15).

Los animales que ocupaban el Arca fueron despertados ahora de su largo descanso, y recibieron las órdenes: «Fructificad y multiplicaos.» Ellos y su progenie se desparramaron gradualmente desde el Ararat; indudablemente, emigraron y fueron multiplicándose hasta que hallaron ambientes apropiados a sus naturalezas y necesidades particulares. Las Escrituras insisten claramente en que «todos los animales, y todo reptil y toda ave, todo lo que se mueve sobre la tierra según sus especies, salieron del arca» (8:19). Todos los animales de tierra seca de hoy, por tanto, son descendientes de aquellos que estuvieron dentro del Arca durante el Diluvio.

De la misma manera, todas las naciones y tribus de la humanidad presentan hoy en la Tierra descendientes de la familia de Noé. «Estos tres son los hijos de Noé, y de ellos fue llena toda la tierra» (Génesis 9:19).

Las características físicas de la Tierra quedaron cambiadas en gran manera, y muchos procesos físicos fueron modificados de varias formas. El presente ciclo hidrológico quedó establecido gradualmente, con la energía de la radiación solar sirviendo para elevar el agua por evaporación de los océanos y luego el vapor, empujado por los vientos hacia el interior, se condensa en nubes y cae sobre el suelo como lluvia o nieve, para regresar otra vez al océano en forma de ríos: El presente ciclo hidrológico provee de modo maravilloso las necesidades de la vida en la Tierra actual en muchas formas distintas. Su utilidad es con frecuencia mencionada en la Biblia, y siempre con gran precisión científica (por ejemplo, véase Salmo 33:7; 135:7; Eclesiastés 1:6-7; Job 26:8; 36:27, 28; Isaías 55:10).

Algunos - de los cambios físicos que tuvieron lugar después del Diluvio fueron los siguientes: 1) los océanos fueron mucho más extensos, puesto que ahora contenían toda el agua del Diluvio; 2) el vapor termal había sido disipado, y con ello surgieron grandes diferencias en las temperaturas; 3) las cordilleras fueron levantadas después del Diluvio y la topografía se hizo más brusca en los continentes posdiluvianos; 4) los vientos y las tempestades fueron posibles por primera vez, así como la lluvia y la nieve; 5) el ambiente era mucho más hostil al hombre, especialmente debido a las radiaciones estelares perjudiciales que ahora no eran filtradas por el dosel de vapor, lo que dio por resultado la disminución en la longevidad después del Diluvio; 6) existían tremendos glaciares, ríos y lagos, con el mundo avanzando gradualmente hacia el presente estado de semiaridez; 7) el suelo estaba desnudo, hasta que la vida vegetal pudiera ser restablecida por medio de la germinación de semillas y los retoños de troncos y raíces cercanos a la superficie.

Aunque el nuevo ciclo hidrológico produciría lluvias, y a veces inundaciones, Dios aseguró a Noé que nunca más habría un Diluvio universal que destruyera toda la vida de la Tierra. De hecho, Dios lea seguro que el orden regular de la naturaleza, con una alternancia regular y fija de estaciones y un ciclo de día y noche, a partir de entonces, duraría en tanto que existiera la Tierra (Génesis 8:21, 22). Por tanto, esta regularidad de la naturaleza que los científicos modernos han formalizado como su «principio de uniformidad» fue instituida después del Diluvio, por Dios. Las estaciones, calor y frío, día y noche, están naturalmente controladas por el sol, cuya rotación axial y cuya inclinación, así como su maravillosa atmósfera, contribuyen también a establecer estas constantes de la naturaleza, que a su vez controlan la mayoría de los otros procesos geológicos. De modo que la prometida uniformidad de las estaciones y el ciclo diurno implica la unifor-

midad esencial de todos Los otros procesos naturales. Es, naturalmente, sólo de estos procesos presentes que la ciencia moderna es capaz de tratar.

Con una escena tan poco prometedora y tan severa delante, y con el peligro inminente, al parecer, de las grandes lluvias y cataclismos que podían empezar otra vez en cualquier momento, Noé, como es comprensible, dirigió sus pensamientos hacia Dios. Desde Edén, el camino de acceso a Dios había sido el ofrecimiento de un animal en sacrificio, y Noé había tornado un número extra de animales de cada una de Las especies «limpias» en et Arca con este propósito. Erigió, pues, inmediatamente un altar (la primera mención que se hace en la Biblia de un altar) para ofrecer holocausto en el altar de todo animal limpio y de toda ave limpia.

Estos eran sacrificios de alabanza y de propiciación al mismo tiempo. Noé daba gracias por su liberación de la corrupción del mundo antediluviano y por su preservación en el nuevo mundo, para que sus vidas fueran protegidas y la Tierra no fuera destruida otra vez. «Y Jehová percibió olor grato. Esto es, oyó y respetó lo oración de fe, aunque quizá no fue pronunciada en palabras por Noé, representada por el incienso que se elevaba con el humo del holocausto. Los versículos que quedan de esta sección son la respuesta de gracia con que Dios contestó la oración de Noé.

Primero le alivió de sus aprensiones prometiéndole que nunca más destruiría toda la vida de la Tierra, ni la maldeciría en una forma como la que acababa de experimentar (la maldición de Génesis 8:21 es evidentemente el Diluvio, no la maldición de Génesis 3:17, se sigue en pie hasta que sea creada la nueva Tierra de Apocalipsis 22:3). La razón de esta promesa parece extraña: «Porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud.» Esto parecería más bien una justificación para asestar nuevos golpes a la Tierra más bien que una promesa de no hacerlo, hasta que recordamos otra vez la gran paradoja de la gracia y el amor de Dios. Aquí hay un testimonio de lo que los teólogos llaman pecado original y corrupción universal y también de la misericordia redentora de Dios. Como el hombre es incapaz de salvarse a sí mismo, por ser sus mismos pensamientos nacidos y alimentados en pecado, necesita por completo la gracia de Dios. A base del sacrificio expiatorio, la salvación y la bendición de Dios son recibidas por la fe simplemente. ¡Así que precisamente debido a que el hombre es incapaz de ser salvo es porque Dios le salva! ¡Verdaderamente Él es el Dios de toda gracia!

Después de prometer la uniformidad esencial de los procesos de la Tierra en el futuro, Dios dio instrucciones a Noe, como había hecho con Adán al principio, de «fructificad y multiplicaos y llenad la tierra». Es posible que el hecho de que no renovara aquí la orden de «enseñorearse de la tierra y someterla», como en Génesis 1:28, sea una indicación de que, a pesar de la destrucción de muchas de sus huestes en el Diluvio, Satán todavía retenía por lo menos un dominio aproximado de la Tierra (1 Juan 5:19. Por otra parte, como la orden originaria a Adán no fue tampoco rescindida, el intento de Dios no había cambiado y todavía sigue en efecto, aunque el ponerla en práctica sufra retardos y fricción a causa del pecado en la vida humana.

De modo que el hombre ya no ejercía una suave autoridad sobre la creación animal; había un temor manifiesto por parte de los animales en vez de obediencia y sumisión. Además, se autorizó comer animales por primera vez, después del Diluvio, aunque es muy probable que se hubiera hecho antes, sin autorización. La razón para este cambio no es clara; quizá el ambiente más riguroso del nuevo mundo requería la proteína de la carne para el sustento del hombre en un grado no

disponible en los otros alimentos. Es posible que el Señor deseara también mostrar la gran distancia que hay entre el hombre y los animales, como si previera los peligros implícitos en la malvada doctrina de la continuidad evolutiva de la vida de toda carne, que acabaría haciendo igual al hombre y a los animales y negaría al Creador, a cuya imagen sólo había sido hecho el hombre.

Pero con esta autorización había también una restricción: «. . . pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis.» La carne del animal se autorizaba para comida, pero la vida de la carne, la sangre, era para el sacrificio. «Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona» (Levítico 17:11). Las palabras «vida» y «almam, en estos versículos, son la misma (hebreo nephesh). La sangre ejecuta naturalmente la función fisiológica de acarrear las sustancias químicas del alimento y del aire que sostienen la carne física, y particularmente mantienen la conciencia que distingue la vida animal de la vida vegetal. La «vida» de un animal limpio, derramada sobre el altar sacrificial, era aceptada por Dios como un símbolo de muerte sustitutoria del pecador culpable, que merecía morir, pero se le permitía vivir debido al sacrificio, cuya sangre «cubría» sus pecados.

EL PACTO DE DIOS CON NOE (Génesis 9:5-17)

La sangre de los animales cubría los pecados sólo de modo figurativo, naturalmente. La realidad, representada por la figura, era el sacrificio del Cordero de Dios, Jesucristo, el cual «ahora en la consumación de los siglos ha sido manifestado una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo era quitar de en medio el pecado» (Hechos 9: 26Y

De modo que la sangre de los animales, representando su vida, era sagrada y no debía ser comida, puesto que era aceptada como sacrificio sustitutivo por la vida del hombre. La sangre del hombre, a su vez, representaba la vida, y era aún más sagrada, porque «el hombre fue hecho a imagen de Dios» (Génesis 9:6. Aunque los animales tienen posesión de un cuerpo y alma, como el hombre, sólo el hombre posee espíritu eterno, la imagen de Dios.

Ni animal ni hombre podía pues derramar sangre de hombre. De cualquier animal o cualquier hombre que derramara sangre humana, Dios demandaría satisfacción, y ésta no sería nada menos que la misma sangre de sus vidas (9:5).

La autoridad de ejecutar este juicio de Dios sobre un asesino quedaba, pues, delegada al hombre. «El que derrame sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre. » (Génesis 9:6. Las condiciones de anarquía que se habían desarrollado antes del Diluvio no iban a ser permitidas otra vez. Antes cada cual atacaba y se defendía como quería.

De modo que quedó instituido un sistema de gobierno humano. El poder dado sobre la vida del hombre implica también poder sobre todas las categorías inferiores. La instrucción dada aquí no se refiere meramente a la venganza; el énfasis es más bien en la justicia y en el reconocimiento de lo sagrado de la divina imagen en el hombre, por más que esté deformada. Sin dudar, fueron dados algunos medios de verificación imparcial de la culpa antes de la ejecución del juicio, aunque aquí no se da ningún sistema legal formal. Evidentemente, la forma particular de

gobierno podía variar con el tiempo y el lugar, pero el hecho del gobierno humano, ejercido bajo Dios, queda establecido de modo claro.

Así que el llamado «mandato cultural dado por Dios a Adán al principio (Génesis 1 :26-28) fue renovado en forma modificada a Noé. Tanto Adán como Noé tenían que multiplicarse y llenar la Tierra y tener dominio sobre toda la Tierra y aún sobre la población animal, excepto por el hecho de la interferencia de Satán. Este mandato fue expandido ahora, sin embargo. No sólo debía tener el hombre control de los animales, sino que ahora debía gobernarse a sí mismo y sus sociedades. En retorno, Dios establecería un nuevo pacto con la humanidad y todas las criaturas de la Tierra. Este pacto de Noé, por tanto, abarcaría y ampliaría el mandato original a Adán, para incluir particularmente la institución del gobierno humano, como se epitomiza en la responsabilidad por la pena capital.

Antes del Diluvio, al parecer, no había ningún mecanismo formal de castigo o prevención del crimen, incluso el de asesinato a homicidio, como se evidencia por las historias de Cain y de Lamec. Evidentemente, cada individuo podía actuar sin terror a restricciones, excepto su conciencia a interés propio. Esto condujo al fin a un estado de violencia y anarquía. Para prevenir el desarrollo de condiciones semejantes a las de antes del Diluvio, Dios estableció la institución del gobierno humano.

Es claro que la autorización para el castigo capital implica el establecimiento de leyes que regulan las actividades humanas y las relaciones personales que, de no ser reguladas, podrían conducir al homicidio. Así que la simple instrucción dada a Noé es la base de toda institución humana legal y de gobierno.

Las objeciones modernas y modernistas al castigo capital son insuficientes para poner de lado este decreto de Dios. La prohibición de los Diez Mandamientos contra matar es evidente que se aplica al asesinato, no a las ejecuciones judiciales; de hecho, la ley Mosaica establece el castigo capital como pena no sólo por asesinato sino por el quebrantamiento de cualquiera de los Diez Mandamientos (véase Hebreos 10:28).

Al mismo tiempo, la dispensación cristiana de ninguna manera pone aparte esta provisión del Pacto de Noé. El comer carne (1 Timoteo 4:3, 4), la abstinencia de la sangre (Hechos 15:19, 20), y la autoridad de la «espada» del gobierno (Romanos 13:4), todas son reafirmadas en el Nuevo Testamento. Cristo mismo, de hecho, parece casi un eco de las mismas palabras de Dios a Noé, cuando dice: «Todos los que empuñen espada a espada perecerán» (Mateo 26:52).

Tal como se evidencia por estos pasajes, así como por otros (1 Pedro 2:13-17; Hechos 25:10, 11; Romanos 13:1-7, entre ellos), es evidente que estas provisiones del Pacto de Noé están todavía en vigor en todas las naciones, por lo que se refiere a Dios. El está, todavía hoy, controlando el orden social por medio de la instrumentalidad del gobierno humano, ordenado por primera vez a Noé después del Diluvio.

La palabra hebrea *shaphak* es muy interesante. Se traduce por «sheddeh» en Génesis 9:6, donde se usa también por primera vez. Se la traduce en general por «derramar». Es frecuente su uso, como con la ira de Dios (por ejemplo, Salmo 69: 24), pero también en el derramamiento de su Espíritu (Joel 2:28). Muchas veces se refiere al derramamiento de la sangre de los sacrificios de animales al pie del altar (por ejemplo, Levítico 4:30). Es la palabra usada proféticamente por Cristo en la cruz cuando exclama: «Soy derramado como agua» (Salmo 22:14).

Su primera mención, aquí, en Génesis 9:6, afirma no sólo lo sagrado de la vida humana, sino también nos indica a Aquel que es perfecta y eternamente «la imagen de Dios», y cuya sangre sería derramada judicialmente, aunque de modo completamente injusto, por la autoridad del gobierno humano pero que en los maravillosos consejos de Dios; «haría de su sangre una ofrenda por el pecado» (Isaías 53:10).

Como «señal del pacto» Dios estableció el hermoso arco iris en las nubes. Así como las rocas llenas de fósiles de la corteza terrestre nos recuerdan en todo momento que Dios destruyó una vez la Tierra con un Diluvio, del mismo modo el arco iris después de la lluvia nos recuerda que Dios no lo hará otra vez. De hecho, a pesar de las amenazas de estos días de las bombas termonucleares, los rayos de la muerte, la guerra de gérmenes y otros semejantes, El dio su promesa de que por lo menos hasta el fin del milenio, «mientras la tierra permanezca», no destruirá a todo ser viviente (Génesis 8:21, 22).

El arco iris (9:13) requiere naturalmente luz de sol y nubes, esto es, gotitas de agua en el aire para que pueda formarse. Antes del Diluvio no había arco iris, como se dijo. Asimismo no es posible ahora que se concentre bastante agua en la atmósfera para causar otro Diluvio universal. Pasada una tempestad, aparece el arco iris.

El arco iris es pues una demostración de la gloriosa gracia de Dios. La pura luz blanca, de la inaccesible santidad de su trono (1 Timoteo 6:16) es refractada, por así decirlo, por medio de las nubes de gloria que rodean su presencia (1 Reyes 8:10, 11), fragmentándose en todos los gloriosos colores de la creación de Dios. En su ira, Dios recuerda Su misericordia. ¡La gloria sigue a los sufrimientos, y donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia!

El arco iris reaparece sólo tres veces más en las Escrituras. Una vez, en Ezequiel 1:28: el arco iris se halla rodeando el trono de Dios cuando El se prepara a hacer juicio sobre el pueblo de Israel. De nuevo se ve el arco iris alrededor de Su trono antes de empezar la Gran Tribulación, en Apocalipsis 4:3. Finalmente, el poderoso ángel de Apocalipsis 10:1, que no es otro que el mismo Señor Jesucristo, viene a reclamar Su señorío sobre el mundo. Y en vez de una corona de espinas, que llevó una vez cuando sufrió la maldición por nosotros, la Palabra dice que habrá un «arco iris sobre su cabeza». ¡Para siempre! Así será que veremos a nuestro Señor Jesucristo «coronado de gloria y honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentase la muerte en provecho de todos» (Hebreos 2:9).

Capítulo 11

Origen de las razas y las naciones

(Génesis 9:18-10:32)

La cuestión de las razas es ciertamente una de las más importantes y explosivas en nuestro tiempo, y lo mismo podemos decir del nacionalismo contra el internacionalismo. La existencia de razas, naciones y lenguas es, sin duda, un hecho inevitable de la vida moderna, a

pesar de los esfuerzos de los modernos sociólogos y políticos de quitar las barreras nacionales y raciales. Los problemas creados por estas cuestiones parecen casi insuperables. El verdadero origen de las varias razas y naciones del mundo y los sucesos asociados con ellas deben entenderse bien claramente, por tanto, y ser colocados en la perspectiva debida para que haya la posibilidad de que estos problemas puedan ser comprendidos y resueltos.

En el mundo parece haber hoy varias razas claras (de tres a seis, según se las clasifique) quizá un centenar o más de naciones de importancia y más de 3.000 lenguas y dialectos tribales. Y con todo, esta diversidad de pueblos y lenguas deben venir todas de un tronco común, porque todos estos hombres son capaces de tener relaciones físicas entre unos y otros, capaces de aprender y de ser educados y aún capaces de comunión espiritual con el Creador, por medio de la fe en Cristo. El origen de estas razas y naciones es todavía un misterio para la mayoría de los científicos, decididos como están a explicar al hombre y su cultura en términos de un marco evolutivo. Hay numerosas teorías contradictorias sobre estos asuntos entre los etnólogos y los antropólogos, pero la única explicación digna de confianza del origen de las razas, naciones y lenguas se encuentra aquí, en Génesis del 9 al 11.

LA TRIPLE DIVISION DE LA HUMANIDAD

(Génesis 9:18-29)

Las Escrituras son explícitas en la enseñanza de que todos los hombres que ahora viven en el mundo son descendientes de Noé a través de sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet (véase Génesis 9:19; 10:32; Hechos 17:26). Todas las características diferentes de las distintas naciones y tribus tienen que haber estado presentes en la constitución genética de las seis personas que salieron del Arca, después del Diluvio. Por medio de los mecanismos de la genética: variaciones, segregación, etcétera, suplementados con mutaciones en algunos casos, se desarrollaron los variados grupos de las naciones.

Es significativo que la Biblia nunca menciona la palabra raza; y la palabra o el concepto no se encuentra en la Escritura. Una raza, en la terminología evolucionista, es una subespecie, que está evolucionando hacia una nueva especie, pero en realidad esto no ocurre. Hay, por lo que se refiere a la humanidad, una sola raza: la raza humana. Las varias divisiones son todas naciones, tribus y lenguas, no razas. Sin embargo, ha habido tres grandes grupos básicos de naciones en la historia, y éstas son las que originalmente fueron establecidas por los tres hijos de Noé.

Según Hechos 17:26, Dios tenía un tiempo y lugar y propósito para cada nación. Aunque cada tribu y nación debía contribuir a la vida conjunta de la humanidad, como un todo, el propósito capital de cada entidad nacional era «que buscaran a Dios» (Hechos 17:27).

El esquema básico de la función de cada uno de los tres grupos principales se da en la notable profecía de Noé, en Génesis 9:25-27.

Es digno de tener en cuenta que, como la gran profecía de Génesis 3:15 fue dada como resultado de la caída de Adán, así la profecía de Noé fue dada como resultado de la caída de Noé.

El paralelo entre las dos situaciones es extraordinario. Ambos habían recibido la orden de llenar la Tierra y ejercer control de la misma. Cada uno fue en realidad el antecesor de todos los hombres que hay hoy en el mundo. En ambos casos participaron de un fruto, Noé del fruto de la vida, Adán del fruto del árbol del conocimiento. Como resultado ambos se hallaron desnudos y en

cede caso fueron provistos de cobertura por otro. Finalmente, la profecía que resultó en cada caso incluía una maldición que ha afectado a la humanidad desde entonces.

La herencia de Adán formaba todavía parte de la constitución natural de Noé, y de hecho, unido al terrible ambiente moral del mundo anterior al Diluvio, era de esperar que dejara a Noé y a sus hijos todavía expuestos a la tentación satánica. Cam, de un modo especial, parece haber sido secretamente rebelde y carnal. La trágica historia de la borrachera de Noé y la súbita evidencia del corazón rebelde de Cam, proveen una evidencia gráfica de que, a pesar del juicio de limpieza del Diluvio, el hombre era todavía un pecador y Satán todavía era «el espíritu que ahora actúa en los hijos de desobediencia» (Efesios 2:2). Pero el comportamiento de Sem y de Jafet, así como el de Cam, en esta ocasión de crisis familiar inesperada, nos da una clave para entender sus caracteres y la ocasión de la notable profecía de Noé.

El principio de «la primera mención» es un axioma en el estudio de la Biblia, que se ha comprobado en gran número de ejemplos. A pesar de su variedad, la Biblia es una unidad perfecta, con cada una de sus partes maravillosamente consecuente con cualquier otra. Así que, cuando una palabra importante se menciona en la Biblia por primera vez, las circunstancias y el uso de esta palabra en aquel punto establecen un tema predominante y este tema se desarrollará más tarde a lo largo de las Escrituras.

Así que, la primera vez que la palabra «vino» se menciona en la Biblia, es en relación con la borrachera y vergüenza de Noé. Sin duda, la naturaleza del vino era bien conocida a los antediluvianos, y no hay indicación en las Escrituras de que Noé no supiera perfectamente lo que hacía cuando hizo y bebió vino. Las Escrituras no dudan en llamarnos la atención sobre los fallos de los hombres, incluso los más santos. Noé había resistido los ataques del mal desde hacía centenares de años, permaneciendo firme en su oposición al mismo como pocos, pero, ahora, por un descuido, como si dijéramos, cayó, cuando parecía que todo iba a ser paz y victoria. Después de todo lo pasado, nos sentimos tentados a preguntar, ¿había algo malo en dar un pequeño gusto a la carne?

Pero las Escrituras advierten: Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, está merodeando alrededor, buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8). Satán, que no había podido corromper a la familia de Noé, vio ahora su oportunidad. La elaboración de vino, un tóxico, a partir del zumo puro de las uvas, es un símbolo perfecto de la corrupción. El proceso de fermentación es un proceso degenerativo y el efecto de beber el producto tiene también un efecto degenerativo en varios sentidos, «rebajando las defensas físicas y morales». Es esencialmente el mismo proceso de la «levadura» de que habla en otra parte la Escritura como símbolo de corrupción.

Noé no tenía intención de beber en exceso, pero lo hizo. Con el calor se quitaría la ropa 11 «estaba descubierto en medio de su tienda. Y Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre (Génesis 9:21, 22). La palabra «vio» podemos entender aquí que le causó satisfacción. Cam se rebelaba contra la autoridad y fuerza moral del padre, y ahora, al ver de modo evidente la debilidad humana a la que había sucumbido su padre, se complació en ella, sin duda como un sentimiento de alivio, estimulado por sus propias frustraciones. Pensando que sus hermanos compartirían su punto de vista, «lo dijo a sus dos hermanos que estaban fuera. Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa y la pusieron sobre sus propios hombros, y andando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros y así no vieron la desnudez de su padre (vers. 23).

Cuando Noé despertó de su embriaguez, y supo lo que había ocurrido, y teniendo él ante sus ojos el corazón de sus hijos al desnudo, Noé se sintió impulsado a hacer su gran declaración profética de Génesis 9:25-27. Hasta cierto punto la penetración que muestra con respecto al futuro estaba basada en la comprensión del interior del corazón de sus hijos. Conociéndolos, y conociendo a sus hijos, pudo prever el curso futuro que sus descendientes iban a seguir. Pero, y esto es lo más importante, habló en el Espíritu, profetizando según el Espíritu le inspiró.

Aunque la declaración de Noé (Génesis 9:25-27) implica una maldición para la posteridad de Cam y una bendición para Sem y Jafet, hay que considerarla como una profecía más bien que como una invocación. Noé estaba prediciendo, no orando, y la predicción estaba, sin duda, basada en el carácter de sus hijos.

La Escritura dice que «Dios hizo de una todas las naciones de los hombres». De modo que a pesar de la triple división entre semitas, camitas y Jafetitas, toda la humanidad es una unidad. Y cuando uno encuentra una unidad triple fundamental (como hemos visto en muchas otras partes del universo físico y en la naturaleza del hombre mismo; véase capítulos anteriores), uno piensa inevitablemente en la divina Trinidad.

Todas las personas son básicamente triples en naturaleza: cuerpo, alma y espíritu (1 Tesalonicenses 5:23), refiriéndose a sus naturalezas física, intelectual y espiritual, respectivamente. Sin embargo, cada persona está dominada por una de las tres. Algunas personas se preocupan principalmente de sus motivos físicos, otros de sus actividades mentales, otros de sus intereses religiosos. Lo mismo se aplica a las naciones, y esto parece ser el punto principal de la profecía de Noé. Como conocía el carácter de sus propios hijos, podía prever que sus respectivos descendientes se caracterizarían principalmente por su celo religioso (Sem), acumen mental (Jafet) a impulsos relacionados con lo material (Cam).

Aunque podía con gusto pronunciar una bendición sobre sus hijos Sem y Jafet, no podía llegar a pronunciar una maldición directamente sobre su hijo Cam, aunque sabía proféticamente que esta maldición sería el destino de sus descendientes. Así que en vez de Cam, dijo Canaán, el nieto: «Maldito sea Canaán; siervo de siervos será a sus hermanos», puesto que había heredado la disposición carnal y rebelde de su padre Cam. Su futuro iba a ser servir a sus «hermanos», es decir, proveer principalmente a los deseos físicos y materiales de la humanidad. Sem, por otra parte, con su interés por el Señor y Su honor, iba a conducir, a través de sus descendientes, a los hombres, a conocer y seguir a Dios. Jafet, también, con su enfoque serio de la vida y su significado, vería a sus descendientes aumentados física y mentalmente, habitando finalmente en la casa espiritual construida por los hijos de Sem. Los hijos de Cam, sin embargo, incluso los de su hijo menor y menos responsable, Canaán, tendrían que contentarse sirviendo a Sem y a Jafet, proveyendo la base material humana, social, sobre la cual se sobrepondrían los intereses espirituales a intelectuales.

Por lo que se refiere al cumplimiento de esta profecía, ha tenido lugar en dos sentidos, uno genuino y otro fraudulento, manifestándose en ello el continuo conflicto entre la simiente espiritual de la mujer y la simiente de la serpiente, pues las dos existen en las tres razas de la humanidad. De los descendientes de Sem, por ejemplo, proceden los hebreos, por medio de los cuales Dios dio las Escrituras y «de los cuales procede Cristo, el cual es Dios, se la carne» (Romanos 9:5). Por otra parte, de ~ semitas han venido falsas religiones, como el Islam. La mayoría de las principales características de todas las formas de paganismo, sea en las religiones

antiguas o modernas, proceden, originalmente, de las religiones de los babilonios y los asirios, ambos semitas.

Los descendientes de Cam fueron marcados especialmente para el servicio secular de la humanidad. En realidad iban a ser «siervos de siervos», esto es, ¡«grandes siervos»! Aunque sólo se menciona a Canaán específicamente (posiblemente porque la rama de la familia de Cam a través de Canaán sería la que entraría en contacto más directo con Israel), toda la familia de Cam queda incluida. La profecía es mundial en su extensión y, como en el caso de Sem y Jafet, incluye a todos los descendientes de Cam también. Estos incluyen a todas las naciones que no son semíticas ni jaféticas. Por tanto, incluye a los pueblos de color amarillo, rojo, pardo y negro, esencialmente los grupos de pueblos afroasiáticos, incluidos los indios americanos, asimismo como los egipcios, sumerios, hititas y fenicios de la antigüedad.

Los camitas han sido los grandes «siervos» de la humanidad en las siguientes maneras, entre otras muchas: 1) fueron los exploradores y colonizadores originales de prácticamente todas las regiones del mundo después de la dispersión de Babel; 2) fueron los primeros cultivadores de los productos alimenticios básicos del mundo, como patatas, maíz, judías, cereales y otros, así como los primeros en domesticar la mayoría de los animales; 3) desarrollaron la mayoría de las formas básicas estructurales, herramientas y materiales de construcción; 4) fueron los primeros en hacer tolas para vestido y métodos de coser y tejer; 5) fueron los descubridores e inventores de un sorprendente número de medicinas e instrumentos de prácticas quirúrgicas; 6) la mayoría de los conceptos básicos de matemáticas, incluso álgebra, geometría y trigonometría; 7) el mecanismo del comercio: dinero, bancos, sistema postal, etc.; 8) desarrollaron el papel, la tinta, la impresión por bloques y por tipos móviles y otros útiles para la comunicación. Parece que no hay útil, principio o sistema particular que, de retrocederse bastante, no se encuentre originado en los sumerios, los egipcios o los primitivos chinos o algún otro pueblo camítico. Verdaderamente han sido los «siervos» de la humanidad en formas realmente asombrosas.

Por otra parte la profecía tiene su lado negativo. Por alguna razón han llegado hasta cierto punto, pero no más allá. Los jafetitas y los semitas, tarde o temprano, se han apoderado de sus territorios y sus invenciones y las han desarrollado y utilizado para su propio engrandecimiento. A menudo los camitas, especialmente los negros, han pasado a ser siervos personales y aun esclavos de los otros. Poseídos de un carácter racial que se aplica de preferencia a los asuntos mundanos, han sido a la larga, desplazados por el acumen filosófico e intelectual de los jafetitas y el celo religioso de los semitas.

Los jafetitas se han «engrandecido» tomando las tierras en que se habían establecido los camitas, y desarrollando la tecnología camítica en ciencia y filosofía. Los jafetitas han proveído el aspecto intelectual de la vida de la humanidad, los camitas el físico y los semitas el espiritual. Jafet, incluso, en la presente época, ha arrebatado en gran parte la función religiosa de los semitas «habite en las tiendas de Sem».

Estas características generales y a grandes rasgos de las razas y las naciones, como se comprende, admiten muchas excepciones sobre una base genética individual. Es evidente también que la profecía es una descripción divina de los hechos futuros y que en modo alguno requiere la ayuda, a propósito, del hombre para su cumplimiento. Ni los negros ni ningún otro pueblo camita están destinados a ser subyugados por la fuerza a base de la declaración de Noé. La profecía iba a cumplirse inevitablemente debido a las naturalezas innatas diferentes de los tres troncos raciales, no en virtud de la coerción artificial impuesta por el hombre.

LA TABLA DE LAS NACIONES

(Génesis 10:1-32)

Aun los críticos más modernos han admitido que el capítulo diez del Génesis es un documento histórico notable. Aquí está el punto de unión entre las naciones históricas de la antigüedad y los tiempos prehistóricos de Noé y los antediluvianos. Los nietos y biznietos de Noé son enumerados, cada uno de ellos identificado con su ciudad o país establecido por los descendientes respectivos.

Los primeros descendientes de los hijos de Noé, cuyos nombres eran originalmente sinónimos esencialmente con las tribus o naciones que fundaron, son presentados en este documento extraordinario conocido como la Tabla de las Naciones. No hay nada en todos los escritos antiguos descubiertos por los arqueólogos que sea comparable en lo más mínimo en extensión y en exactitud. Da la impresión de haber sido como un árbol de familia, conservado por algún venerable patriarca de la familia en tanto que permaneció vivo y pudo permanecer en contacto con sus descendientes.

Sem, el mayor, y uno de los más interesados en la promesa de Dios de la Simiente venidera, es lógico que sea, probablemente, el que guardara este registro. Vivió unos 502 años después del Diluvio (Génesis 11:10, 11), lo que abarcaría todo el período incluido en la Tabla de las Naciones. Es de notar que de los hijos de Cam y Jafet se registra sólo el nombre hasta la tercera generación después del Diluvio, mientras que se llega hasta la sexta en los descendientes de Sem, lo que indica quizá que el autor perdió contacto con las otras ramas de la familia después de la Dispersión. Su firma va unida al suscrito en Génesis 11:10, después de haber escrito de los sucesos de Babel.

Ha sido posible, en muchos casos, identificar los nombres de Génesis 10 con naciones y pueblos conocidos por la arqueología. De modo que proporciona un enlace entre la historia y el período de la «prehistoria» que, excepto por los relatos bíblicos, se conoce sólo por tradiciones antiguas.

Por ejemplo, es posible trazar los nombres de los hijos de Jafet, una vez tenidas en cuenta las modificaciones graduales en la forma que siempre ocurren en estos nombres con el paso del tiempo, y reconocer los antecesores de buen número de los pueblos del grupo indoeuropeo. El espacio disponible no permite citar la evidencia, pero se cree que hay apoyo para las siguientes identificaciones (los nombres históricos seculares se dan en paréntesis) Jafet (Iapetos, padre legendario de los griegos y Iyapeti, el reputado antecesor de los arios en la India); Gomer (Cimeria, Crimea, Germanic, etc.); Askenaz (Escandinavia, Sajonia); Rifat (Paflagonia, Carpatia); Togarma (Armenia); Magog (significa «lugar de Gog», o sea, Georgia (Europa)); Mesec (Moscú); Tubal (Tobolsk); Maday (Media); Javán (Jonia); Elisa (Helade); Tarsis (Tartesos, Cartago); Quitim (otro nombre por Chipre: también combinado con el prefijo «ma», Macedonia); Dodanim (Dardanelos, Roda); Tires (Tracia).

Del mismo modo, los hijos de Cam parecen tener las siguientes identificaciones: Cus (Etiopía); Mizraim (Egipto); Fut (Libia); Canaán (Palestina). Los nombres originales han desaparecido, pero estas identificaciones están apoyadas por numerosas referencias bíblicas y seculares. Algunos de los nombres de los nietos parecen haber sido preservados como sigue: Ludim

(Lidia); Het (Hititas, posiblemente Kittae y Catay); Sin (Sinite, posiblemente Sinaí, a incluso China); Resen (Etruscos) Nimrod (Merodac, la principal deidad de Babilonia).

Entre los hijos de Sem, hay las siguientes razonables identificaciones: Elam (Elamitas, los antiguos persas); Asur (Asíria); Peleg (Pelargos); Aram (Arameos o Sirios); Eber (Hebreos, Ebla). Los hijos de Joctán fueron todos identificados con la península de Arabia.

Es posible que algunas de las identificaciones anteriores, y otras que se podrían dar, son dudosas, pero hay buena evidencia para establecer la correlación general entre Sem, Cam y Jafet, con las naciones semíticas, afroasiáticas a indoeuropeas, respectivamente.

Podemos hacer notar una característica de la Tabla de las Naciones antes de dejar el tema. Hay setenta familias mencionadas de hijos de Noé, y «de éstos se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio» (Génesis 10:32). Esto es lo mismo que el número de los hijos de Israel cuando llegaron a Egipto de la tierra de Canaán (Génesis 46:27). Más tarde (Deuteronomio 10:22), cuando Israel se hubo multiplicado y sacó de Egipto y él mismo había de pasar a ser una nación -de hecho la nación escogida de Dios-, Moisés exhortó al pueblo a acordarse de «los tiempos antiguos, ... cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel» (Deuteronomio 32:7, 8).

Este número «setenta» ha sido desde entonces peculiar de la nación de Israel. Así «setenta semanas fueron determinadas sobre el pueblo» (Daniel 9:24), y la historia de Israel puede ser entendida dentro de un marco notable de ciclos de setenta «semanas» de años. Israel iba a ser dirigida por setenta ancianos (Números 11:16, 25) y más tarde habría los setenta miembros del Sanedrín judío. Setenta eruditos fueron los que tradujeron el Antiguo Testamento al griego, para producir la versión Septuaginta de las Escrituras. Moisés escribió también que el espacio de la vida del hombre son setenta años (Salmo 90:10). La cautividad de Babilonia del pueblo de Israel duró setenta años.

Por medio de todas estas «familias de los hijos de Noé fueron divididas las naciones en la tierra después del Diluvio» (Génesis 10:32). La división tuvo lugar realmente por medio de la confusión de lenguas en la Torre de Babel (nótese la referencia a diferentes «lenguas» en Génesis 10:5,20, 31). Las respectivas familias de las naciones, pues, cada una a su manera especial, recibieron órdenes de poner por obra la profecía de Noé (9:25-27), haciendo con ello una contribución a la sociedad humana en conjunto. Finalmente, todas las naciones habían de «crecer y multiplicarse», manteniendo la ley y el orden bajo Dios (Génesis 9:6, 7), con el propósito de que todos pudieran «buscar al Señor» (Hechos 17:27).

Capítulo 12

La gran dispersión

(Génesis 11:1-32)

Uno de los fenómenos más asombrosos de la historia humana es el hecho de que, a pesar de la unidad biológica esencial de todas las naciones y razas, hay más de 3.000 diferentes lenguas entre los hombres. Cada lengua es, de un modo claro, diferente de las otras, y con

frecuencia resulta que las tribus más primitivas usan lenguajes más complicados. Todos los lenguajes humanos están separados, por una barrera insuperable, de los sonidos hechos por los animales, aunque los órganos vocales respectivos en sí no son muy diferentes unos de otros. Los orígenes del lenguaje en general y de las lenguas en particular es, pues, inexplicable en términos de evolucionismo, y con todo es imposible exagerar la importancia del lenguaje articulado, proposicional (como distinto del meramente reflexivo o emocional) en la vida de la humanidad. Génesis 11 es el capítulo final del Génesis que trata de las naciones en general, como distintas de la nación escogida, Israel, y en él hallamos la única explicación verdadera del origen de las lenguas.

La transición de la dispensación de todas las naciones a la dispensación de la nación escogida resultó de una notable serie de sucesos que tuvieron lugar en la tierra de Sinar, a sólo unos 800 kilómetros al sur del Arca, que todavía descansaba en el Monte Ararat. Allí fue fundada una gran ciudad y el curso de la historia mundial quedó alterado.

Gran parte de la historia bíblica después del Diluvio puede considerarse como «la historia de dos ciudades», Jerusalén, la «ciudad de la paz» y Babilonia, la «ciudad de la confusión». La primera es la ciudad que Dios escogió para centrar su revelación, cuando estableció allí su templo, y desde la cual un día Cristo va a reinar sobre todo el mundo. Espiritualmente, es el tipo de la nueva Jerusalén, la esposa de Cristo, de esta «Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros» (Gálatas 4:26). Babilonia, por otra parte, es la ciudad en que Satán parece haber establecido el centro de su reinado sobre la tierra, la base de operaciones desde la cual continúa ampliando su rebelión contra Dios. Espiritualmente, Babilonia es la «madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra» (Apocalipsis 17:5), la fuente de origen de todos los falsos sistemas religiosos del mundo.

NIMROD Y LA TORRE DE BABEL

Después del Diluvio los descendientes inmediatos de Noé, naturalmente, hablaban todos, una misma lengua, la misma que habían hablado los hombres desde el período antediluviano. Es posible que éste fuera un lenguaje de los que hoy llamamos semíticos, puesto que los nombres propios de hombres y de lugares en el período prebabilónico tienen todos significado sólo en hebreo o lenguas afines.

Dios mandó a los hijos de Noé «creced y multiplicaos y llenad la tierra» (Génesis 9:1). A fin de que esto pudiera ser cumplido de forma ordenada, Dios había provisto el principio del gobierno humano (9:6). Para ponerlo en aplicación, evidentemente había que continuar subdividiendo a la futura población del mundo en unidades sociales controlables y operables, o sea, naciones. Cada grupo nacional contribuiría así su aportación a la vida corporativa de la humanidad en conjunto, como cada familia individual contribuiría a su propia nación. La diligencia con la cual cada familia hiciera su contribución se reflejaría en los beneficios materiales que aportaría a sí misma, y a su nación como resultado. Del mismo modo, las naciones que contribuyeran de modo más importante al beneficio de la humanidad en conjunto serían reconocidas y premiadas de modo correspondiente. Este reconocimiento y galardón era el incentivo más efectivo para la diligencia y fidelidad en el servicio. Ese principio parece que está profundamente enraizado en la naturaleza humana y es patrocinado por Dios mismo (1^o Corintios 3: 14; Apocalipsis 22:12).

No obstante, si algún individuo o grupo intentara conseguir ventajas sobre otros por métodos poco honrosos, sería refrenado y castigado por la autoridad gubernamental establecida por Dios para este preciso propósito. Esta estructura social debería haber sido conducente en alto grado a un sentido vivo de responsabilidad individual y corporativa ante Dios. Habría estimulado la mayor apreciación de la gracia de Dios, que se manifestaba en el mantenimiento providencial de las condiciones físicas para la vida (Génesis 8:2,22) y su promesa de redención y salvación final para el hombre.

Pero las cosas ocurrieron de forma que el hombre en general rehusó someterse de buena gana a esta disposición, y Dios tuvo que realizar una intervención especial. Cuando los hombres empezaron a multiplicarse, prefirieron vivir juntos en una unidad, en vez de separarse en varias unidades. Al emigrar de la hostil región de Ararat, finalmente dieron en la fértil llanura de Mesopotamia y decidieron establecerse allí y construir una ciudad. Quizá pensaron que allí podrían incluso restaurar las condiciones del Paraíso, en Edén mismo, porque nombraron los ríos Tigris y Eufrates, según las dos corrientes de agua que habían cruzado el Huerto.

Se dice que toda la población hablaba originalmente «una sola lengua», quizá como referencia a un lenguaje hablado y escrito común. La opinión prevaleciente es que la escritura se desarrolló relativamente tarde, rocediendo a través de estadios pictográficos, cuneiformes, etc y esta idea es en general válida, pero esto no excluye que hubiera un lenguaje escrito antes de Babel. Cuando las lenguas fueron confundidas, las naciones tuvieron que desarrollar un nuevo alfabeto y un lenguaje escrito que correspondiera a su nueva manera de hablar. Sin embargo, las tablas escritas (genealogías) recibidas por la línea patriarcal estaban, al parecer, en posesión de Sem, y pasaron a Tera, y finalmente a Moisés. Es probable en realidad que Sem y su familia inmediata no participara en la rebelión de Babel y que por tanto su lengua no fuera afectada.

Es posible que tanto Noé como Sem estuvieran viviendo todavía cuando la Torre de-Babel fue edificada, a menos que haya grandes lapsos de tiempo entre las genealogías, de lo cual no sabemos nada. Si no hay estos intervalos, Peleg, «en cuyos días fue dividida la tierra» (Génesis 10:25) nació sólo 101 años después del Diluvio y parece razonable que su nombre (división) le fuera dado por su padre Eber (cuyo nombre se preserva en el término «hebreo») en conmemoración de la gran dispersión. En vista de la longevidad de los primitivos postdiluvianos, y de la intención de Dios de «llenar la tierra», un pequeño cálculo nos revelará que no hay razón para que la población de la tierra no hubiera crecido hasta varios millares dentro de los cien años después del Diluvio.

Suponiendo que Noé y Sem estuvieran todavía, es muy improbable que se hubieran unido a la empresa de Babel, y es posible que Jafet también se quedara al margen. Muchos de sus hijos y nietos parecen haber participado, sin embargo, puesto que fueron incluidos entre la separación de las naciones. Es claro, sin embargo, que los camitas fueron los participantes más prominentes de la rebelión, bajo el dinámico liderazgo de Nimrod.

Es probable que Cam y sus hijos se resintieran de la profecía de Noé, que maldecía a su familia. Esto parece desprenderse del hecho que Cus nombró a uno de sus hijos Nimrod, que significa «¡Rebelémonos!» Si Dios había destinado a los camitas a la servidumbre perpetua bajo Sem y Jafet y sus descendientes, ¿o mejor era rebelarse! De modo que Cus, quizá apoyado por Cam; empezó a entrenar a Nimrod a luchar por la ascendencia entre los hombres.

De modo que Nimrod «llegó a ser el primer poderoso en la tierra» (Génesis 10:8), y pronto llevó a todos los camitas, y posiblemente a muchos semitas y jafetitas, bajo su influencia y

control. Finalmente se establecieron en la llanura fértil de Sinar (un nombre que probablemente es el mismo que «Sumer») y empezaron a construir un gran complejo de ciudades, como «comienzo del reino de Babel».

Así que los progenitores de las naciones de la tierra estaban originariamente unidos, con un lenguaje único y evidentemente con un propósito común. Este parece ser el objetivo de muchos pueblos hoy, que han centrado sus esperanzas para la paz y prosperidad mundial en las llamadas «Naciones Unidas». Pero, como estas primeras «naciones unidas» sirvieron sólo como punto de unión contra Dios, lo mismo la presente amalgama de pueblos será usada como vehículo de oposición a Dios.

Nimrod era evidentemente un hombre de recursos, y pasó a Ser poderoso en la tierra, por lo cual puede considerarse como «un poderoso tirano ante o "contra" Jehová». Era «cazador» en el sentido de ser implacable para persuadir a los hombres que le obedecieran. Los juntó y dirigió a «hacerse un hombre, por si fuésemos esparcidos sobre la faz de la tierra» (Génesis 11:4). Puede que ganara también fama como cazador de los animales grandes que estaban proliferando rápidamente sobre la tierra durante las décadas que siguieron al Diluvio y que habían pasado a ser un problema serio en los núcleos de población que crecían menos rápidamente.

Su rebelión culminó en su plan de erigir una gran torre «cu a cúspide llegue al cielo». Esta torre era probablemente un prototipo de los muchos «zigurats» y torres de templos que se construyeron más tarde en Babilonia y en otros países. Los restos de esta torre, o quizá de alguna otra que había sido edificada según ella, existen todavía cerca de las ruinas de la antigua Babilonia. Esta torre babilónica, todavía conocida por los árabes como «birs nimroud» tenía más de doscientos metros de altura cuando fue descrita por el historiador griego Herodoto, hacia el 450 antes de Jesucristo.

Es probable que Nimrod construyera un templo en su cumbre, con representaciones de las «huestes celestiales». No es improbable que Satán mismo se reuniera allí con él y le instruyera en los secretos de su propia rebelión contra Dios, en la cual Nimrod pasó a ser un aliado de Satán. Después de su muerte, Nimrod fue aceptado por sus seguidores como una encarnación humana de Dios (o mejor dicho, de uno que aspiraba a ser Dios) Su nombre se preserva como «Merodac», o «Marduk», la principal deidad babilónica.

Aunque no se nos aparece la persona de Satán a este lado del telón, no hay duda que, a escondidas, estaba todavía trabajando enérgicamente. La fatal debilidad del carácter de Cam le ofrecía gran ventaja y se aprovechó efectivamente de ella, y pronto se ganó la fidelidad de los camitas en general y de Nimrod en particular.

Romanos 1:18-32 nos presenta gráficamente el deterioro moral y espiritual a que llegaron Nimrod y sus seguidores. A sabiendas, dejaron el conocimiento y culto del verdadero Dios y Creador, y empezaron a adorar la creación, y pronto llegaron al panteísmo, al politeísmo y a la idolatría. No sabemos hasta qué punto estos nuevos sistemas religiosos procedían directamente de la revelación de Satán mismo, pero hay abundante evidencia de que todas las formas de paganismo procedieron originalmente de la antigua religión babilónica. La identidad esencial de los varios dioses y diosas de Roma, Grecia, India y Egipto y otras naciones con el panteón original de los babilonios ha sido bien establecida.

Estas deidades paganas estaban también identificadas con las estrellas y los planetas, la «hueste de los cielos», y la adoración del sol ocupa un lugar central. Este sistema se formalizó en

el Zodíaco, con sus numerosas constelaciones, una construcción extraordinaria, que fue posesión común de todas las naciones de la antigüedad. Y detrás de esta fachada de «hombres y pájaros y cuadrúpedos y animales que se arrastraban», representados en las estrellas, había la real hueste de los cielos, «las huestes angélicas y demoníacas de Lucifer, la «estrella del día». Es posible que todo el sistema pueda haber sido una corrupción de la significación evangélica de los cuerpos celestiales, creados originalmente para servir en parte porno «señales y estaciones» pero en todo caso, tal como fueron interpretados por Nimrod y sus seguidores, pronto condujeron a la astrología y al espiritismo y a los otros males del paganismo y la idolatría.

Parece que la Torre de Babel fue construida como un gran templo, con su cumbre para servir de altar «hasta el cielo», y probablemente tenía pintadas las estrellas y los signos del Zodíaco como emblema en su techo y paredes, a la manera de otros templos antiguos. Como centro de culto, serviría para unificar al pueblo, «por si fuésemos esparcidos por la faz de toda la tierra», en su oposición a Dios y sus propósitos, y en su fidelidad a Satán y a su programa (sin saberlo muchos de ellos, pero a sabiendas probablemente en el caso de- Nimrod y otros iniciados).

LA CONFUSION DE LENGUAS

El nombre «Babel», originariamente, parece significar «la puerta de Dios», pero por una transliteración fue identificado con la palabra hebrea que quiere decir «confusión» después del tremendo suceso que tuvo lugar allí. La rebelión unida contra Dios era posible porque todos los hombres podían ser puestos bajo la persuasiva influencia de un solo líder poderoso. Pero, de repente, empezaron a descubrir que, excepto con los miembros inmediatos de su familia, no podían comunicarse ya unos con otros. Por alguna inexplicable y maravillosa alteración en los centros nerviosos en que se almacena la información sobre las asociaciones del pensamiento con las formulaciones de sonidos particulares en las cuerdas vocales, Dios «confundió el lenguaje de toda la tierra». (Génesis 11:9). Cuando ya no se pudieron comunicar, tuvieron que dejar de construir la ciudad y cada unidad familiar dejó el área, emigrando a alguna otra parte del mundo para establecer su propia nación. De este modo, las setenta naciones originales enumeradas en Génesis 10 fueron establecidas «según sus familias, según su lengua, en sus tierras, - según sus naciones» (Génesis 10:5, 20,31). Estas han ido proliferando y hay unas 150 naciones importantes y más de 3.000 lenguas.

Teniendo un poder tremendo en sus manos; como resultado de su nuevo conocimiento oculto y de su unidad de propósito, Dios tomó nota de que «nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer» (Génesis 11:6). Era el momento de que Dios interviniera de nuevo en los asuntos de los hombres.

La facultad del lenguaje humano es verdaderamente uno de los atributos más asombrosos de la humanidad. Lo fundamental de la naturaleza del lenguaje en la misma esencia del hombre es subrayada por la revelación de Dios al hombre por medio de Su Palabra, el Verbo, ;Cristo mismo es el Verbo de vida! «Dios nos ha hablado por el Hijo» (Hebreos 1:2). No es demasiado decir que ésta es la misma razón por la que el hombre, al ser creado, recibió la capacidad de hablar y de escuchar, a fin de que pudiera establecer primero comunicación con Dios, y segundo entre hombre y hombre. Pero, cuando el hombre empezó a prostituir el don divino a fin de cooperar en la rebelión contra su Hacedor, Dios, en un juicio muy apropiado, «confundió sus lenguas, para que ninguno entendiera el habla de su compañero» (Génesis 11:7).

No se nos dice cómo tuvo lugar este milagro. Las diversas familias se encontraron de súbito que no se podían comunicar con otras familias, y si podían conseguirlo, no podían cooperar. Empezaron a surgir malentendidos y altercados bajo estas condiciones y la única solución fue que cada familia se fuera por su cuenta, dejando sólo al Rey Nimrod y su familia inmediata para que habitara en Babel, en lo que debió de haber sido un estado de amarga frustración.

Pero hay algo en las lenguas camíticas surgidas por la confusión de lenguas que parece imple-las a una proliferación y variedad sin fin. Aunque todas pueden ser descritas aproximadamente como «aglutinativas», son en extremo intrincadas y divergentes en su estructura.

Cada tribu de África o de la India parece haber desarrollado su lengua propia, en virtud de su propio aislamiento, y la peculiaridad concreta y materialista de la estructura del contenido mental inherente a los pueblos camitas.

Al esparcirse, dejaron todo conocimiento de la escritura que hubieran poseído y tuvieron que empezar otra vez a desarrollar un lenguaje escrito que se ajustara a su nuevo modo de hablar. Se llevaron con ellos algunos recuerdos parciales de su sistema religioso desarrollado bajo Nimrod, e hicieron de esto el fundamento de su propia religión, to que explica la similaridad básica de todas las religiones del mundo pagano. Al mismo tiempo se llevaron con ellos un vago recuerdo del gran Diluvio, y del Dios verdadero y su promesa de un Salvador venidero.

Las diferentes unidades familiares emigraron de Babel y viajaron hasta que encontraron áreas apropiadas para establecerse y desarrollar sus propias culturas y civilizaciones. Los que eran más fuertes, más inteligentes o diligentes ocuparon los mejores sitios, bastante cerca del centro de dispersión de Babel, y acabaron produciendo las grandes civilizaciones que se desarrollaron en el antiguo Oriente Medio (Egipto, Elam, Asiria, Hititas, etc.). Otros se vieron forzados a establecerse más lejos, tardando más en producir sus propias civilizaciones (Grecia, India, China, etc.). Otros, aun, emigraron a tierras lejanas, y acabaron llegando a las regiones del sur y el oeste de África e incluso a las América. Las tribus que fueron forzadas hacia el norte de Europa o hacia el interior de África tuvieron dificultades para luchar contra el ambiente inhóspito: la gran capa de hielo del período postdiluvial glacial, es un caso, y las lluvias ecuatoriales y el calor en el otro, y algunos de ellos quedaron exterminados. Entre éstos se halla el pueblo de los Neanderthal, que en otro tiempo se creyó que eran hombres-simios primitivos, debido a su apariencia primitiva, pero de los que ahora se sabe que fueron verdaderos hombres que sufrieron de deformaciones de raquitismo y artritis debido a los rigores del clima frío en que vivieron.

Cuando cada familia empezó su nueva vida en una región nueva y no conocida se vieron forzados a vivir de modo simple durante muchos años, principalmente cazando animales y escogiendo frutos y nueces como alimento, viviendo en cuevas o refugios crudos de madera, y arreglándoselas lo mejor que odian, haciendo útiles y armas de piedras y palos y vasijas de arcilla. Aunque conocían las artes de la metalurgia y la construcción muy bien, al principio no tenían de donde sacar metales o materiales de construcción. Asimismo, aunque sabían cómo cultivar cosechas y domesticar animales, les costó muchos años desarrollar una agricultura estable y reunir rebaños productivos. El problema se complicaba por su reducido número, ya que una economía compleja requiere muchos especialistas, un lujo que era imposible cuando cada miembro de la familia debía dedicar la mayor parte de su atención al problema de la supervivencia.

Este período de poblaciones tribales pequeñas viviendo en una economía de «caza y recolección» con útiles de piedra tosca se reconoce como el estadio inicial de cultura en cada

sitio ocupado, pero ha sido malinterpretado por los arqueólogos evolucionistas como indicando un período Paleolítico. No se habría precisado de un millón de años o más para que el hombre primitivo saliera de este estadio, como dicen los evolucionistas, sino sólo unas pocas décadas o generaciones en la mayoría de los casos. (En realidad, como es natural, hay algunas tribus que viven incluso hoy en este tipo de cultura.)

Se va acumulando más y más evidencia cada día de que las civilizaciones elevadas se desarrollaron casi de modo concurrente en todo el mundo, en cada caso después de sólo un breve período de «caza y recolección» en cada región. No obstante, ninguna de éstas es tan antigua como las civilizaciones posdiluviales más anteriores del Oriente Medio.

Nimrod mismo, probablemente, permaneció en Babel y aunque su influencia no era extensa en el mundo, tal como había sido, él y sus descendientes todavía se las arreglaron para desarrollar una nación y una civilización fuertes allí en Sinar. Este fue el pueblo de los sumerios, los primeros habitantes de Babilonia.

Dios en el milenio «devolverá a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el nombre de Jehová, para que le sirvan de común consentimiento» (Sofonías 3:9), pero incluso entonces habrá naciones distintas (Miqueas 4:1-5) cada una cumpliendo su misión tal como se había intentado para la tierra en conjunto. Incluso en la «nueva tierra» que Dios creará después del milenio, habrá todavía «naciones de los que hayan sido salvos que andarán a la luz de Dios en la ciudad eterna» (Apocalipsis 21:24).

De manera que Dios, de modo definitivo, tiene un lugar para las distintas naciones, no sólo en este mundo presente sino en la eternidad. Hasta que Cristo venga, las únicas «Naciones Unidas» de las cuales las Escrituras hablan son el venidero reino de la bestia (Apocalipsis 13:7, 8; 17:13, 14), que fue tipificado hace mucho por Nimrod y su reino de Babilonia.

Después de haber separado Dios las naciones y confundido sus lenguas, iba a ser escogida una nación y una lengua particular por medio de la cual Dios iba a hablar a los hombres, a través de los cuales su Palabra escrita iba a ser revelada. De acuerdo con la profecía de Noé, la familia de Sem fue escogida y el linaje particular pasó por Arfaxad, Sala, Eber, Peleg, Reu, Serug, Nacor y Taré, mantenido para este propósito. Las «genealogías de Sem» terminan con los anales de la dispersión de Babel, y las «genealogías de Tarém (Génesis 11:27) son como se ha indicado. Recayó sobre el hijo de Taré, Abram, el dar completa obediencia a la orden de Dios, y viajar a la tierra de promisión. De este modo, al final, «a Abraham y a su simiente fueron dadas las promesas» (Gálatas 3:16).

De aquí en adelante, en el libro del Génesis, así como en el Antiguo Testamento en conjunto, el foco de atención es la nación escogida, Israel. Los primeros once capítulos del Génesis, que han sido nuestro objeto de estudio particular en este libro, tratan de la primitiva historia de la humanidad. Esta sección, naturalmente, es la que ha sido objeto de los mayores ataques por parte de los evolucionistas y escépticos de todas clases. Sin embargo, como hemos subrayado, estos capítulos primeros del Génesis son verdaderos e históricos en todos los aspectos. Es absolutamente necesario e imperioso, si queremos comprender realmente el mundo moderno y planear efectivamente el futuro del mundo, que entendamos y creamos esta historia divinamente inspirada del mundo primitivo.

Capítulo 13

El mundo del futuro

(2 Pedro 3)

La importancia vital de los relatos del Génesis, especialmente los de la Creación y del Diluvio, en el contexto del inminente retorno de Cristo, es subrayada una y otra vez en el Nuevo Testamento. Los «últimos días» se caracterizarán por la negación de los «primeros días», y será especialmente urgente en aquellos días que la predicación del evangelio eterno haga énfasis en la adoración de Dios como Creador, el que «hizo el cielo, y la tierra y el mar, y las fuentes de las aguas » (Apocalipsis 14:6,7). Uno de los capítulos más significativos de la Biblia es el último capítulo escrito por el gran apóstol Pedro poco antes de su martirio.

En el tercer capítulo de 2 Pedro, Dios nos da un anticipo profético de las cuestiones básicas en el conflicto de los últimos tiempos entre el Cristianismo y el anticristianismo, contrastando la visión mundial del evolucionista y actualista con el verdadero marco de la historia dada por las Escrituras. Es apropiado que concluyamos nuestro estudio de Génesis 1-11 con un estudio de este importante comentario del Nuevo Testamento sobre estos temas.

EL MUNDO DE ENTONCES

(2 Pedro 3:1-6)

Fue la gran confesión de fe de Pedro en el Hijo de Dios que pasó a ser el mismo fundamento de la iglesia que Jesús edificó (Mateo 16:16-19). Fue él el que usó «las llaves del reino», primero para abrir la puerta de la iglesia a los judíos (Hechos 2:36-39) y a los gentiles (Hechos 10:44-48). Y ahora, casi cerca del fin de su ministerio, Dios le permitió ver en el Espíritu los últimos días de la iglesia, y profetizar las condiciones a que tendría que hacer frente y tendría que vencer.

Es importante que, en el contexto de la apostasía de los últimos tiempos que él predijo, Pedro inste repetidas veces a los creyentes a aferrarse a las Escrituras (1:19-21; 3:16), tal como hizo Pablo en sus últimos escritos (2ª Timoteo 3:14-4:4). En este tercer capítulo, Pedro empieza exhortando a sus lectores a saturarse del Antiguo Testamento («las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas») y del Nuevo Testamento («del mandamiento del Señor y Salvador declarado por vuestros apóstoles»).

La razón de esta advertencia es que han de estar prevenidos contra el poderoso ataque que lanzarán los burladores de los últimos días contra el tema esencial de los dos Testamentos: la promesa de Su venida. Los hombres en los últimos días (incluyendo los falsos maestros en la iglesia profesante, descritos con trágico detalle en 2 Pedro 2), se nos dice que rechazarán por completo el poder soberano y el juicio recto del Creador. Ridiculizarán la promesa bíblica de su venida, repetida con frecuencia, la promesa de completar su obra de la redención y liberación de una creación que ha estado gimiendo en dolor desde que el pecado del hombre trajo sobre ella la maldición de Dios.

¡Y el fundamento filosófico de este rechazo iba a ser el principio del actualismo! «Todas las cosas permanecen como estaban desde el principio de la creación.» En efecto, estos líderes religiosos y estos educadores de los últimos días dirían: «Nuestra mente moderna no puede ya aceptar las enseñanzas ingenuas de los padres con respecto a la intervención sobrenatural de un Dios trascendente en el curso uniforme de la naturaleza. Ya no necesitamos acudir al concepto de los milagros, puesto que la ciencia ha demostrado que el universo siempre ha operado de acuerdo con las leyes de la química y de la física.

Se puede objetar que, incluso si el principio de uniformidad prevalece al presente, todavía se tiene que explicar la existencia del universo en términos de un Creador divino. Pero el intelectual dice: «No, las cosas continúan como fueron desde el principio. La creación fue como es ahora. Todo se ha ido organizando gradualmente y ha llegado al presente estado por medio de las leyes y procesos naturales que existen al presente. De modo que la creación prosigue; sin embargo, como la ciencia puede explicarlo todo, no se necesita ningún "Creador", y podemos llamarlo "evolución" en vez de "creación": Nunca ha habido una creación real ni ninguna interrupción sobrenatural de los procesos presentes, y por tanto es banal e insensato preocuparse de alguna posible interrupción. ¡Podemos echar en el olvido la noción de que Dios vendrá un día a juzgar y cambiar el mundo!

Esta es, naturalmente, la actitud prevaleciente entre los intelectuales de todo el mundo, en extensión casi universal. La filosofía pseudocientífica del actualismo evolucionista defiende que es capaz de explicar el universo y los habitantes de la Tierra en términos de un desarrollo natural bajo la operación uniforme de las leyes naturales.

Pero debería ser evidente que la ciencia moderna, en el sentido verdadero de la palabra, sólo puede estudiar el cosmos presente. El cosmos de antes del Diluvio no es accesible a la observación y la medición científica. Los restos del primer cosmos que pueden haber sobrevivido en el presente sólo pueden ser estudiados científicamente en su condición presente, pero esto no nos puede decir nada directo sobre sus condiciones previas de existencia. Las únicas fuentes genuinas de información para la cosmología antediluviana serían los anales o crónicas escritos por testigos oculares, o bien la divina revelación. El relato bíblico del Génesis es las dos cosas a la vez.

Sin embargo, existe una postura alternativa que está siendo ahora aceptada ampliamente, a pesar de sus falacias inherentes y contradicciones internas. Se trata del famoso Principio del Actualismo, popularizado por vez primera por el geólogo británico, Sir Charles Lyell, a mediados del siglo pasado. Este es el principio de que los procesos físicos presentes, actuando esencialmente a las mismas velocidades que lo hacen ahora, podrían explicar el origen y desarrollo de todos los fenómenos físicos y biológicos de la Tierra; no habría, pues, necesidad de postular ningún suceso creativo o catastrófico sobrenatural, producido por la intervención divina en la naturaleza. Es evidente que este principio exige grandes edades de tiempo geológico debido al curso lento del desarrollo de todas las estructuras de la Tierra, y la tremenda complejidad y variedad de los seres vivos.

Charles Darwin quedó profundamente impresionado por las teorías de Lyell; la teoría darwiniana de la evolución por selección natural requiere de modo explícito el actualismo y las edades geológicas como su fundamento. El darwinismo, a su vez, ha tenido una influencia poderosísima en casi todos los campos del pensamiento moderno. La estructura teórica de todas las ciencias biológicas y sociales se ha erigido sobre un cañamazo evolucionista. El

supuesto parentesco del hombre con los animales y la supuesta continuidad evolutiva de la naturaleza y de la historia es básico en toda forma de enseñanza anticristiana hoy día. El evolucionismo se encuentra apoyando y saturando al comunismo, al fascismo y a todas las variedades de socialismo y totalitarismo, así como prácticamente a todas las religiones distintas del cristianismo bíblico.

Este marco evolucionista-actualista de la historia de la Tierra niega, naturalmente, de modo categórico el concepto de un período de creación especial y un subsiguiente Diluvio destructor en toda la Tierra. Para este sistema sólo hay una cosmología sin principio ni fin. La promesa de una purificación futura de la Tierra por el fuego y la creación de un nuevo cosmos es todavía repugnante a este sistema de ideas, que el Diluvio.

Pero lo más emocionante de todo esto es que Pedro, en este tercer capítulo ¡predice exactamente este estado de cosas como característico de los últimos días! Profetizó que el hombre se burlaría de la enseñanza de que el Señor volvería otra vez, que había sido prometida por los santos profetas y por los padres que hubo desde la antigüedad (Hechos 3:21), diciendo: «Desde el día en que nuestros padres durmieron, todas las cosas permanecen como estaban desde el principio de la creación» (2^o Pedro 3:4). Nótese especialmente que «creación», bajo el punto de vista de ellos está todavía continuando, ya que se asume la continuidad no simplemente desde el final, ¡sino desde el principio de la creación! Esta afirmación es una presentación maravillosamente precisa y sucinta de la moderna visión evolucionista y actualista del mundo.

Pero luego Pedro, con una penetración no menor, denuncia la falacia del sistema evolucionista simplemente presentando el marco bíblico de la historia. Este marco, con referencia al pasado cosmológico, se centra alrededor de la Creación real y el Diluvio. De modo implícito, aunque no se mencionan, hay la Caída y la Maldición, que ponen el fundamento a los acontecimientos que conducen finalmente al Diluvio. La evidencia de estos sucesos es tan tremenda, dice Pedro, y su refutación del actualismo es tan devastadora, que el evolucionista queda como que «ignora voluntariamente».

Según Pedro, la historia completa del mundo se puede dividir en tres grandes eras, cada cual identificada por su particular estructura cósmica y cada una está separada de las otras por un cataclismo devastador. Estas tres eras se identifican del siguiente modo: 1) «los cielos y la tierra antiguos», en los versículos 5 y 6; 2) «los cielos y la tierra actuales» de los versículos 7-12, y 3) «los cielos nuevos y la tierra nueva», del versículo 13. Las primeras dos eras están separadas por el Diluvio que destruyó al «mundo» (kosmos en griego) que era; las dos últimas están separadas por la venida del «día del Señor», en que el mundo presente será destruido por el fuego (3:1). El estudio organizado de las características de cada uno de estos tres mundos: esto es, de cada cosmos, la Tierra y sus cielos atmosféricos, recibe el nombre de una «cosmología».

El mero hecho de que éste sea un marco bíblico es suficiente evidencia de su validez. La Biblia es la Palabra de Dios, y Dios es el Creador. Si los hombres rechazan o no hacen caso de este hecho, su incredulidad no afecta la verdad de Dios (Romanos 3:3), simplemente da evidencia de la rebeldía de su corazón.

Pero, en realidad, éste es también el marco cosmológico apoyado por la verdadera ciencia, a distinción de la «falsamente llamada ciencia» (1 Timoteo 6: 2). Las dos leyes de la Termodinámica (confirmadas empíricamente en millares de experimentos que van desde la escala subnuclear a la escala astronómica, sin ninguna excepción conocida) dan testimonio fehaciente del hecho de una creación real y terminada. La primera ley, la de la conservación de la

energía, demuestra que la creación no está ocurriendo en el presente. La segunda ley, la de la degradación de la energía, demuestra que el universo no es infinitamente antiguo (de otro modo habría quedado completamente desgastado ya) y, por tanto, ¡que tuvo un comienzo o creación!

Además, la segunda ley, con sus implicaciones de desorden, decaimiento y muerte en el universo, apoya la historia bíblica de la Maldición pronunciada por Dios sobre el mundo. Y la mayor evidencia física de la presencia de la muerte en el mundo se halla en las mismas rocas de la corteza terrestre, que contienen fósiles de innumerables animales que vivieron en otro tiempo y luego murieron. En vez de ser un registro de evolución, esta exhibición de muerte constituye el testimonio más claro, para todos aquellos que no son ignorantes voluntarios, de la realidad histórica de la Maldición y del Diluvio. Y esto, a su vez, refuta completamente el marco del actualismo evolucionista.

Estos dos grandes hechos de la historia -la creación especial en el comienzo, y luego el Diluvio universal- son confirmados por los hechos reales de la ciencia y son ofrecidos por Pedro como una evidencia tan devastadora contra la cosmología actualista evolucionista que los que creen en estas cosas, dice Pedro «ignoran voluntariamente» y, por ende, culpablemente. Además, naturalmente, estos hechos están claramente registrados en Génesis, y mencionados en muchas otras partes de la Biblia.

El primero de estos dos hechos es que hubo una creación real. «Por la Palabra de Dios [no por procesos evolutivos uniformes, sino asentada por la Palabra de Dios] los cielos y también la tierra, surgió del agua y asentada en medio de las aguas existen desde los tiempos antiguos.» «Por la Palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. Porque El dijo, y fue hecho, El mandó, y así fue» (Salmo 33:6, 9). «Las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo» (Hebreos 4:3; ver también Génesis 2:1-4; Éxodo 2:11).

El segundo hecho importante de la historia, del cual los burladores de los últimos tiempos son voluntariamente ignorantes, es el Diluvio universal. «Por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua.» No sólo es el principio del actualismo inadecuado para dar cuenta de los sucesos de la Creación, sino que no es ni aún adecuado para dar cuenta de los hechos después de la Creación. «Los cielos y la tierra que eran desde la antigüedad, sostenidos por la Palabra de Dios fueron, pues, destruidos al tiempo del Diluvio.

En consecuencia, la suposición actualista es válida, a lo sumo, sólo después del Diluvio. El Diluvio constituye una solución de continuidad en los procesos normales de la Tierra. Es, pues, imposible extrapolar las velocidades presentes (sea de sedimentación, radiactividad, erosión y otros procesos geológicos) al período antediluviano, y más aún al período de la Creación. Estos procesos, así como la mayoría de los otros procesos terrestres, fueron enormemente ampliados e intensificados durante el Diluvio.

Como hemos notado antes, la única evidencia científica de algún significado en apoyo de la teoría de la evolución es la supuesta historia geológica de la vida de la Tierra, tal como se preserva en las rocas que contienen fósiles en la corteza terrestre. Pero, éstas deben ser, todas ellas, fechadas como subsiguientes a la Calda y la Maldición, puesto que no había muerte en el mundo antes de ella. Además, estos fósiles deben haber sido enterrados de modo súbito y catastrófico, en su mayor parte, pues de otro modo no se habrían preservado. Ya vimos en el capítulo 9 que la explicación más probable para muchas de estas rocas y sus fósiles es que fueron

depositadas durante el terrible año del Diluvio. Así que, en vez de demostrar la historia lenta, uniforme y evolutiva de la Tierra, hablan del tremendo cataclismo de juicio y destrucción en el cual «el mundo de entonces pereció anegado en agua».

EL MUNDO DE AHORA

(2 Pedro 1:37-18)

De modo que el cosmos original -la Tierra y los cielos atmosféricos- recibieron su existencia por la energía creativa de la Palabra de Dios, no por los procesos naturales que ahora prevalecen y son controlados por las dos leyes de la Termodinámica. En formas que es por completo imposible de entender en esta economía presente, la Tierra primitiva estaba formada de agua, y constituida, por así decirlo, en una matriz de agua. Las aguas debajo de la superficie de la tierra y las aguas por encima del firmamento (expansión o atmósfera) rodeaban la superficie de la Tierra y sus habitantes, sosteniendo la vida en todas sus variedades.

Pero, cuando llegó el Diluvio, estas aguas que habían protegido la Tierra la destruyeron ahora. Estos dos sucesos históricos, la Creación y el Diluvio, invalidan por completo la suposición del actualismo, y en consecuencia la teoría de la evolución. Así, el primer cosmos ya no existe.

El Diluvio marca, pues, el límite cronológico entre el primer cosmos y el segundo (la palabra «cosmos» se usa aquí en el sentido de un mundo como sistema ordenado y armónico, en el presente, pasado o futuro). Transliterando del griego, 2 Pedro 3:6, dice: «El cosmos que había entonces habiendo sido cataclísmicamente inundado de agua, pereció» La frase «cataclísmicamente inundado» es la forma verbal del nombre usado en 2 Pedro 2:5 (donde se traduce por «diluvio»). Véase también Lucas 17:27. La palabra es el griego «kataklusmos» y significa simplemente «diluvio cataclísmico». Se usa en el Nuevo Testamento sólo para referirse al Diluvio de Noé. La Tierra de antes del Diluvio, con su geografía y geología incluidas, quedó radicalmente alterada.

Los cielos antediluvianos, con su dosel de vapor de agua, condiciones climáticas y atmosféricas quedaron también alterados como resultado del Diluvio. Esto no significa que las leyes básicas de la naturaleza fueran cambiadas, sino que las velocidades de los procesos quedaron profundamente alteradas.

Ahora es de gran importancia reconocer que es sólo del presente cosmos de lo que trata la ciencia. La ciencia (esto es «conocimiento») es el estudio de los materiales y fenómenos que existen en el mundo presente. Las observaciones y medidas científicas presentes no pueden aplicarse a entidades que ya no existen o que no existen todavía. El método científico implica de necesidad el que se puedan reproducir los resultados experimentalmente y, por tanto, la ciencia como tal no puede de modo legítimo pronunciarse sobre el pasado prehistórico ni el futuro escatológico.

No hay ningún conflicto entre el Cristianismo y la verdadera ciencia. El cristiano puede estudiar y aceptar todos los hechos a interpretaciones de la ciencia sin ningún escrúpulo, puesto que la verdadera ciencia trata sólo de «los cielos y de la Tierra de ahora». Al mismo tiempo, debe reconocer e insistir en que todo conocimiento del pasado o del futuro es sólo aceptable si queda enmarcado por la revelación divina.

El presente cosmos, «los cielos y la Tierra que son ahora», están siendo sustentados por la Palabra de Dios. Esta es otra expresión de la ley básica de la ciencia en el mundo presente, la ley de la conservación de la masa y la energía, que dice que ninguna de las dos es creada o destruida.

El maravilloso misterio de la relación entre la materia y la energía está resuelto sólo en Jesucristo mismo, el cual ahora «sostiene todas las cosas con la palabra de su poder» (Hebreos 1:3). De modo que en último análisis sólo podemos llegar a un conocimiento del mundo presente, cuando reconocemos que incluso los procesos presentes sobre los que trata la verdadera ciencia dependen para su sustentación del divino Creador, el Señor Jesucristo!

Después del Diluvio, la Tierra fue ajustándose a los nuevos equilibrios entre el agua y el suelo. Los procesos geológicos se fueron acercando gradualmente a las presentes velocidades y los fenómenos naturales en general, finalmente, quedaría más o menos estabilizados con las presentes características. Este es el verdadero dominio de estudio del orden del mundo presente.

Esta era ha durado ya varios miles de años y ha presenciado la subida y la caída de muchas grandes naciones y civilizaciones. El cosmos posdiluviano ha durado mucho más tiempo que el cosmos antediluviano, y a lo largo de estos milenios, excepto por los milagros ocasionales localizados, el mundo ha continuado operando esencialmente bajo procesos y leyes naturales continuas y uniformes. De hecho, Dios mismo, después del Diluvio, dijo que sería así (Génesis 8:21, 22).

Es del estudio de las leyes y procesos presentes que se ocupa la verdadera ciencia. Incluso en este mundo presente hay catástrofes menores que interrumpen estas velocidades uniformes, y la verdadera ciencia debe tomar nota de ello, también, al establecer su cosmología.

En tanto que los científicos se ocupen de su propia esfera, no hay ningún conflicto con las Escrituras. La Biblia hace gran número de referencias a los fenómenos naturales y éstos se hallan en estricto acuerdo con los datos científicos comprobados. Pero, cuando los científicos intentan extrapolar las velocidades y los fenómenos presentes al pasado prehistórico, a base de suposiciones evolucionistas y actualistas, haciendo caso omiso de la Creación y del Diluvio, entonces aparecen serias diferencias. El conflicto es también inevitable cuando estos científicos usan sus suposiciones para negar el día del Señor y Su futura venida.

El cosmos presente no durará para siempre. Dios no ha olvidado su promesa, a pesar de las burlas de los intelectuales actualistas. Es paciente, pero «el día del Señor vendrá. Porque, «... mil años son para el Señor como un día. Esto es, el trabajo geológico que parece requerir mil años a la velocidad presente puede ser hecho por el Señor en un día. Un mundo que, a base de la uniformidad, parece tener cuatro o cinco mil millones de años, puede en realidad tener sólo diez o quince mil años, o menos. Como se ha notado en un capítulo anterior, era necesario que el mundo fuera creado con una apariencia de edad. La «edad aparente» en el momento en que se puso en marcha el reloj cósmico cuando se le «dio cuerda» fue evidentemente inmensamente grande, quizá para hacer énfasis en la eternidad y trascendencia del Creador. Pero, la «verdadera edad» revelada en la Escritura, es muy pequeña, haciendo énfasis en la temporalidad y finitud de la Creación.

Estamos indudablemente viviendo ahora en los «últimos días». Aunque Dios es paciente, algún día, pronto, «el día del Señor llegará como ladrón en la noche». Comparando con otros textos de la Escritura (por ejemplo, 1 Tesalonicenses 5:2; 2' Tesalonicenses 2:2; Isaías 2:10-12; Sofonías 1:14-16; Joel 3:1-14; Apocalipsis 6:15-17, y muchos otros) sabemos que «el día del

Señor» es una frase técnica que se refiere al período de tiempo en que el Señor vendrá otra vez para intervenir directamente en los asuntos y procesos del cosmos. La frase se refiere tanto al día literal en que Él empezará esta obra, como al período total durante el cual El obrará, incluyendo la gran tribulación y el milenio (Apocalipsis 20:2-6; nótese también que «mil años son como un día».

Al final de los mil años, el cosmos presente será destruido por fuego, posiblemente una desintegración atómica (2 Pedro 3:10, 11; Apocalipsis 20:11). Y entonces, finalmente, después del último juicio y de que Satán y todos sus seguidores sean apartados de Dios para siempre, en el lago de fuego, Dios establecerá los «nuevos cielos y la nueva tierra», el tercero y último cosmos, que será eterno (2. Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1. En este cosmos, «en que reinará la justicia», la Maldición será quitada, la segunda ley de la Termodinámica será abolida, y no habrá más dolor ni muerte (Apocalipsis 21:4; 22:3. Este cosmos no será menos real que el presente, pero será nuevo (esto es, «renovado», limpiado por fuego), una nueva Tierra con sus cielos atmosféricos.

En vista de las tremendas consecuencias de estas cosas, Pedro hace varias aplicaciones apropiadas. Como la promesa del Señor se demora sólo a fin de que otros puedan venir a arrepentimiento, podemos «acelerar su venida» (3:12) haciendo todo lo que podamos para llevar a los hombres a Cristo. En cuanto a los no salvos, deberían «considerar la longanimidad de nuestro Señor para salvación» y apresurarse a ir a Cristo ¡sin demora!

No hay ya justificación para las dudas o las burlas. Dios ha dado a todos los hombres la evidencia abrumadora, tanto en la Escritura como en la ciencia, de que Él ha creado todas las cosas y todavía las controla. El ha demostrado ya su poder soberano por medio del juicio universal del Diluvio. Podemos estar absolutamente seguros que Él cumplirá Su promesa de regresar y juzgar este mundo presente en un fuego total. Pero, entonces, finalmente -también «según su promesa»- todos los que habrán confiado en el Señor Jesucristo para su perdón y salvación eternas podrán mirar con gran esperanza y Bozo la llegada de «unos cielos nuevos y una Tierra nueva en los cuales habitará la justicia.
